



¡CÁDATE CONTRA MÍ!

JENNY DEL

¡CÁDATE CONTRA MÍ!

JENNY DEL

Primera edición.

¡Cásate contra mí!

©Jenny Del.

©Febrero, 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



—Venga, Ingrid, que tenemos que ir a la protectora—me tiró mi hermana Marta del brazo para que me levantase.

—Marta, por favor, que es muy temprano, si todavía no deben estar puestas ni las calles—le contesté y casi le da un ataque de nervios.

—¿Cómo no van a estar puestas las calles si hace un ratito que tú has vuelto del botellón? Que se lo he escuchado decir a mamá—se quejó con el ceño fruncido.

—¿Yo del botellón? ¿Te has creído acaso que soy una cría? De eso nada, yo me paso la noche en la disco—le aclaré porque a mí me gustaba que, en mi casa, si se me iba a criticar, se hiciese al menos con propiedad.

—Eso ya lo sé yo, hija, todo menos trabajar—puso mi madre las antenas, que eso se le daba fenomenal—. Pero que sepas una cosa: tanta fiesta se va a acabar.

—Que sí, mamá—le dije con retintín porque no soportaba que se pusiese así—. Ya sé que me tengo que poner las pilas, no hace falta que me lo recuerdes todos los días—resoplé y los pelillos de mi flequillo volaron.

—Te lo recuerdo porque parece que tienes horchata en las venas en vez de sangre. Yo no he visto una cara más dura en el mundo. Venga, ya te puedes levantar, que sabes la ilusión que le hace a tu hermana.

—Si los perrillos estarán todavía dormidos, mamá, ¿no te da lástima despertarlos? —le pregunté con carita de buena.

—Lástima me da del esfuerzo que llevo invertido en ti desde que naciste, y total, para que a la primera de cambio hayas decidido dejarlo todo. No me busques, Ingrid, no me busques que me encuentras.

—Vale, vale, mamá, que yo no he pretendido despertar a la bestia que llevas dentro. Yo solo estaba dormidita y mira, menuda me la estás liando.

Era muy pesadita, mi madre era muy pesadita, aunque en honor a la verdad he de reconocer que yo me había tirado un año a la bartola, o sea, uno de esos años sabáticos que dicen los pijos, solo que en versión chica de barrio, no recorriendo el mundo.

Nunca se me dieron bien los estudios. Y, falsa modestia aparte, no ya por falta de inteligencia, sino porque a mí lo de hincar codos me daba alergia.

Mis padres, Manuel y Lola, como que la pachorra con la que yo me tomaba la vida, la llevaban regular.

Mi madre cosía de toda la vida. Sí, ella era la típica persona con unas manos de oro que convertía cualquier retal en una preciosidad. De siempre, aparte de coser para la calle, nos confeccionó los modelos, primero a mí, y luego a la pequeñaja de Marta, que llegó al mundo cuando yo ya tenía once añitos. Por tanto, yo contaba con veintitrés y ella solo con doce.

A duras penas, mis padres lograron que terminara el Bachillerato, a base de grandes dosis de paciencia e interminables charlas sobre lo mal que estaba el panorama, lo competitivo que se había vuelto el mundo y que nada quedaría para aquel que no se preocupara de labrarse un futuro.

Lo terminé, eso sí, en un programa ya para adultos, logrando mi título a los veinte. Para mí, en ese momento, que ya estaba preparada para irme de astronauta, si hacía falta, pues para eso me había yo “matado” estudiando.

No, por lo visto la vida no iba así: tocaba el siguiente asalto.

—Ingrid, hija, si no quieres hacer una carrera, al menos tendrías que cursar un módulo superior—me dijeron ese mismo día mis padres, cuando estábamos celebrando mi licenciatura.

—¿Un módulo superior de qué? Si yo ya no me puedo meter nada más en la cabeza—reí mirando a Marta, quien siempre esperaba que yo dijese una de las mías para desternillarse.

—Eso es porque tienes muchos rizos—me soltó la pequeña, entre risas.

Sí que los tenía, una cascada interminable de ellos, de esos que parecían muelles. Mi amiga Raquel siempre decía que yo era como africana, pero en versión rubia, porque mis rizos resultaban muy llamativos. Eso sí, de pronto un día me daba por alisarme la melena y parecía otra.

Bueno, que no quiero irme por las ramas, que se me da mejor que a Tarzán. Os estaba hablando de las razones que me llevaron a cursar un módulo de secretariado que, a la postre, dejé a medias, tras dos cursos en los que vi que aquello no iba hacia delante, sino más bien hacia atrás, como los cangrejos.

Total, que, entre unas cosas y otras, llevaba una temporadita en la que no hacía ni el huevo. La mía era una ciudad media, ni grande ni pequeña, en la que el trabajo ni abundaba ni dejaba de abundar, todo tenía que ver con el interés que una pusiera en buscarlo. Y yo, en ese momento de mi vida, como que no os voy a engañar, interés no tenía demasiado.

De resultas de todo aquello, mis padres andaban un pelín mosqueados conmigo, eso era innegable, así que más me valía mover el culo e irme con Marta.

Mi madre rajaba y rajaba, porque Lola era mucha Lola. La mujer más buena del mundo sí, pero a las malas, como cualquiera, le salía ahí a ella una bestia de su interior que yo tenía habilidad para sacar.

Me vestí a toda pastilla por no escucharla. Cuando se ponía así, ya aludía a mi falta de ganas de trabajar y a que yo era más floja que un muelle guita, algo que no me quedaba a mí muy claro lo que era, aunque suponía que no se trataba de un halago.

Marta ya me esperaba en el quicio de la puerta y la cosa tenía miga, porque ni el café me dejaría que me tomase, de buena mañana como era, a las doce y media, tempranito.

—¿De verdad que no me dejas ni un cafelito? —le pregunté a mi hermanita negando con la cabeza, me parecía muy egoísta.

—No es ella quien no te deja, Ingrid, soy yo. La cocina está cerrada a según qué horas. Esto no es una cafetería ni un restaurante, a ver si te vas enterando ya, que me tienes muy harta. Y enjuágate bien la boca, que hueles a alcohol desde tres kilómetros—me soltó mi madre.

Capítulo 2



Marta me iba charlando por el camino sin parar un momento. Estaba loca con la idea del perrito, más todavía cuando le había costado la misma vida convencer a mi madre.

La mujer resulta que era más limpia que los chorros del oro y tenía la teoría de que, por mucho que limpiásemos, la casa olería cuando tuviésemos uno.

A ella seguramente sí, porque tenía un olfato que era cosa fina, el mismo que utilizaba para saber si yo había bebido o no, que daba igual que fuera mucho o poco, porque lo identificaba y era capaz de decirme hasta la marca de la botella, si de llevar la razón se trataba.

Pese a ello, la persistencia de Marta había acabado por tocar ese corazón tan grande que mi madre tenía en el pecho. Y más cuando la niña acababa de cumplir años y en esa ocasión pidió que no le comprasen regalos, que ella solo quería adoptar un perrito de la protectora.

A mi padre, que tenía locura con sus hijas, el alma se le cayó a los pies, interviniendo en favor de Marta y de la idea de la adopción.

Mi madre terminó claudicando y únicamente nos puso dos condiciones: que fuese un perro pequeñito y que no soltase un manto de pelos, como ella solía decir.

—¿Entonces no me puedo traer un San Bernardo? —le preguntó mi hermana, que pensaba a lo grande.

—Niña, ¿tú te has creído que eres Heidi y que vives en los Alpes? Que nosotros tenemos un piso que es un buchito, ¿a ti qué te dicen las monjas? Delirios de grandeza, nanai de la China, que no te lo voy a consentir—le contestó mi madre, que era más clara que el agua.

La pobre, todo hay que decirlo, junto con mi padre había hecho un esfuerzo por llevar a Marta a un colegio concertado de monjas que, a pesar de no ser muy caro, les suponía tener que ajustarse más el cinturón.

Según decían, lo hicieron para que la niña no se les torciera con el tema de los estudios igual que yo, como si eso dependiese de estudiar en un colegio público o en uno concertado. En cualquier caso, era su decisión y mi hermana estaba encantada, solo que allí conoció a unas cuantas pijas e, inevitablemente, a veces quería parecerse a ellas.

—Mamá, es que mi amiga Belén tiene uno en el chalé de la sierra. Y María tiene un gran danés, cuando era pequeña se montaba en él como si fuera un

caballo. Yo he visto las fotos—le respondió mi hermana.

—Me parece muy bien, ¿y qué? Como te pongas tonta, tú te conformarás con uno de peluche del chino, que esos sí que no echan pelos.

Buena era mi madre cuando se le metía algo en la cabeza y más si se trataba de limpieza, ahí tenía mi hermana la batalla perdida. Además, que en eso llevaba razón la mujer: nuestra casa era muy pequeña y lo único que faltaba por meter allí era un perro como un camión de grande.

Así las cosas, debíamos escoger un perrito de pequeñas dimensiones. Marta ya iba concienciada al respecto, mientras me hablaba como una cotorra.

—Yo quiero uno que sea de una raza chula—me decía.

—Pues yo eso lo veo una tontería, ¿es que acaso un chuchito vale menos que un perro de raza? ¿Eso es lo que te enseñan a ti las monjas? Pues vaya —negué yo con la cabeza.

—Venga ya, que no, Ingrid. Además de que yo tampoco le hago caso a todas las cosas que dicen las monjas. Yo quiero ser como tú—me soltó mientras se cogía fuerte a mi brazo.

—Molo, ¿eh? Bueno, tampoco te pases en eso de parecerte a mí, ¿eh? Que tú eres muy lista, solo hay que ver las notas que sacas.

—Y tú también eres muy lista, solo que un poquito floja, ¿no? —me miró —. Vale, vale, no he dicho nada—se dio cuenta de que no estaba yo para más sermones.

Había una diferencia: mi hermana destacó desde pequeña en los estudios y yo la veía hasta de ministra, si se lo proponía. Era lista, sí, y aparte le gustaba estudiar, se le daba genial.

—Pues lo dicho, que no quiero tonterías. Además, que allí trabaja Pablo, el primo de Raquel, y él te dirá lo mismo, ya lo verás, que los chuchitos también son una monada.

—Ya, si yo no digo que no, lo único es que al lado del perro de mis amigas...—se mostró dubitativa.

—Oye, a ti el perro de tus amigas, plin, ¿eh? Que lo importante es tener uno. Nosotras no somos unas pijas, Marta, somos chicas de barrio y a mucha honra.

No la vi muy convencida. El tener amigas de otros ambientes la estaba cambiando un poco. Supongo que, a ciertas edades, entra dentro de la normalidad, pese a que a mí me fastidiase a veces.

Pasamos por delante de un escaparate y vi el reflejo de las dos. Lo cierto es que mi niña era monísima, y no es por nada, pero no miento si digo que se parecía a mí.

Marta era un poco una “miniyo”, con la diferencia de que su pelo era liso y sus ojos claros, no como los míos, que eran color miel. Por lo demás, ambas éramos rubias y nuestras facciones muy parecidas. Yo llevaba el pelo planchado de la noche anterior, por lo que, al no lucir mis rizos, todavía nos parecíamos más.

A mi hermanita le encantaba estar conmigo, pues de siempre nos mostramos muy unidas. Cuando ella llegó al mundo se convirtió en una especie de muñequita para mí, que no hice más que mimarla.

Capítulo 3



Llegamos a la protectora y le dijimos a Pablo lo que queríamos. El chaval era encantador y enseguida tomó a mi hermana de la mano y la acompañó.

Nada más comenzar a ver a los animalitos, que eran una ricura y que daban ganas de llevárselos a todos, Marta se detuvo ante un pequeño del que se quedó prendada.

—Sí, acaba de llegar, es un chihuahua, ese se irá enseguida. Ya sabes, el tema de las razas, en nada estará adoptado. Y luego hay otro montón que los pobres...—Miró hacia el resto, todos haciendo monerías, deseosos de que nos los lleváramos.

—Ay, Pablo, yo aquí es que me vuelvo loca, no sabría cuál elegir. Pero míralos, ¡si son todos para comerles la cara!

—Sí, pero yo quiero el chihuahua—me indicó Marta pizpireta y risueña—. Es el que quiero, lo tengo clarísimo.

—Mira la niña, y todo porque es un chihuahua, que le han metido una mancha de tonterías en la cabeza que no veas, ¿por qué no vamos a ver a los demás? Venga, tira.

—Que no, que yo quiero el chihuahua, que me lo saque ya, no sea que me lo quiten—me contestó ella, que no había quien la ganase a cabezona.

—Sí, claro, Marta, ¿no ves que hay una fila de gente esperando? ¿Tú ves aquí a alguien más? Pues déjate de tonterías y tira, que tenemos muchos perritos que mirar todavía.

—Ea, siempre igual, saliéndote con la tuya, ¿y eso por qué?

—Porque soy tu hermana mayor y punto redondo, por eso.

Le faltó echarle mano al perrito. A mí es que me parecía que el resto merecía también una oportunidad, a sabiendas de que a ese se lo iban a llevar más rápido que las balas.

Marta refunfuñaba mientras le enseñábamos los demás.

—Ay que me lo como, que me como al cojito ese—le indiqué a una especie de mezcla de bodeguero con al saber qué otra raza, que tenía unas hechuras de lo más simpático y que saltaba, como si estuviese haciendo un espectáculo de circo, pese a que presentaba una cojera en una de sus patitas traseras. Eso sí, era simpático y feíto al mismo tiempo, no podía yo negarlo.

—Pero si está cojo, Ingrid—se quejó ella.

—Niña, ¿y tú estás sorda? ¿Pues no es lo primero que he dicho? Claro que está cojo, ¿y qué? ¿Se puede saber qué tiene eso de malo? Papá está calvo y mira, menudos revolcones que se dan por la noche mamá y él, ¿tú eso tampoco lo escuchas?

—Ingrid, cuando te pones así eres odiosa—menudo enfado que tenía—. Yo a ese no lo quiero.

—Vaya por Dios, Pablo. Los niños de hoy, que son unos tiquismiquis, le metía yo así—le indiqué con el brazo porque me dieron ganas de estamparla contra la pared, con lo gracioso que era el cojito.

—Eso es porque no conocen todavía el valor de las cosas. Ya luego, cuando te pones a trabajar y eso, te enteras de lo que vale un peine—opinó él.

—Pues eso es lo único que sabe mi hermana: lo que vale un peine y también unas planchas del pelo y todas esas cosas, porque ella de trabajar sabe bien poco—se vengó Marta. Ella era adorable, pero en su pequeño cuerpo reconcentraba su malicia, que conste.

—Mira la niña, ¿qué estás queriendo decir con eso? Oye, que yo estoy buscando trabajo, ¿eh? A ver qué se va a creer Pablo por tu culpa, que yo no soy ninguna “nini” —me defendí.

Marta se puso la mano delante de la boca para reírse, entre otras cosas porque se estaba pasando tela y pensaría que a ver si se iba a llevar un buen zurriagazo. Sería el primero de su vida, pero bien que se lo estaba mereciendo, que me dejaba fatal diciendo esas cosas.

—Nada, nada, yo ya lo he dicho todo y no digo nada más. Bueno, una cosa sí que digo: que quiero mi chihuahua—insistió.

—Pesadita es un rato largo, Pablo. Mira, vámonos a por el chihuahua, que esta me pone a mí la cabeza como un bombo. Y no sé por qué, pero hoy me duele.

—¿Que no lo sabes? Por la pedazo de resaca que tienes, Ingrid—me recordó la niña.

—No, si todavía cobra la mica esta, ¿te quieres callar? Pablo, envuélveme el chihuahua que nos lo llevamos.

Las cosas como son. Muy fina del todo no iba yo, que para mí que la anoche anterior nos habían dado garrafón a Raquel y a mí.

—¿Qué has dicho que te envuelva? —me preguntó él risueño.

—Ni caso me hagas. Venga, que nos lo llevamos.

Avanzamos hacia el rinconcito en el que estaba el chihuahua, y como que no lo vimos.

—Si será chico el jodío, Marta, que ni lo veo, ¿dónde se ha metido? —le pregunté y su cara de cabreo me indicó que algo no iba del todo bien—. No me mires así, niña, ¿qué he dicho?

—Que lo tiene ese tío, Ingrid, que se lo va a llevar. Y todo por tu culpa—refunfuñó mientras dio dos patadas en el suelo.

—Anda ya, tonta, será que trabaja aquí también como Pablo, ¿no? —le pregunté queriendo creer que sería así.

—¿Con ese cochazo? —me señaló el chaval al aparcamiento—. Claro que sí, hombre—rio.

No, no tenía pinta el menda de trabajar allí, menudo pijo.

—Bueno, esperad, que esto lo soluciono yo. Lo mismo se ha encaprichado con el perrito, pero en cuanto le hable lo convenzo. Que no cunda el pánico. Niña, mira y aprende—le advertí.

Siempre que yo andaba un poco mosca la llamaba así, “niña”, y a ella solía hacerle mucha gracia, salvo ese día, que no le hacia ninguna.

Llegué a la altura del menda, y casi tengo que retroceder dos pasos para atrás. Y no porque tufara ni nada de eso, que más bien olía que te daban ganas de comerle todos los morros y lo que no eran los morros, sino porque en general estaba para... Bueno, mejor no digo para lo que estaba.

Aquel moreno, con unos ojos azules que parecían formar parte del cielo, estaba una cosita mala de bueno, con esa camisa que me llevaba, en blanco, petada a no poder más.

Sí, una camisa, unos jeans y unas deportivas. Frío hacía para dar y regalar aquella mañana, cosa que no parecía importarle lo más mínimo. Ese, frío no tenía, desde luego. Y a mí, el que tenía se me quitó, al verlo.

—¿Querías algo? —me comentó cuando vio que me lo quedé mirando fijamente.

Mejor no le decía yo lo que quería, sobre todo porque no hubiese estado bonito allí en medio y con mi hermana pequeña mirando. Lo de Pablo me daba igual, yo no era vergonzosa, si el muchacho se hubiese querido quedar a mirar, pues a disfrutar que son dos días.

—No—negué con la cabeza pensando en que eso no podía ser—. Digo sí, perdona. Lo que quería es que me dieras el perrito, nos lo llevamos—se lo señalé—. Es mi hermana, que se ha emperrado en él. Y nunca mejor dicho —reí.

—Ah, lo siento, es que me lo llevo yo. Verás, lo he visto y me he enamorado—me contestó con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Cómo? ¿Eres un perverso? No, no, ni mijita. Mira, que yo al animalito no lo conozco de nada ni falta que me hace. Tú no te lo vas a llevar para hacerle porquerías porque a mí no me da la gana, so guarro, ¿no te da vergüenza? —le pregunté como ida, pensando que algo malo debía tener, no se podía ser tan guapo y estar por ahí suelto por el mundo.

—¿Qué dices de perverso? Oye, ¿tú de qué clase de manicomio te has escapado? Perdona, pero tengo cosas que hacer, ¿te apartas? Es que me estás dando hasta miedo. Por mi trabajo veo muchas cosas y créeme que ocurren algunas alucinantes que empiezan con una loca o con un loco de por medio—me aseguró.

—¿Qué dices de loca? Eso, oféndeme a mí, so guarro. Oféndeme para así quedar bien tú. Yo soy una loca, y tú, que quieres abusar del animalito, eres el cuerdo. Así va el mundo. Es cosa de los pijos, que deberíais ser una especie en extinción, qué asco os tengo.

—¿Tú me tienes asco? ¿Y qué dices de abusar del perrito? ¿Por quién me tomas? Oye, ¿has bebido o algo? —me miró fijamente, como si me lo fuese a ver en los ojos.

—Anoche, así que no te hagas el listo, que ya estoy más fresca que una lechuga. Qué más quisieras tú que tacharme de borracha para decir que no sé lo que digo: has soltado que te has enamorado del perrito, so perverso.

—Joder, así que era eso. Mujer, que me he enamorado en el buen sentido de la palabra, que el animalito es una pasada. Míralo, ¿has visto qué cosita más dulce? Y parece que me conociera de toda la vida, qué cariñoso es.

—Te está haciendo la pelota porque sabe que contigo vivirá una vida de pijos, solo por eso, pero igual no le caes ni bien—le solté yo, ante lo cual él soltó también algo: una sonora carcajada.

—¿Qué dices? Mira, me estoy riendo contigo, ojalá me pudiera quedar algo más de tiempo. Por desgracia, no es el caso, yo ya me voy.

—¿Te vas y dejas a mi hermana así? Mírala, si le va a dar un soponcio por tu culpa, ¿a ti qué más te da? Hay mogollón de perritos aquí en la protectora, no seas mala persona, ¿lo vas a ser? —le puse ojitos para comprobar si cambiando de táctica conseguía algo más—. No, seguro que no lo vas a hacer.

—Lo siento, de veras que me gustaría poder ayudarte, pero no puedo—me soltó y se quedó tan campante.

—Tío, te jodes, que eres peor que Herodes, que mandó cortar a la criaturita esa por la mitad, el so cabroncete—le espeté con todas mis malas pulgas.

—Salomón, ese fue Salomón—me corrigió y ya hizo que hasta los pelos se me pusieran de punta de la mala leche que me entró.

—Escucha, que anoche me planché el pelo y me lo vas a poner como la escoba de una bruja, así todo encrespado, por culpa de la maldad que tienes. Ya me puedes dar el perro—Tiré de él y al animalito, que de por sí tenía los ojos saltones, no digamos ya cómo se le pusieron.

—Oye, oye, tranquilita si no quieres que llame a la policía. Yo le he dicho a esta chica de adoptarlo—señaló a una de las compañeras de Pablo—, así que te quitas de en medio, que me estás dando un yuyu...

—Pervertido y cobarde, es que lo tienes todo. Mira, mira la carita de mi hermana, ¿es que no te da pena? Tú tienes pelos en el corazón, mala persona, que eres una mala persona—solo me faltó escupirle mientras que el perrito me miraba asombrado.

—Yo tendré en el corazón los pelos que a ti te faltan en la lengua, porque es asombroso. Vaya si tienes cara, y dura, ¿eh? Porque la debes tener bien dura.

—Es que yo lo tengo todo duro, desgracia con patas, que eso es lo que eres tú...

En realidad, era un monumento con patas, porque el tío no podía estar más bueno, que era más ancho que largo. Y eso que largo era también un hartón. Madre mía, que si no fuera porque lo estaba aborreciendo por segundo que pasaba...

—Mira, yo no tengo más tiempo que perder contigo. De veras que lo siento, sobre todo por la niña, que es mucho más prudente que tú—la miró y trató de sonreírle.

—A mí no me mires así, caraculo, que eres un caraculo. Ojalá te entre un dolor que cuanto más corras más te duela, y si te pares te muera—le soltó y a él lo que le saltaron fueron los ojos, más todavía que los del perrito, como si tuviera un muelle detrás.

—Madre mía, dichosa la ramita que al tronco sale—murmuró.

—Eso es, ¿tú qué te crees? Mi hermana está en un colegio de monjas y todo lo que tú quieras, pero de tonta no tiene un pelo y sabe reconocer una mala persona de lejos. Ya te puedes largar—le señalé con el dedo—, porque te garantizo que no respondo de mis actos como no lo hagas.

—Mira, esto se queda así porque no quiero crearos un problema, las cosas no son como vosotras las veis.

—Ya, que eres muy fino y no quieres gresca. Haces bien, porque como no te largues vas a necesitar un implante de pelo como el de William Levy, el de “Café con aroma de mujer”, que ese sí que es un hombre—me estremecí solo de acordarme de él.

Capítulo 4



La cara le llegaba a los pies a mi hermana cuando por fin aparecimos por casa.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —nos preguntó mi madre cuando nos vio entrar sin perro y sin nada.

—Pregúntaselo a tu hija Ingrid, que es la que ha tenido la culpa de que yo me quedase sin el chihuahua—se encogió mi hermana de hombros—. Y no te imaginas lo bonito que era, mamá, si hasta a ti te hubiera gustado.

—¿A mí gustarme un chihuahua? Anda ya, si son muy chicos, parece que están enratados.

La palabra “enratado” era muy de mi madre y tanto podía hacer referencia a un animalito como a cualquier persona que ella considerase que tenía menos carne que el tobillo de un escarabajo. Se trataba de una expresión

versátil y que, a mí, por muy acostumbrada que estuviese a escucharla, siempre me sacaba las lágrimas de risa.

—Que no, mamá, que era precioso, así la mar de blanquito. No te imaginas, una monada, pero a tu hija Ingrid le salió del alma que había que ver más perros y mientras me quitaron el chihuahua, es que no hay derecho—lloriqueaba—. No vuelvo a ir con ella a ninguna parte, mamá, palabrita del Niño Jesús.

—Ea, pues ya no te llevo a la peluquería a que te saquen un flequillo como el mío, que lo llevo a lo Sara Carbonero—me tiré el moco.

—¿Sabes lo que te digo? Que me da exactamente igual, después de lo que me has hecho con el perro, igual ni te dirijo más la palabra, Ingrid.

—Y revientas, niña, porque tú naces muda y revientas—le aseguré.

—Mira quién fue a hablar—me miró mi madre mal, ya le estábamos tocando lo que venía siendo el kiwi, por decirlo de un modo fino—. Ingrid, no le quemes más la sangre a tu hermana, que bastante disgustada viene ya.

—Porque ella quiere, mamá, porque había allí otro perrito monísimo que hacía unas cosas de lo más divertidas. Mira, así—me dio por sacar la lengua y todo y hasta por intentar que los ojos me dieran vueltas, como el animalito.

—Hija, estate quieta con los ojos, a ver si se te va a quedar cogido un nervio y a ver luego cómo te lo colocamos. Y deja de saltar, que se nos quejará Paquita.

—Mamá, Paquita se nos quejará pase lo que pase, en cuanto la niña se ponga a taconear. Y luego dice que está sorda, la jodía, si está en todo. Yo no me atrevo ni a coger el Satisfyer cuando estoy sola, que para mí que se me va a presentar esa mujer para ver qué estoy haciendo. Qué agobio—le dije en referencia a nuestra vecina de abajo, una cotilla y quejica de mucho cuidado. Vaya, lo que viene siendo una arpía de toda la vida.

—¿Tú tienes un Satisfyer? —me preguntó Marta abriendo tanto los ojos que me recordó también al chihuahua.

—Pues claro, lacia, y si te dejas ya de tontunas, te compraré uno a ti también cuando seas mayor, pero para eso tienes que venir y darme un besito—le puse el cachete.

—¡Ingrid! ¡Que tu hermana es pequeña todavía! ¿Cómo se te ocurre decirle eso?

—¿Qué he dicho, mamá? Y luego no queréis que me tome mi tiempo para pensar en mis cosas. Si en esta casa la volvéis a una loca, puñeta—resoplé.

—Desde luego, Ingrid, que algunas veces pienso que igual te resbalaste de las manos del ginecólogo o algo y te diste un golpe en la cabeza—se quejó.

—¿Y tú no te acuerdas, mamá? ¿Qué estabas haciendo, tunante? —le pregunté con ganas de saber. Ah, ya, dándote un besito romántico con papá, que te había hecho el mejor regalo de tu vida, ¿no?

—¿Un besito? A tu padre le estaba dando una cachetada que lo dejé sin sentido. Se la tenía jurada, que en cuanto salieras tú, cobraba él. Para que se le ocurriera hacer más niños, qué dolor más grande—nos contó y hasta mi hermana, que estaba de morros, tuvo que reírse.

Yo tenía a quien salir tan deslenguada y loquilla, porque mi madre era también una bomba de relojería. Ella parecía que no, pero a la chita callando, era mortal.

—Mamá, ¿de verdad? Pues dale ahora una igual a Ingrid, que tiene la culpa de que me haya quedado sin perro—la alentó Marta.

—Mamá, la niña esta es una mentirosa y una lianta, ¿eh? Ya te he dicho que había otro perro monísimo y que no lo ha querido.

—¡Porque estaba cojo! —chilló ella, roja de ira.

—Y yo le he dicho que papá está calvo y que te echa unos pinchitos sensacionales, mamá, que tú mucho quejarte, pero el tío, con eso de que es albañil, tiene que empotrar que no veas.

—¿Eso le has dicho a la niña? —se llevó ella nuevamente las manos a la cabeza—. Hija de mi vida, qué fina eres.

—Ya sabes tú de sobra que la finura no es mi fuerte, mamá. ¿Y qué? ¿Quién te hace reír a ti más en el mundo? —Me puse a hacerle cosquillas hasta que me gané que me diera un manotazo bien dado en el brazo.

—Eso es, tú sí que eres delicada. Me cachis en la mar, qué dolor más grande. Eso sí, he entrado en calor, me lo has dejado hirviendo—Me remangué porque me hervía el brazo.

—¡Bien hecho, mamá! —exclamó mi hermana.

—Pues tú ten cuidadito, ¿qué viene a ser eso de que no querías al otro perrito por estar cojo? ¿Esa es la caridad que te enseñan a ti las monjas, Marta? —le preguntó mi madre más mosqueada que un ladrón de panderetas.

—Lo siento, mamá, es que el chihuahua era precioso. Y al final se lo llevó el tío ese, aunque Ingrid lo puso fino. No sé para qué, si la culpa la tenía ella.

—Eso es. Y que yo intentara convencerlo no cuenta. Vamos, que hoy me las queréis dar todas juntas. Venga, si queréis cogerme como saco de boxeo—las increpé.

No esperaba yo que mi hermana se lo tomara al pie de la letra, que a la niña parecía que de pronto la había poseído el espíritu de Mike Tyson, porque me dio con todas sus ganas un buen puñetazo en el otro brazo.

—Ya lo habéis conseguido, me habéis dejado tullida. Esto me va a durar una temporadita, luego no os quejéis—les advertí.

—Sí, te va a durar hasta esta noche, que para eso es sábado, ¿no? —me recordó mi madre.

—Bueno, que digo yo que igual en las horitas que quedan sí me puedo sentir mejor, vale—le dije por la cuenta que me traía—. Y tú, niña, si tienes valor me vuelves a dar, que va a ir otro día contigo a la protectora mi prima Candelaria, “la del puerto”.

—Es que yo no pienso volver por allí. Yo quería el chihuahua y ya no está, ya no quiero ningún otro—hizo un mohín como de estar muy agraviada.

—Hija, tu hermana tiene razón, no se puede ser tan caprichosa. Si al perrito se lo han llevado, tú deberías estar contenta por él, ¿no? Hay otros muchos perritos—trató ella de consolarla.

—Ninguno tan bonito, mamá. Tenías que haberlo visto y ese no echaba pelos ni nada, Ingrid echa muchos más—me sacó la lengua.

—Mamá, dale a la niña un sopapo de mi parte, que luego te lo devuelvo yo a ti, que me está poniendo más negra que el tizón ya, con las tonterías que le han metido sus amigas pijas en la cabeza.

—¡Si es que yo quería ese perrito! Ya que no puedo tener un San Bernardo o un gran danés, por lo menos un chihuahua—se echó a llorar, más que nada para terminar de fastidiar, que estaba de un impertinente que no había quien la aguantase.

—Mamá, la niña es más falsa que un Judas de plástico, así que tú no le hagas ni puñetero caso, ¿vale?

—¡Mamá! —se quejó ella.

—¿Qué pasa aquí? —Entró mi padre en ese momento. El pobre estaba haciendo una chapucilla los sábados por la mañana para ganarse un dinerillo extra.

—Papá, que Ingrid es una idiota que no sirve para nada—le espetó mi hermana, tras lo cual salió corriendo, porque sí que podía mover yo los brazos por mucho que me quejase, y se lo iba a demostrar.

—¿Cómo que no sirve para nada? Si tu hermana se va a poner a trabajar ya mismo—le dijo él con una sonrisa en la boca.

—Di que sí, papá, en cuanto me salga un trabajito de lo mío—le indiqué yo, como si tuviera profesión o algo. El caso era hacer algo de tiempo.

—No, hija, no te preocupes en buscar más—me pidió él, con suma paciencia.

—Pues también es verdad, papá, porque la cosa está fatal y yo sé que tú no vas a permitir que a tu hija mayor, a la niña de tus ojos, la exploten en ninguna parte, así que asunto concluido, se terminó la charla.

—No, cariño, esta vez no vayas tan rapidito, que tengo algo que contarte. Mira, Ingrid, yo llevo toda la vida partiéndome el lomo para que no os falte de nada, igual que tu madre, que la mujer se deja los ojos ahí pegadita a la costura todo el día. Y tú, la verdad es que ni has querido estudiar ni quieres doblar los riñones—prosiguió.

—Papá, es que yo quiero donarlos el día que la palme, no es plan de tenerlos hechos una porquería y que no sirvan para nada, eso lo tienes que entender, ¿es que tú no eres solidario? Pues yo eso no lo veo bien, así va el mundo.

—No, Ingrid, ni yo veo bien que tú te sigas riendo así de nosotros, de manera que el lunes a las siete de la mañana te vas a ir a una dirección que yo te dé y allí te entregarán el uniforme de trabajo.

—¿De azafata de congresos? Bueno, papá, es verdad que me has traído un trabajillo ahí un poco a traición, pero tengo que reconocer que te lo has currado. Vale, ¿qué tengo que promocionar? Yo sé hacer de la botella de “El Tío Pepe”. Mira, mira qué arte tengo. Marta, trae el sombrero cordobés, corre—le pedí a mi hermana.

—Sí, y te toco las castañuelas también—me respondió con otro de sus mohines la muy rancia de ella.

—Vale, como tú quieras, aunque vamos a poner contenta a Paquita—reí.

—No, hija, no hace falta que montes el espectáculo, porque no tendrás que promocionar nada—me advirtió mi padre.

—Mierda, ¿ni una triste pasta dentífrica? Mira lo bonitos que tengo los piños, papá, ¿es o no es?

—Es, es, hija. Solo que no van por ahí los tiros, tú a lo que vas es a limpiar unas oficinas—me soltó sin previo aviso.

—¿Qué dices, papá? ¿A limpiar yo? Pero si yo tengo una formación—lo miré como si me hubiese ofendido.

—Eso deberías tener, que bien que lo hemos intentado tu madre y yo. Pero no ha habido manera, hija, no la ha habido, así que ahora te toca hocicar. Y a mucha honra, que es una profesión bien digna—me recordó.

—Ya, papá, pero muy cansada—negué con la cabeza.

—¿Y cómo te crees tú que es trabajar en una obra? Si quieres, te meto de peón de albañil.

—¿De peón de albañil? Deja, que buenas se me iban a poner las uñas—miré mi maravillosa manicura, esa que me hacía una vez en semana junto con

Raquel.

—Pues limpiando tampoco te creas que la vas a mantener así—me advirtió mi madre.

—Mamá, no metas más presión, que por lo menos me podré poner guantes —le comenté.

—Y yo también quiero unos—intervino Marta.

—Sí, hija de la gran china, tú los quieres de boxeo. Cuidado con el dolor que tengo todavía en el brazo. Papá, ¿yo puedo llegar el lunes y pedir la baja? Es que estoy lesionada, me han dado entre las dos, mira cómo se ríen. Y claro, ahora te cueles tú con la tontería esta del trabajo y me vas a dar el sábado. Ni ganas de salir me van a quedar—me lamenté.

—Pues haber estudiado—se burló la empollona de mi hermana.

—Mamá, que está provocando.

—Si tiene razón. Eso o haberte ligado a un famoso, hija, que yo te veo a ti de tertuliana en el “Sálvame”.

—Mamá, pues no os precipitéis con eso del trabajo. Tú déjame unas cuantas semanitas que ya me busco yo la vida, que no soy menos que Alba Carrillo. Vamos, faltaría más.

—De eso nada. Si te quieres buscar la vida, lo haces en tus ratos libres. Y mientras a limpiar, ya verás como se te quitan las ganas de cachondeo—me respondió.

—Y si se me quitan, ¿quién te va a decir a ti lo bonita que eres, mamá? —
Traté de hacerle la pelota.

—Yo se lo diré—se entrometió Marta, que me había echado la cruz por lo del dichoso chihuahua.

Capítulo 5



Me levanté con una idea en la cabeza. Y eso que la noche anterior salí y tenía una paliza en el cuerpo que no era ni medio normal.

Aun así, yo hasta había soñado con el perrito ese. Y no me refiero al chihuahua, sino al otro. De modo que, ni corta ni perezosa, cogí un café de la cocina y me fui a vestirme.

—¿Ya te vas otra vez de cachondeo, hija? Esto es increíble, tú enlazas una con otra. Todavía no has vuelto de la marcha de anoche y ya te vas a por el aperitivo, ¿no? —se quejó mi madre, que a ella le gustaba mucho quejarse.

Mira que tendrás mala lengua, mamá. No se puede hablar cuando no se sabe. Tu hija preferida, es decir, yo, va a hacer una obra de caridad.

—Mamá, que la estoy escuchando. No la dejes que se acerque a las monjas de mi colegio, que capaz es de liar una peor que la de Shakira con Piqué, que mi hermana le gana a cualquiera—argumentó Marta.

—Niña, tú no eres rencorosa ni nada, ¿no? Pues te voy a dar una lección yo a ti de moral y de ética, que hay pecados que no se pueden consentir. Por cierto, que el mayor de todos es el de quitarle el esmalte a las hermanas, ¿dónde está el último que me compré? El rojo cereza, no te hagas la tonta.

—Ah, pues ni idea—me respondió desde el salón, donde estaba viendo la tele.

—Mamá, dice que ni idea y tú sabes que es mentira. A la niña esta le crecerá la nariz y luego tendremos que arrimar todos el hombro para que se la recorten. Pues conmigo que no cuente, yo no me voy a dejar las uñas limpiando para pagarle a ella el cirujano. Palabra que no.

Me fui para el salón y allá que estaba Marta sentada, con toda su pachorra, dejando que las uñas se le secasen, con mi esmalte nuevo al lado, ese que me había costado una pasta, que para eso era de los de dos pasos, que valen un huevo y parte del otro.

—Niña, ¿y no sabías dónde estaba el esmalte? Te daba así, ¿tú dónde has echado tanta cara? No se puede ser tan rencorosa, ¿eh? ¿Es esto lo que te enseñan a ti las monjas? Porque está muy feo, con todo lo que yo hago por ti, que me dejo la vida...

—Mamá, dile que se calle, que me voy a mear de risa y tendremos un problema. Que dice que ella se deja la vida, será en la disco—arremetió la niña sin contemplaciones.

—Ya te la has ganado. Se va a cagar la perra: te voy a callar la boca de una vez por todas, ya lo verás.

Le di el último sorbo a mi cafelito y, la mar de mona y deportiva yo, salí camino de la protectora. Sí que debía ir mona, porque a Pablo le entraron hasta sudores cuando me vio, aunque también podía tener que ver con la que le armé al gilipollas del pijo el día anterior.

—Ingrid, por favor, que me van a echar del trabajo. Yo no tuve nada que ver con lo que pasó, ¿vale? No me la líes a mí—me rogó en cuanto me vio entrar con tantos bríos.

—¿Qué dices, chalado? Si sé de sobra que tú no tuviste nada que ver, si no ya te habrías llevado también lo tuyo y lo de tu prima Raquel. No es eso, tonto, vengo por el cojito, que no me lo puedo quitar de la cabeza.

—¿Por Pulgoso? ¿Vienes a por él? —Se le encendió la cara.

—¿Qué dices de Pulgoso? ¿Que tiene pulgas? Pues entonces que no cuente con entrar en mi casa, porque mi madre me mata a escobazos en cuanto se entere, ¿y tú no lo puedes fumigar o algo? —le pedí.

—Mujer, en todo caso sería desparasitar, y no es el caso. Que no tiene pulgas, solo que se llama así—me explicó.

—Ah, vale, qué susto. Pues yo qué sé, le cambiaré el nombre y ya, o a mi madre le dará un tic nervioso o algo. Buena es.

—Vale, Concha—me contestó él.

—¿Tú estás tonto o es que todavía te dura la resaca como a mí? Yo me llamo Ingrid, chalado.

—Ya lo sé, pero como acabas de decir que le cambiarás el nombre al perrito, he pensado que yo también te lo podría cambiar a ti—me dijo ahí, con todos sus huevos morenos.

—Es que no es lo mismo, perdona—negué con la cabeza.

—Claro que no, porque tú te llamas Ingrid y te identificas con tu nombre, ¿no? Pues lo mismo le pasa a él, que le costaría mucho. Y ya bastante mal lo ha pasado en la vida, ¿sabes por qué está cojo? Porque un coche le dio un topetazo y no te creas que paró ni nada, guapa.

—La madre que parió al hijo de la gran china, si lo llego a coger yo le dejo la pata igual a él de un bocado—le aseguré.

—O a ella, que no sabemos quién lo hizo—matizó.

—Esa mala leche solo la puede tener un tío, a mí no me toques las narices.

—Ya claro.

—¿Me das la razón como a los locos? Mira que eso está muy feo, venga, ve a por Pulgoso, corre...

El chaval, aunque me conocía, a veces no daba crédito con mis cosas, y eso que Raquel, su prima, era igualita a mí. Ya debería estar acostumbrado, pues oye que no.

Enseguida vino con el animalito que, pese a su cojera, trataba de correr y se mostraba súper contento, deseando salir de allí.

—Mira que yo quería llamarte Bandido y ahora te tienes que quedar con lo de Pulgoso, menudas friegas te dará mi madre cuando se entere, se te van a quitar toditas las ganas de cachondeo, pequeño.

El pobre mío, visto de cerca tenía también unas calvas por todo el cuerpo que le daban un aspecto más lastimoso, si cabía.

—Madre mía, Pablo, si está peor que tú con las entradas esas que me llevas, ¿qué le ha pasado? —me agaché para acariciarlo—. Este parece que viene de la guerra.

—Eso es por el estrés, les pasa a algunos, se les cae el pelo.

—Normal, ahora entiendo lo de mi padre, como no es pesada mi madre ni nada. En fin, dame su correa, que me lo llevo.

—¿Qué correa, Ingrid? Si aquí no tenemos nada de eso. Es más, ¿tú no nos podrías dejar un donativo para mantas o algo? Es que los perritos están acusando mucho el frío.

—¿A ti te ha hecho la boca un fraile? No pides nada. Bueno, veré lo que puedo hacer, igual te traigo un puñado de ellas de esas de lana que hacía mi abuela paterna. La mujer ya estiró la pata, y como mi madre no la podía ver, pues cualquier día las tira.

—No, no, tú tráelas, que aquí nos viene todo bien.

—Vale, entonces, ¿cómo me llevo al perrito sin correa ni nada? Y no puedo ni comprarla, que hoy el chino está cerrado. Y luego dicen que trabajan mucho.

—Mujer, algún día tendrán que descansar, ¿tú no descansas nunca?

—¿Yo? Bien poquito, que soy muy trabajadora. Oye, levántate el chaquetón —le pedí.

—¿Qué dices? ¿Para qué?

—Que te lo levantes, leñe—Lo hice yo, ¿quién lo iba a hacer si no?

—Qué frío, Ingrid...

—Ya lo sabía yo, so rata, que no lo querías soltar. Quítate la correa—miré a las presillas de sus pantalones—. Y me querías hacer ver que no tenías.

—Te he dicho de perros, no que yo no llevase cinturón, ¿estás loca?

—Tanto que como no me lo des, te lo quito yo y te pongo fino a zurriagazos, venga.

Enseguida accedió y allá que hice yo un apaño para que Pulgoso tuviera una correa, igual no una como Dios manda, pero una correa, al fin y al cabo.

—Oye, que gracias, ¿eh? —me soltó el otro con retintín.

—No te quejes tanto, que ya te la devolveré.

—No, no, si ya no hace falta—me decía mientras se sujetaba los pantalones.

—Coge cuerda de esa de tender las mantas y te los aguantas, que hay que pensar con la cabeza, chaval—le expliqué antes de marcharme.

Capítulo 6



Llegué a mi casa y los pillé a todos por sorpresa. Y no digo solo porque no me esperaran, sino porque les vi en la cara que estaban rajando de mí.

Yo había dejado a Pulgoso en la puerta con la intención de darles la alegría de golpe, cogido con la correa al pomo.

—Y no os dará vergüenza ni nada, cuando vengo de hacer mi buena obra del año. Papá, mamá, niña, ahí va la bomba: vamos a ser uno más en la familia—les anuncié a bombo y platillo. Y nunca mejor dicho lo del bombo.

Sin más, mi madre se cayó en redondo, no hubo manera de detener el caos que se desató. Menos mal que lo hizo en la alfombra y eso amortiguó, en parte, el golpe que se llevó en la nuca.

—Manuel, te lo dije, que la niña andaba muy despendolada, que cualquier día le hacían una barriga. Ay, Dios mío, ahora que por fin se iba a poner a trabajar—se lamentó en cuanto abrió los ojos.

—¡Yupiii! ¡Voy a ser tita! Ya se me ha pasado el cabreo contigo, Ingrid, un sobrinito es mejor que un chihuahua—añadió Marta.

—Claro, niña, porque si vas a comparar todavía cobras, pero que no. Mamá, que no estoy embarazada, mujer, que es solo que te he traído a Pulgoso, mira qué cosa más bonita.

Me fui corriendo para la puerta y debió ser que, entre que muy agraciado no era, que más bien se parecía a Gollum, el de “El señor de los Anillos” (solo que en versión buena, con los pocos pelos que me llevaba), y que lo de Pulgoso debió chirriarle, otra vez que se le fue el sentido.

—Papá, ¿no será ella la que esté embarazada? Que tú, con la cara de tonto que tienes, las matas callando, ¿eh? —le pregunté mientras le echábamos, entre ambos, viento a la mujer.

—¿Has dicho que tiene pulgas? ¿Esa cosa tan fea tiene pulgas? —lo señaló mi madre mientras el perrito, por Dios que parecía sonreírnos desde la puerta, mostrando su mejor versión. Vaya, que parecía que posaba para su foto de perfil.

—Que no, mamá, que te gusta mucho montarte una película. El animalito no tiene pulgas ni nada, es solo que se llama así. Y Pablo dice que no es bueno para su salud mental que se le cambie el nombre, que ya bastante pelo se le ha caído con el estrés. Mira el caso de papá, es la prueba evidente —le indiqué.

—¿Ahora vas a decir que tu padre está calvo por mi culpa? —Se recuperó de pronto y me la tuvieron que quitar del pescuezo, donde apretaba con todas sus ganas.

—Lola, tranquila, que no, que no, que nadie ha querido insinuar eso—le pedía mi padre.

—Ni que yo me entere, o a esta le arranco los rizos y a ti... A ti ya los pelos de la cabeza no se te pueden caer, que parece que tienes un helipuerto para moscas, pero te vas a quedar hasta sin los pelos de los...

Viendo que estaba Marta delante, mi padre hizo por taparle la boca a tiempo.

—Mamá, es el cojito, Ingrid lo ha traído. Dile que lo devuelva antes de que le cojamos cariño, que yo a ese no se lo puedo enseñar a mis amigas, porfi —le pidió.

—Niña, no eres cargante tú ni nada, ¿ya no vas a confesarte como cuando hiciste la Comunión? Porque como vayas, tendrás que llevar un pliego de descargo, como cuando se va al ayuntamiento. No vas a rezar nada—le advertí.

A todo esto, el perrito debía estar pensando que lo habíamos llevado a una casa de locos, porque insistía en hacer monerías y allí caso no le hacíamos ninguno.

Por fin, mi madre se levantó y se fue hacia él.

—Jodido, pero ¿cómo se puede ser tan feo? —lo miraba a cierta distancia.

—Mamá, que te lo juro por la gloria de mi difunta abuela, que no tiene pulgas, que te puedes acercar.

—A mi suegra en esta casa ni la nombres, ¿eh? —me recordó.

—Vale, vale, mamá, pero entra en razón, ¿no es una monería? Mira, si parece tan desvalido.

—Desvalido, sí. En cuanto a lo de monería... es más feo que el culo de un mono, eso es verdad—asintió ella.

—Te has traído al más feo de todos—cruzó mi hermana los brazos sobre el cuerpo—. Lo has hecho para chincharme, Ingrid.

—Lo he hecho para darte una lección de caridad, que con las monjas mucho rezar, sí, pero me parece a mí que te enseñan bien poco de eso. Y mira, si ya viene con su correa y todo, tonta.

—Pues ya me la has dado, ¿te lo llevas? —me preguntó con insolencia.

—Marta, hija, las cosas no son así. Es verdad que el animalito es feo con avaricia, ¿y qué? ¿Acaso no merece una oportunidad por eso? No me siento orgulloso de lo que estás diciendo, ¿eh? —le reprendió mi padre.

—Papá, todo es culpa de Ingrid—salió corriendo hacia su dormitorio.

—Tú dirás lo que quieras, hija y, aun así, a mí me pica todo el cuerpo. No lo puedo remediar—me soltó mi madre.

—Mamá, eso es por la caída, no por el perrito—intervine en su favor.

—No, la caída me ha desatado la lumbalgia, que a ver cómo coso yo esta semana, lo de los picores es culpa de este, ¿por qué no lo han fumigado antes de venir?

Otra que entendía de animales, como yo. Mi padre negó con la cabeza, diciendo que le faltaba un cuarto de hora para que lo volviéramos loco.

Finalmente, mi madre se decidió a acercarse, con más miedo que siete viejas a que le pegara las pulgas, miedo que trató de vencer.

—Vale, vale, chiquitín—comenzó a reírse cuando vio la fiesta que el animalito le hizo.

—¿No es un amor, mamá? ¿A que sí lo es? —le pregunté.

—Ay, si al final hasta nos lo quedaremos y todo, ¿te ha dicho Pablo si se puede meter en la lavadora? Mira que le ponía yo un lavado largo y lo escamondaba, Ingrid—me dijo y mis carcajadas resonaron por todo el piso.

Capítulo 7



Iba ya por la calle camino del trabajo, a una hora indecente. Era lunes y tocaba dar el callo, qué dura es la vida...

Yo llevaba mis cascos puestos y escuchaba a Kiko y Sara.

*“Parece mentira que no fueras la que eras,
Dicen que Dios no ahoga, pero niña cómo aprieta...”*

Qué razón tenía esa canción. A cada uno le apretaba a su manera, a los que cantaban, en las cosas del amor, y a mí... A mí la vida me lo había puesto crudo enviándome a trabajar a horas así de intempestivas.

Llegué a la central de la empresa de limpieza, en la que a esa hora parecía haber una manifestación, de toda la gente que iba de un lado para otro.

Yo es que no sabía que el cuerpo se pudiese activar tanto antes de las doce de la mañana, por lo que todo aquello me cogió un poco de sorpresa.

La jefa, Adela, como no debía haber follado la noche anterior. Ni esa ni muchas más atrás tampoco, por la mala leche con la que me trató.

—¿Tú? ¿Estás alelada o qué? ¿Eres la nueva? Ya puedes mover el culo si no quieres que te dé una patada en él y salgas volando de nuevo a tu casa, ¿es eso lo que quieres? A juzgar por esas manos de Barbie que me traes, creo que es lo que debería hacer.

Bien me la había jugado mi padre. Por lo visto, conocía a Adela de que ella llevaba también la limpieza de algunas obras cuando estas terminaban, así que le pidió trabajo para su hija mayor.

—No, mujer, es solo que este uniforme no puede ser para mí—le indiqué viendo las dimensiones del que me había dado: unos pantalones y una casaca que venían a ser poco más o menos que para una furgoneta.

—¿Y por qué no puede ser para ti, Barbie? Ah, vale, que no es un uniforme de gala. Mira, pues si quieres uno, ahora hay una convocatoria para el ejército. Mi hijo se acaba de ir a Infantería de Marina, si te place, puedes hacer lo mismo.

—¿A dar barrigazos en el campo? No, déjelo, que seguro que se me clava el piercing del ombligo, eso no va conmigo. El problema es que el uniforme me está grande, deme uno talla XS, porfi, fíjese en la cinturita que tengo—le pedí.

—Sí, monísima, de modelo. Venga, tira, atontada, que no hay otro—me pidió.

—Si se me caen los pantalones, no puede ser—me quejé.

—Pues te los sujetas con lo que sea, piensa, a mí qué me cuentas—me dijo de malas maneras haciéndome señas con la mano para que me marchase.

Amargada, viendo que cabían dos Ingrid en los pantalones y que la casaca me llegaba hasta las espinillas, no tuve más remedio que claudicar y ponerme el dichoso uniforme.

—Venga, chiquilla, que “*todos los días sale el sol, Chipirón*” —me recordó canturreando una mujer que había a mi lado.

—Eso quisiera pensar yo, ¿siempre es igual? —le pregunté.

—No, qué va, a veces es todavía peor—rio—. Me llamo Pastora y creo que vamos a ser compañeras.

—Eso es seguro, porque tú también estás aquí—le dije.

—Claro, pero me refiero a que limpiaremos juntas. Solemos ir de dos en dos y a ti te ha tocado conmigo. Sole, la chica de antes, se ha sacado unas oposiciones de bedel y ya le han dado la plaza.

En ese momento resonaron en mi cabeza las muchas veces que mis padres me advirtieron que debía estudiar, y el poquito caso que les hice. También me acordé de lo bien que estaba yo cursando mi módulo de secretariado y que no se me ocurrió más que la feliz idea de tirar la toalla antes de acabarlo.

Pues nada, que me había tocado currar y que de allí me fui con Pastora a unas oficinas muy lujosas en las que la primera cara que vi fue la de una secretaria que debía ser más tonta que una caída de espaldas, y que estaba allí tan ricamente en su mesa, hecha una maniquí, a las ocho de la mañana, como ya eran en ese momento.

—Buenos días, Pastora—le dijo—, qué, ¿a echar un ratito?

—Sí, mujer, como la que va a una fiesta. Más bien venimos a darnos la *pechaíta*, tú ya me entiendes, que en ningún sitio regalan el dinero, eso de amarrar los perros con longaniza no se lo cree nadie—le contestó ella a Lucía, que así se llamaba la secretaria.

Por lo visto, la chica entraba antes que sus compañeros para preparar ciertos temas del día y para que nos encontrásemos las puertas abiertas cuando llegásemos. El resto llegaba a eso de una hora después.

—Este es un despacho de abogados, el más reputado de la ciudad—me comentó Pastora.

—Ya me imagino, menudo lujo que hay aquí.

—Sí, deberías verlos a todos. Y qué pico tienen, madre mía. Con estos tienes que discutir algo y llevas todas las de perder, abogados tenían que ser —rio ella—. Sobre todo, yo, que hablar no es lo mío. A mí, de limpiar, échame lo que quieras, pero expresarme no se me da demasiado bien.

—Pues a mí no me amilana ni un abogado ni un regimiento de ellos. Yo la boquita la tengo para hablar y pongo fino al más pintado—le comenté mientras cogíamos los bártulos de la limpieza.

A todo esto, yo parecía una lechuga, porque me había tenido que recoger los pantalones con la correa de Pablo, que la tenía en mi mochila por si me daba por pasarme en algún momento para devolvérsela. Sin duda que fue el karma.

De inmediato, nos pusimos a trabajar, mientras ella me contaba cantidad de anécdotas que le habían ocurrido en los muchos años que llevaba limpiando.

Pastora era una mujer curtida, muy simpática y buenaza, que le daba a todo únicamente la importancia precisa, y que parecía ser bastante feliz, pese a que los callos de sus manos revelaban lo mucho que llevaba trabajado en la vida.

—No, mujer, así no, que parece que estás bailando un reguetón de esos que os gusta a los jóvenes (ella debía andar por los cuarenta, más o menos) —.

Tienes que coger la fregona con más firmeza—me dijo cuando me vio cogerla por primera vez.

—Ay, es que yo a estas horas no rindo, ¿no podríamos parar ya para un cafelito? —la miré con cara de pena.

—¿Lo dices en serio? Mira, este despacho es enorme, tiene más salas que celdas hay en una cárcel. Aquí tenemos que ir a toda leche para que no nos coja el toro. Ya si eso, a media mañana, nos hacemos una paradita tú y yo para tomarnos ese cafelito, ¿vale? —me animó.

Sí que había que currar allí, sí. Cuando la gente fue llegando, la cosa se complicó un poco, porque había que ir sorteando a todo el personal.

—Mira, ese es el jefazo—me comentó en un momento dado. Se llama Vicente Peñalver y dicen que en sala es más de temer que un vendaval, aunque es buena persona.

—Pues no está mal el hombre, ha debido ser muy guapo. A ver, para mí es ya un viejo, también te lo digo, pero Pastora, ¿por qué no atacas? —Reí, aprovechando para pararme un poquito.

—Sí, no me faltaba a mí más que ponerle los cuernos a mi Curro. Además, que el pobrecito no se lo merece, más bueno no lo hay. Yo con él y con mis gemelos es que no necesito más, ya te digo que soy una mujer humilde, no tengo pajaritos en la cabeza.

Humilde y buena cosa, eso también se veía, aunque yo lo que me temía era que mi vida se terminara pareciendo a la suya. Sin menospreciar, ¿eh? Que encima se la veía súper feliz, solo que yo quería algo más de emoción, aspiraba a ello, por mucho que no lo pareciera.

—Anda, que estás casada y con dos niños. Entonces no te falta faena, pues yo tampoco me lo voy a ligar, ya te lo digo—le indiqué.

—Es que tú podrías ser su hija y, si me apuras, hasta casi su nieta. A ti el que te pega es su hijo Izan, menudo chaval, qué cara más bonita que tiene, y qué saber estar. Es un cielo, el sueño de cualquier chica, te lo digo yo. Mira, por ahí viene.

Levanté la cabeza y entonces me dieron ganas no ya de agacharla, sino de meterla en el primer agujero que viese.

—¡Mi madre, el del perro! —exclamé.

—¿Qué dices del perro? ¿Lo conoces? Oye, ¿tú has bebido? —me preguntó.

—Otra, que no... Que hoy es lunes, ahora que si me lo preguntas el sábado por la mañana ya te diré yo. Así que es el hijo del jefe, no me partiera un rayo—le decía yo mientras él hablaba con Lucía, la secretaria.

—¿Por qué? ¿Es que te ha pasado algo con él? —insistió.

—Que es un ladrón, eso es lo que me ha pasado—le dije y entonces él me miró.

Por un momento, como que no debió caer, por la sencilla razón de que yo volvía a lucir mi cabeza llena de rizos mientras que el día que me robó al perro llevaba el pelo planchado, no pareciendo yo.

—¿Me estás llamando ladrón? Madre mía, tú eres la del perro, no me lo puedo creer—se acercó a mí—, ¿se puede saber qué es lo que estás haciendo aquí?

—Pues mira, venía por un puesto de socia directiva, solo que me han dicho que todavía estoy un poco verde. Y mientras me han dado el mocho, ladrón, que eres un ladrón—le recriminé ante los asombrados ojos de Pastora.

—Mujer, cállate, que nos van a echar—murmuró.

—Tranquila, Pastora, que esto no va contigo—trató él de no disgustarla—. Va con ella, que ve fantasmas donde no los hay, ¿me has estado siguiendo o algo? ¿Te has colado aquí para montarme un escándalo? —me preguntó—. Corrijo, para montarme otro escándalo.

—Ladrón y narcisista, lo que me faltaba, ¿tú quién te has creído que eres? —le amenacé con el mocho—. Como sigas así, te voy a tener que limpiar los morros para que no digas lo que no es, ladrón, que eres un ladrón.

Pastora estaba tan colorada que creí que iba a explotar.

—Izan, por Dios, no le hagas caso a esta muchacha. Es nueva y para mí que se ha escapado de un manicomio o algo—se excusó.

—Relájate, que yo ya la conozco, Pastora. Y para tu información...—me miró.

—Ingrid, me llamo Ingrid, ladrón—insistí.

—Muy bien, Ingrid, pues para tu información te diré que el robo, en el Código Penal español, exige violencia o fuerza en las cosas. Ninguna de las dos utilicé yo a la hora de realizar una simple adopción. Además, que, en cualquier caso, se trataría de una apropiación indebida y eso sin tener en cuenta que la nueva consideración hacia los animales de la ley...

—Un animal eres tú, concretamente un loro, ¿crees que me vas a achantar con tu verborrea de picapleitos? A mí me importa un pito todo lo que tengas tú en esa cabeza, so empollón. Ah, y ladrón, que no sé si se te lo he dicho—le vacilé.

—Mira, yo tengo un juicio muy importante que celebrar esta mañana y no estoy para chistecitos de los tuyos. Por mi parte, si vas a trabajar aquí, podemos hacer como que lo del perrito no ha ocurrido, ya sabes, borrón y cuenta nueva—me ofreció.

—Claro, primero me robas y luego me dices que me olvide, ¿tú sabes el disgusto que le diste a mi hermana? ¿Te puedes hacer una idea? Todavía le

dura el cabreo conmigo, y todo por tu culpa.

—Siento mucho que haya sido así. Yo también tenía mis motivos para querer llevármelo, ¿estamos? Ya está bien, hombre, qué barbaridad.

—No, no está bien. Tú eres un ladrón, a mí no me convences con tus buenas palabritas. Eso no te lo crees ni harto de vino. Y cuidadito con pisarme lo mojado, que me vengo a bocados—le advertí.

—De verdad, yo no estoy para esto—se marchó resoplando.

Pastora me miró. De momento, no podía ni articular palabra, si bien terminó por hablarme, cuando buenamente pudo.

—¿Tú te has vuelto loca de remate? Si a Izan le da por levantar el teléfono, Adela se encargará de que no vuelvas a trabajar en ninguna empresa de limpieza más, ¿sabes lo que eso supone? —me preguntó contrariada.

—Sí, supone que por fin soltaré este dichoso mocho, ¿de veras que tú eres feliz aquí? Yo no he hecho más que entrar y ya me quiero largar, qué mierda de todo—le solté mientras me sujetaba más fuerte los pantalones con la correa.

Capítulo 8



Llegué a casa y, ya desde el descansillo de la escalera, escuché a mi madre.

—¿Dónde está el perrito más bonito del mundo? No me digas que no te gusta el bañito, ¿eh? No me lo digas—A ver esa carita bonita—le decía.

—Mamá, que no es bonito ni es nada. Es cojo, calvo y para mí que tiene un ojo más cerrado que otro—replicaba Marta, que esa seguía con sus tonterías.

—Ay, que me como a mi cojito, ¿te gusta el agua? —me acerqué al barreño y se puso tan contento—. Mamá, menos mal que no lo querías. Al final lo querrás más que a Marta—le solté para picar a mi hermana.

—¡Y una mierda! ¡De eso nada! Si es más feo que Picio, y yo más bonita que un sol, ¿qué me estás contando? Mamá, ya viene chinchando otra vez.

Mi madre no la escuchaba, tan ensimismada como estaba en el baño del perrito.

—A ver, saca esa lengüita que tienes, qué cosa más bonita eres tú, ¿no?

Un día, un día había tardado mi Lola en estar loquita con él y hasta en verlo precioso cuando lo cierto es que el perrito era... Dejémoslo en molesto de ver, eso era.

Yo no podía reírme más. Tenía gracia a esportones el perrillo, que se dejaba bañar más feliz que un regaliz, repanchigado hacia atrás y con la panzota hacia arriba para que mi madre se la acariciase con la esponja.

—Está sembrado, mamá, está sembrado. Y la niña quería un perro de raza, ¿no es para darle así? Estando en el mundo Pulgoso, que es la cosa más graciosa que yo he visto en mi vida. Ven aquí, churra, que te voy a hacer cositas yo también. Oye, no, que lo de churra no te lo tomes al pie de la letra tú, no te me emociones tanto o no te toco ni con un palo—le dije cuando vi que lo toqué y se me vino arriba más de la cuenta, ya me entendéis.

En mi casa, que siempre se comía a las tres de la tarde, cuando llegaba Marta de sus clases, ese día íbamos atrasados, porque a mi madre se le metió en la cabeza que tenía que bañar al perrito, y buena era ella.

Después, lo envolvió en una toalla y me lo dio.

—Toma, cariño, haz el favor de secarle tú el pelito con el secador, que el pobre está muertecito de frío—lo miró con sumo amor.

—Joder, si le hace más caso al perro que a mí—se quejó mi padre.

—Manuel, tú no me busques la lengua. Te quejarás de que te tengo yo a ti desatendido, vamos—se le puso delante en plan marujona, vacilándole de que ella lo tenía muy bien atendido y en todos los sentidos, que ya sabía una por dónde iba el tema.

—Ven aquí, mi Lola, Lolita, “La piconera” —la cogió él por la cintura y se la comió a besos.

—Qué hombre más fogoso. Suéltame, anda, que voy a apartar la comida. A este paso no almorzamos hoy, que se me va a quemar por tu culpa.

—¿Por mi culpa? ¿Te llevas una hora bañando al perro y ahora se te quemará por mi culpa? —negó él muerto de la risa.

—Eso es lo que hay. Y otra cosa, Ingrid, cuando lo tengas seco, le echas esa loción que le he comprado en la farmacia—me indicó.

—¿Qué loción, mamá? —le pregunté pensando en que fuera algún tipo de perfume para perros, pues buena era ella para que el animalito oliera.

—Esa que he dejado al lado del lavabo, el Minoxidil ese o como se llame—me indicó.

—Mamá, ¿tú estás segura de que esto es para perros? —le pregunté un tanto mosca.

—Yo qué sé, es para que le salgan los pelos. A tu padre se lo mandó el médico cuando comenzó a quedarse calvo, pero como es así de incorregible, no se lo echó—me contó.

—Ya, ya, eso ya lo veo, mamá—reí.

—Es porque ahora se llevan los rapados, Lola, no me digas que no te gusto así—Volvió a cogerla por la cintura.

—¿Rapado? Tú no estás rapado, tú tienes menos pelo que una sandía, Manuel, a mí no me des coba. Venga, ayuda a la niña a ponerle la loción al bicho.

—Mamá, ni mijita, ¿eh? Que estoy leyendo en Internet que es tóxico para los animales, que la puede hasta palmar—le advertí.

—Pues entonces, trae que se la ponemos—lo sujetó Marta.

—¡Pecado capital! ¡A las monjas que vas y te llevarás dos o tres semanas rezando! Te vas a cagar—le dije tirando el contenido del tarro por el lavabo,

por si acaso.

—Ay, Ingrid, y después decimos que no vales para nada. Qué injusticia, menos mal que te has dado cuenta. Si no llega a ser por ti, se nos muere el Pulgoso. Y a mí me da, ¿eh? Me da. ¿Dónde íbamos a encontrar otro igual?
—Casi llora mi madre.

—En ninguna parte, mamá. Otro tan feo, en ninguna parte—se quejó Marta, que la niña estaba de una mala baba que no había quien la aguantase.

—Ay, mi madre, qué buena es. Si se lo tengo dicho yo a Raquel, que otra más buena no nace. Ay, *joé*, que la quiero yo—Le di un beso en la cara.

—Ya me estás diciendo lo que quieres, Ingrid, que te conozco como si te hubiera parido—rio.

—Ya, bueno... Mamá, verás, que yo me tengo que venir de ese trabajo. Y no ya porque me exploten, que también, que vengo que me duelen hasta las pestañas, sino porque el hijo del jefe, que también es jefazo, es el tipo del perro. Ya sabes, el que le quitó el perro a la niña—me explayé.

—¿El tío ese? ¿Y dónde trabaja? Yo estoy mirando cómo se fabrican las bombas caseras, Ingrid—me indicó Marta.

—¡Otro pecado capital! Niña, tú vas a ir al infierno como sigas así, ¿eh? —me burlé de ella, cosa que no podía darle más coraje.

—Eso no, pero quitarle la paga sí que se la voy a quitar esta semana por no querer al Pulgoso—le advirtió mi madre.

—No es justo, no es justo. Tú siempre me decías que si no quería darle un beso a mi abuela que no se lo diera. Y a ella le decías que no me podías obligar—le recordó mi hermana.

La inquina entre mi madre y mi abuela paterna es que fue legendaria hasta la muerte de esta última. La mujer tenía castañas y nueces, como suele decirse, y mi madre le cogió el gustillo también, con los años, a eso de declararle la guerra.

—Pero eso era muy distinto, ¿vas a comparar a tu abuela con el perrito? El animalito se merece todo lo bueno que le pase—le dijo mientras los ojos le hacían chiribitas a mi padre.

—Bueno, mamá, que la niña esta se mete en todo y no nos deja ni hablar, que resulta que yo no puedo trabajar en el despacho de ese tío, del tal Izan, del ladrón de perros.

—Tanto como un ladrón y, además, hija, que ya me extrañaba a mí que tú no le encontraras una pega al trabajo, ¿no es así, Lola? —intervino mi padre.

—Esperándolo estábamos, no nos coge de sorpresa ni mijita—corroboró ella.

—Y tu madre y yo hemos decidido que esta vez no nos darás coba, tú vas a apencar como la que más. No valen las excusas...

—¿Excusas? ¿Tú te estás escuchando, papá? Te estoy hablando del tipo que ha podido matar de un disgusto a tu hija menor, ¿es que no se te mueve nada? —le pregunté, haciéndole un guiño a Marta, con quien me interesaba congraciarme en ese momento.

—No, no, si yo tampoco estoy tan disgustada—replicó ella, con tal de hacerme la puñeta.

—Niña, ya te cogeré. Y papá, que yo me conozco y allí no puedo seguir, de verdad que no. Y tú también me conoces y sabes que te estoy diciendo la verdad. Esto no será bueno para ninguno de nosotros. No se montará el belén porque las Navidades ya han pasado, pero casi—insistí.

—Ingrid, cuidadito con sacar los pies del tiesto. Adela, ya la vas conociendo, no es una mujer que se case con nadie, y yo he tenido la suerte de que te ha dado trabajo. Le di mi palabra de que no la defraudarías yéndote en dos días, así que ya sabes, si no me quieres dejar mal, apenca. Y si vas a hacerlo, atente a las consecuencias, porque tu madre y yo no te daremos dinero ni para un cartucho de pipas—me advirtió.

A todo esto, mi madre ya estaba nerviosita perdida.

—¡Y sécale el pelo ya a mi niño, puñetas! Que se va a resfriar y como eso ocurra... Como eso ocurra sí que tendrás que atenerte a las consecuencias,

Ingrid.

Capítulo 9



Los demonios me llevaban mientras limpiaba allí los siguientes días, en los que procuré no intercambiar ni una palabra con Izan.

Bueno, igual eso tampoco era tan así, porque cada vez que él pasaba por mi lado, yo no podía reprimir a mi lengua y le soltaba un “ladrón”. Y a veces, quizás que me “equivocara” un poco y lo que le dijese fuera directamente “cabrón”.

Él, ni que decir tiene, me miraba sin poder creerlo, aunque he de reconocer que no tenía ganas de guerra porque solía contenerse sus ganas de soltarme alguna barbaridad también, mordiéndose la lengua.

—Más bueno que este muchacho no lo encontrarás, eso ya te lo digo yo. Porque otro... Otro siendo el jefe como que es, te había puesto ya el lunes de patitas en la calle, ¿a santo de qué tiene que aguantar el muchacho que tú lo pongas como los trapos cada vez que pasa por tu lado? Es alucinante, yo te prometo que alucino contigo—me decía Pastora.

—Se aguanta porque los remordimientos lo están matando. Seguro que no puede ni dormir por las noches de lo mal que se siente, por mala persona y por abusón que es, por todo eso.

—¿Qué va a ser abusón? ¿Tú no le has visto la cara de bueno que tiene? — Ella lo defendía a capa y espada.

—Oye, ¿tú de qué lado estás? No te creas que es mudo, bien que me respondió allí en la protectora, con el bicho cogido entre los brazos. Ese cuando suelta la lengua...

—Mira, cuando ese suelte la lengua tiene que ser ya un gusto total, ahora que no nos oye mi Curro—rio ella.

—¿Qué dices? No me dejo yo tocar un pelo por ese ni muerta. Vamos, que me tienen que matar antes.

—Pues chica, serás la única que opine así, y porque no quieres dar tu brazo a torcer, porque aquí están todas locas con él, que lo sepas.

—Una sarta de salidas es lo que son todas, porque el tío no es para tanto. Empezando por Lucía, que lo mira que parece que le está pasando la máquina de rayos X. Y por no decir, Rebeca, que esa tiene una pinta de arpía que no puede con ella—le informé.

—Oye, menos mal que tú parece que no estás en nada, y acabas de cortarle un traje a cada una en un momentito. Mira, por allí viene Izan—me indicó.

Me hice la tonta, mirando al suelo y canturreando, como si no lo hubiese visto venir. Eso sí, justo antes de que él pasara por delante de mí, simulé tropezar con el cubo, y derramé el contenido en sus zapatos acordonados, así como en el bajo de los pantalones.

—Ay, lo siento, lo siento muchísimo. Qué torpe he estado, y encima con lejí, que le había echado a tutiplén. Ay, de verdad...

—¡Mierda! Y encima en el traje nuevo—miró al bajo de sus pantalones, a quienes ni la Virgen del Carmen salvaría de desteñirse por la lejí.

—Eso, y encima en el traje nuevo—lo parodié yo, aguantando la risa.

Pastora es que se moría de la vergüenza. La guerra era entre él y yo, aunque la víctima igual terminaba por ser ella, a la que le iba a dar un infarto en cualquier momento, como yo no cejara en mi empeño de hacerle la puñeta bien hecha a Izan.

—No hace falta que disimules, puedes reírte a placer—me indicó él, disgustado.

—Yo lo único que digo es que todo en la vida se paga. Lo mismo tú robas y te quedas con el botín, pero luego lo pagas por otra parte—me lancé a la

piscina, ante los ojos atónitos de mi Pastora, a la que yo tenía frita con mis batallas diarias.

—Ya te dije que tenía mis motivos para llevármelo, ¿no vas a parar nunca? De veras, uno tiene que saber cuándo decir basta—me pidió, llevándose la mano a la cabeza.

—¿Te pasa algo, Izan? —le preguntó ella.

—Es esta maldita jaqueca, que me está matando, gracias—le indicó él.

—Pues nada, ahora te vas a casa, tiras los pantalones y los zapatos, y te metes en la cama como un señor, que es lo que eres—puse carilla de mala.

—No sabes lo que dices. Ahora me voy a celebrar un juicio, y oliendo a lejía, en mi vida se me había dado una situación tan bochornosa, ¿es que tú no vas a parar nunca? —me preguntó antes de irse.

Pastora me miró. Ya sabía yo que me la iba a montar, porque lo estaba deseando.

—Es más bueno que el fuagrás ese de “La Piara”, te lo digo en serio, ¿qué necesidad tiene él de meter al enemigo en su casa? —me preguntó—. Otro te habría mandado a hacer puñetas a la primera de cambio y lo sabes—negó con la cabeza.

—No lo hace porque tiene mucho que purgar y en el fondo los remordimientos lo están matando, ya te lo he dicho antes. Seguro que, cada vez que mire al bicho, se acuerda de mi hermana.

—Y de ti, hija de tu madre, seguro que se acuerda también de ti. De ti más que de nadie.

—Y más que se va a acordar. Este no sabe con quién se ha metido, ya caerá, te lo prometo—lo miré con malicia mientras lo vi irse, con ese aire de abogado que tenía. Sí, igual que el fuagrás que decía Pastora, daban ganas de meterlo en pan y comérselo, aunque yo pasaba de su culo porque no podía ni verlo.

A mí, todo lo que pudiera jorobarlo me parecería poco y así, de paso, si me echaban del trabajo rezaría de esa forma y no que me hubiese ido. Vamos, que incluso igual me merecía la pena.

Capítulo 10



...Y por fin llegó el fin de semana, y con él la liberación, por no tener que verlo.

Mi madre cosía el sábado por la mañana cuando yo me levanté. Por cierto, que serían como las diez de la mañana, todo un récord para mí en un finde.

—Dichosos los ojos que te ven levantada a esta hora, hija—me dijo con sorna, mientras no perdía puntada.

—Mamá, si es que con esta maldad que me habéis hecho... Con decirte que al final anoche no salí, de lo reventada que estaba. Bueno, tú lo viste.

—Sí, hija. Y mira que yo le había hecho novenas a la Virgen del Carmen para que te quitara tantas ganas de salir y no, era más fácil todavía. Solo tenías que ponerte a trabajar—rio.

—Vale, vale, ya lo pillo. Pero que esta noche salgo, ¿eh? No te vayas a creer, que para eso es sábado.

—Bueno, bueno. Mira el trajecito que le estoy haciendo al Pulgoso, ¿qué te parece? —me enseñó la miniatura tan salada que le estaba confeccionando con tela de cuadros escoceses.

—Ay, mamá, qué cosa más graciosa, ¿tú te has creído que Pulgoso es un Highlander? Lo digo yo por lo de los cuadros, que solo le falta la gaita, al jodío.

—Ay, él será lo que él quiera ser, hija—suspiró y me morí de la risa.

—Sí, mamá, claro que sí, ahora va a ser ministro como Marta, ¿oye dónde está? Que no la escucho quejarse.

—Ha salido con su amiga María, que iba a llevar al perro ese que tiene al veterinario. Jesús, qué animal más grande, si dice tu hermana que parece un caballo.

—¿Ha ido de paseo con el perro y no se ha llevado a Pulgoso? La niña no tiene perdón de Dios, mamá. Muy empollona y todo lo que tú quieras, pero este tema se le está enconando, no digas que no. Si ahora tiene las ideas más atravesadas que la niña esa de los Adams.

—Es miércoles—le entendí a mi madre.

—No, mujer, es sábado. Tú ahí, entre darle a la aguja y a lo que yo te dije con el calvo de mi padre, no te aclaras, ¿eh? Si fuera miércoles estaría yo diciéndole ladrón a Izan, eso lo saben hasta los hebreos, ahí con el mocho en la mano.

—Mujer, que la niña de los Adams se llama Miércoles, sí que estás atontada. Y oye una cosa, ¿tú le dices ladrón a ese muchacho? Por Dios, hija, déjate ya de tontunas, que es tu jefe—me aconsejó.

—¿Ladrón he dicho? Qué va, mamá, le digo “pasión”, que levanta pasiones el tío, ahí como el de “Pasión de Gavilanes”, ¿te acuerdas? Nos poníamos *tó* perras, ahí viéndolo tú y yo—disimulé.

Fue mencionar perras, y Pulgoso levantó la cabeza, como si nos hubiese entendido.

—Míralo, si solo le falta hablar a mi niño, ¿tú quieres una novia? ¿Tú quieres que yo te traiga una novia? —le preguntó ella.

—Mamá, tú vas a chochear con el perro, te lo digo yo. Mira, con eso vas haciendo las prácticas para cuando tengas nietos. Porque cuando yo tenga un niño te lo pienso dejar, que voy a salir saliendo, a mí no me corta un mico las alas, y el padre menos...

—Ya, por muy abogado que sea, ¿no? —me soltó y se me pusieron de punta hasta los pelos que no tenía en la lengua.

—¿Qué has dicho de abogado? —le pregunté.

—Yo solo he dicho que amores reñidos son los más queridos. Míranos a tu padre y a mí, que nos pasamos todo el día como el perro y el gato. ¿Y luego qué? Luego nos metemos en la cama y hacemos paz y guerra.

—Ya, ya, sí se escucha, ya os podíais cortar un poco, que se os va la olla y luego pasa lo que pasa, que no descansáis lo suficiente. Y como ya tenéis una edad, acabáis diciendo tonterías, y yo echándole la culpa de que chochearas al perro—conjeturé.

—Mira, hija, yo no sé cómo estaré el día de mañana, pero hoy por hoy estoy como una perita en dulce todavía de todo, incluyendo la cabeza. Yo solo digo que, cuando conocí a tu padre, no lo podía ver tampoco. Vaya, que hasta le hacía putadas, con eso te lo digo todo.

—¿Qué dices, mamá? Eso nunca me lo has contado tú. Venga, suelta, si yo creí que lo vuestro era un amor así rollo del cine, solo que de “Cine de barrio”, tú sabes—reí.

—Hija, lo nuestro al principio era más bien rollo “Pearl Harbor”, bombazo va y bombazo viene—me explicó.

—Qué cuca eres, anda que no te gusta a ti nada Ben Affleck, ¿es o no es? Para mí que has cosido hasta una muñeca de Jennifer López para hacerle vudú—reí.

—Hija, qué cosas tienes. A mí, con que se le caiga el culo, me es suficiente —se desternilló—. Pues eso, que al principio nos llevábamos a matar y míranos ahora, con dos hijas preciosas.

—Habla por mí, que a la niña se le está poniendo hasta cara de mala con todo lo del perro. Y más desde que ha ido ella sola a cortarse el flequillo, que tenía razón Dani Rovira con eso de que hay algunos que te los sacan dándote un hachazo. Cuidado con la niña—me reí.

Mi madre, como madre que era, parecía tener muchas veces un viejo en la barriga, aunque toda excepción tiene su regla, y aquella era una. Qué duda cabía para mí en un momento en el que Izan me parecía un tío bueno, para comérselo, pero de esos que te comes para cagarlo en la gran puñeta.

Menos mal que era fin de semana y me tocaba descansar de él, porque a mí los nervios me los ponía fatal. A mí, que estaba tan centrada en mi trabajo.

Capítulo 11



El domingo por la mañana, mi madre daba unos tremendos lamentos, por lo que me levanté pensando en que algo malo le estuviese ocurriendo.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Me lo puedes contar? Ay, cuca de ti, que ya sé yo muy bien lo que te pasa: a papá le ha llegado la pitopausia, ¿puede ser? — me senté a su lado.

—¿Qué dices, hija? Si tu padre funciona mejor que un reloj suizo. Ya quisieran muchos de tu edad, te lo digo muy en serio, que seguro que algunos no valen ni para hacer puñetas—afirmó ella.

—Depende, mamá. Si quieres asegurarte una noche loca, te vas para uno que se haya metido un tiritito por la nariz y eso es polvo garantizado hasta las once de la mañana del día siguiente. Te deja eso como un bebedero de patos. Y si no es eso, ¿qué te pasa?

—Hija, que se me ha desatado otra vez el lumbago, ¿tú te crees que es normal? Hoy, precisamente tenía que ser hoy.

—¿Y qué pasa hoy? ¿Es tu aniversario de boda, Lolita? Mírala ella, lo enamoradita que está de su calvo. Mujer, si de aquí a nada es San Valentín, ya te traerá el hombre un corazón de esos del Mercadona, que parece muy bonito, pero luego el bizcocho se te pega en el cielo de la boca y no veas. Peligro de muerte, parece que los hacen con cemento.

—Que no es eso tampoco, cariño, que no tiene nada que ver con tu padre. Es por el Pulgoso—lo miró con pena.

—¿Qué le pasa a Pulgoso, mamá? Míralo, si está ahí a cuerpo de rey, sin tener que trabajar y sin nada. Y luego hablan de vida de perros, ya quisiera yo—suspiré.

—No digas tonterías. Para una vez que le prometo algo. Ay, mi niño chiquitito. Y mira, que anoche me quedé cosiéndole el trajecito hasta las tantas. Hasta unas hebillas le he puesto, no me digas que no está precioso—me lo enseñó en su perchita y todo.

—Mamá, lo que yo te diga, que tú vas a chochear con el perro...

—Hija, es que, mientras que no le crezca el pelo, el pobrecito necesita ir abrigado o cogerá una pulmonía. Con lo mono que iba a ir estrenando hoy—suspiró.

—¿Dónde, mamá? ¿Tú estás delirando? En buena hora me he levantado, esto parece una tragedia griega de esas con las que nos torturaban en el salón de actos del instituto—recordé con la piel erizada.

—Cariño, es que hoy se celebra San Antón. Fue a primeros de semana, pero ya sabes que siempre lo dejan para el domingo. Y claro, yo quería llevarlo para que el santo patrón me lo bendijera, a ver si le sale el pelo, si se le abre del todo el ojo y si...

—Mamá, vamos por partes, que tú quieres acaparar al santo. Pulgoso es como es, ¿y qué? Si tú lo quieres igual, la que tiene guasa es la niña, que no lo puede ni ver. Yo de ti dormiría con un ojo abierto por si lo envenena o algo—le advertí.

En esas que llegaba mi hermana, que el oído lo tenía estupendamente, corriendo en plan ciclón.

—¿Qué has dicho? Yo a ese no le he hecho nada—lo señaló.

—Ese tiene un nombre y bien bonito que es: Pulgoso—le indicó mi madre, pues ya hasta el nombre del perrillo le gustaba.

—Sí, claro, tan bonito como él. Mamá, si es un adefesio—se cruzó de brazos.

—Mamá, a la niña le deberíamos lavar la boca con lejía, que nos lo va a traumatizar, ¿verdad que sí, cosita? —me saltó él en lo alto y comenzó a

lamerme.

—Ay, la ricura más chiquita, a mí también, precioso, a mí también—le pedía mi madre, que se derretía con él.

—Mamá, como te pegue la alopecia, te vas a quedar como papá, yo solo te digo eso—le soltó la niña, roja de envidia como estaba de lo que nos quería el perrito.

—Mamá, mejor eso a que ella nos pegue su mala leche, ¿no te parece? —le di yo un codazo.

—En eso tienes razón, Ingrid, que me tiene ya a mí hasta el higo la niña esta. Se me está ocurriendo una cosa, ¿por qué no lo lleváis vosotras a la fiesta de San Antón?

—Pues mira, mamá, sí que lo vamos a llevar, ¿a que sí, Marta? —le pregunté porque me tenía ya harta con esta actitud tan hostil hacia Pulgoso.

—Conmigo no cuentes, te lo llevas tú si quieres—me espetó.

—De eso nada, Ingrid irá contigo, pero al perro lo vas a llevar tú con la correa, que ya es hora de que establezcas un vínculo con él—le dijo mi madre, la mar de bien puesta ella.

—Mamá, qué bien te ha salido—aplaudí.

—Es que no paro de leer yo en Internet artículos de perros. Para mi Pulgoso, lo mejor. Ven aquí, entrañas mías, que te voy a poner el traje—lo cogió ella en volandas.

No exagero si digo que el animalito se resistió todo lo que pudo porque hasta él debió pensar que era ridículo.

—Mamá, ¡que es esa horterada! —exclamó Marta, que era la primera noticia que tenía.

—¿Qué dices tú de horterada, niña? No vas a fardar nada con tu perrito vestido así. Mira, tu hermana dice que se parece a un Highlander con los cuadros escoceses. Si es que es un rompecorazones mi Pulgoso—le dio ella un puñado de besos cuando por fin lo tuvo vestido.

—Eso no te digo que no, lo mismo causa algún infarto, mamá. El adefesio, vestido así, le da un susto al miedo, ese es el resumen.

—Mamá, ni caso a la niña esta, que está amargada con el dichoso tema del perrito. Pulgoso se lo va a pasar de muerte, eso te lo prometo yo.

—De muerte, eso no suena mal—pensó ella en alto.

—Marta, le pasa algo al Pulgoso y no tienes tú piedra debajo de la que esconderte. Por la cuenta que te trae, cuando vuelva que esté perfecto—le advirtió la mujer.

—Pues entonces, que se prepare San Antón para hacer horas extra, porque esto no hay por dónde cogerlo—le contestó ella, en el colmo de la ira.

—Desde luego, es que parece que le has cogido hasta celos a esta cosita tan bonita—le hizo un montón de carantoñas—. Venga, hija, muévete y trae su correa, que está en el mueble de la entrada.

—Mamá, ¿qué se supone que es esto? —le preguntó ella moviendo la cabeza de un lado para otro cuando la cogió.

—Niña, la correa que va a juego con el traje, también se la he hecho yo, ¿a ti cuándo te llevamos la última vez a revisarte la vista? Trae anda, que se la voy poniendo a la cosita más preciosa.

—¿A la cosita más preciosa? ¿Y la vista me la tienen que revisar a mí? Mamá, me estás empezando a dar miedo.

—Miedo tendría que darte como le pase algo a esta cosita tan chiquitita, a esta bolita de pelo que me la voy a comer yo—se despidió del perrito.

—Sí, sobre todo de pelo—rio ella.

Salimos de allí y a mi hermana la cara le llegaba al suelo.

—Te lo advierto, Ingrid, o lo llevas tú o lo suelto. La gente nos está mirando.

—Porque está ideal con su conjuntito de cuadros, por eso, tonta.

El perrito, una vez que lo tenía puesto, como que no lo veía, así que iba andando tan contento. Con su cojerita, eso sí, pero feliz y resguardadito del frío.

—Que lo suelto, ¿eh? —me amenazó de nuevo.

—Y hasta entonces no te voy a soltar yo el primer guantazo de tu vida. Lo que tienes que hacer es ponerte ahí, que te voy a hacer una foto con él para subirla a las redes—le pedí.

—Ni de coña. Eso es maltrato infantil y no te lo voy a consentir, antes tiro para comisaría a denunciarte. Un abogado vas a necesitar—me indicó.

—Calla y no mientes ruina, qué mala leche tienes. Cuidado con la niña, ya me ha dado la mañana, para un día que tiene una para estar tranquila. Dámelo ya, anda. Y cuidadito con rajar de él, que te han dejado a ti un flequillo que vaya...

—Por lo menos yo tengo pelos para llevar flequillo. No como este.

—Por lo menos él sabe disfrutar de la vida, no como tú, que estás amargada por una tontería—le restregué por la cara.

—Por una tontería no, porque yo quería mi chihuahua y no lo tengo por tu culpa. Y en su lugar tenemos al perro este que es más feo que el culo de una mona—se quejó.

—Niña, a mí no me vas a dar el día. Del chihuahua ese ya te puedes ir olvidando porque no vas a volver a verlo en tu vida, ¿te ha quedado claro? En tu vida—le recalqué porque a mí me tenía ya como una moto de tanto hacer de menos al cojito de mis amores.

Capítulo 12



Llegamos al parque en el que se estaba celebrando la fiesta de San Antón y allí que estaba toda la gente con sus mascotas, todas ellas más chulas que un ocho.

Pulgoso se volvió loco al ver a otros perritos y enseguida tiró de la correa para correr a jugar con ellos.

—Niña, ¿ese bicho qué es? —le preguntó una señora mayor a Marta.
Mucho tacto no tenía, las cosas como son.

—Señora, es un perro, ¿no lo ve? —le contestó ella, que perra no sería, pero malas pulgas tenía para parar el tren.

—¿Un perro, puñetas? ¡Qué cosa más fea! —exclamó la señora con cara de sorpresa y con esa naturalidad que a algunas personas mayores les otorga el serlo.

—Sí, un perro, ¿qué pasa? —le contestó ella tirando de él, y ya de paso de mí también.

—Niña, que vamos a paso militar, relájate un poco. Que yo de militar solo llevo las botas—le indiqué señalando a esas burdeos tan chulas que me había comprado, sacándole a mi madre un adelanto a cuenta de mi primer sueldo.

La mujer, con tal de que trabajase, no opuso mayor resistencia y en cuanto a mí... A mí como que me daba vidilla eso de lucir palmito, sobre todo desde que me llevaba unas cuantas horas al día con ese horroroso uniforme que, al menos eso sí, ya me habían dado de mi talla.

—¡Mierda, mierda, mierda! Ahí está María con su perro—me indicó mi hermana, no sabiendo dónde esconderse.

—¿En qué agujero te crees que te vas a meter lacia? Ya estás saliendo de detrás de mí y diciéndole a tu amiguita que tú también tienes perro. Y te quiero ver bien orgullosa o te meto un sopapo. Venga, arreando—le di un empujón.

—Que no, que se va a reír de mí, y de ti también de paso—me advirtió como a modo disuasorio.

—¿La pija esa se va a reír de mí? Hasta entonces no va a comprobar que la “p” de psicólogo a ella no le va a resultar inútil, porque va a necesitar uno

con todas las letras para quitarle el trauma del guantazo que le voy a meter. Venga, cabeza alta y fuera pamplinas.

La tomé de la mano y me la llevé hasta allí a regañadientes. La niña es que no podía tener más cuentos y su amiga, la que venía de frente con el caballo ese de perro, ya ni digamos.

—Hola, María—murmuró mi hermana sin chispa y sin nada, como queriendo pasar inadvertida, y con Pulgoso tratando de salir de detrás de ella para jugar con ese gigante que se le acababa de acercar.

—¡Hola, Marta! ¿Tú qué haces aquí si no tienes perro ni nada? —le preguntó la otra sabihonda.

—Bueno, yo, yo...Es que verás, yo tengo esto—lo sacó al comprobar mi mirada asesina si no lo hacía.

—¿Y eso qué es? —le preguntó ella con tremenda curiosidad, aunque mirándolo con cierto asco.

—Mujer, es un perrito. Mira cómo quiere jugar con el tuyo.

—Ah, no, no, al mío ni lo acerques—lo apartó—. No vaya a ser que le pegue algo—le advirtió.

—María, ¿y qué le va a pegar? —le preguntó ella con las orejas hirviendo por la rabia.

—Por ejemplo, las calvas esas que tiene, ¿estás loca? Mira el pelo que tiene mi Bizcocho—le indicó ella.

—¿Bizcocho? ¿Ese pedazo de perro se llama Bizcocho? —me reí yo, porque para ridículo su nombre.

—¿Y tú eres? —me preguntó como si no me conociera, haciéndose la tonta.

—Yo soy la hermana de Marta y quien te va a decir que ese nombre no le pega a ese mastodonte ni con cola, niña, abrase visto—me indigné.

—Porque tú lo digas. Mira, es un gran danés, también llamado dogo alemán, de la variedad arlequín para más señas. Por eso, al ser blanco y negro, se llama Bizcocho, porque parece uno de nata y chocolate—me soltó de lo más repipi.

—Oye, ¿tú te has tragado una enciclopedia de perros o algo? Mira, haz el favor de quitarlo de mi vista que está echando babas, no como nuestro Pulgoso, que es más bueno él.

—¿Pulgoso? —Dio un tirón de la correa del suyo, al que por cierto no logró mover ni un centímetro, porque ese fortachón sí que había hecho buenas migas con nuestro perrito.

—Sí, Pulgoso, ¿qué pasa? Te metes más con él y yo te meto así, lo uno por lo otro—le señalé con el brazo.

—Y encima me amenazas, cuando vas por ahí con un perro que reparte pulgas—se permitió decir.

—Cuidadito con lo que dices, que no verás un perro más escamondado en toda la ciudad, te lo advierto. Buena es mi madre...

—Y cuidadito con lo que dices tú, que la mía es abogada y te puede meter una denuncia que te cagues—me soltó la cría impertinente esa.

—¿Abogada? A los abogados me los meriendo yo de dos en dos, ¿sabes? Ya te puedes ir por ahí a hacer unas pocas de puñetas. Y que no me entere yo de que te metes más con nuestro perro.

—A cualquier cosa lo llaman perro—se fue diciendo ella muy digna—Mira, por allí viene mi madre.

No es que yo la viera con claridad ni falta que me hacía, que estaba entre la multitud y, aun así, pude observar que la tipa iba vestida como si en vez de a San Antón fuera a ver a San Antonio de Padua para buscar novio, con unos impresionantes tacones y un llamativo abrigo de pelo que hacía pensar que fuera otra mascota.

Pues nada, que no le eché yo más cuenta ni a la madre ni a la hija, agachándome para hablar con Pulgoso.

—Cariño, tú ni caso a estas imbéciles, ¿eh? Que tú eres muy bonito y las pijas estas no te van a hacer de menos, de eso ya me encargo yo—lo acaricié y él se dejaba, feliz de la vida.

—No, de menos me harán a mí cuando aparezca por el colegio, me has convertido en el hazmerreír, Ingrid—se lamentó mi hermana.

—Niña, que ya hablas como otra de ellas, ¿qué es eso de “hazmerreír”? —no me hacía la tonta, es que no lo había escuchado en la vida.

—¿Y de verdad te lo tengo que explicar? ¿Tú y yo hemos salido de los mismos padres? ¿Estás segura? —me preguntó sin poder contener su ira.

—Pues mira, no, porque a ti te sacaron de un pesebre, como al Niño Jesús. De debajo de una vaca, para más señas, como diría la pija de tu amiga, ¿ves como si puedo hablar fino también?

—¡Que me dejes! —exclamó mientras salió corriendo.

La perdí de vista durante unos minutos. Tampoco es que me preocupase lo más mínimo porque ella solía actuar así cuando se sentía atacada.

Paseaba tranquilamente cuando vi una escena que llamó poderosamente mi atención, puesto que no la esperaba. No podía ser, no me libraba de él. Allí estaba Izan con el chihuahua que, por cierto, no portaba él, sino que lo hacía

un crío pequeñito, de unos cuatro años. A su lado, su puñetera madre, porque no podía negar que lo fuese, era demasiado parecida al niño.

Así que Izan tenía familia, ¿cómo no se me habría pasado por la mente? Le calculaba unos diez o doce años más que yo, ¿y por qué no había de tenerla? Me paré en seco a mirarlo, sin que él me viera, observando sus movimientos.

Yo es que seguía sin perdonarle y cualquier detalle que me sirviera para hacerle la puñeta, como que me servía. Dicen que la información es poder, de modo que toda la que yo obtuviese me parecería poca.

A ella la llevaba cariñosamente cogida por el hombro y parecían reírse mucho juntos. La mujer valía, no podía negarse: era alta, con tipazo y un estilo de esos que sirven para ser influencer, si se lo proponen.

A bote pronto, eran la familia ideal. Y él... él debía ser un ponecuernos bueno y yo sabía por qué lo decía, ya que, aunque no pudiera afirmar a ciencia cierta que tenía un lío con ninguna, pasteleaba con todas las del despacho, incluidas Lucía y Rebeca, que bebían los vientos por el gran Izan Peñalver, ese que parecía darle a todos los palos.

Miraba yo la escena como hipnotizada cuando vino mi hermana.

—Oye, que he pensado que igual tienes razón, Ingrid, ¿me he pasado mucho? —me preguntó.

—Tres pueblos, niña, menos mal que vienes en son de paz, porque parece que te ha poseído el espíritu de una pija de esas. Ya iba a pedir yo que te bendijeran a ti también, aunque lo que realmente necesitas es un exorcismo —le dije.

—Qué bruta eres, Ingrid. Venga, ya se pasó. Trae a Pulgoso que le voy a dar una vueltecita por ahí—Cogió su correa y yo, tan ensimismada como estaba, ni cuenta me di.

Seguí con la vista a la familia feliz. Ese miserable y rastrero no se libraría tan fácilmente de mí. Izan me había herido en el orgullo y yo eso no se lo podía perdonar.

Se me metió en la cabeza: tenía que buscar su talón de Aquiles y atizarle fuerte en él. La imagen de familia idílica que había construido no se correspondía para nada con la del tipo infiel que era.

A mí no me la daba como a mi compi Pastora, que lo tenía por un santo varón. Según ella, lo era por no haberme despedido ya, si bien yo tenía mi propia teoría al respecto: por el motivo que fuera, a ese le iba la marcha y le encantaba que yo le provocase, supongo que le daría morbo o algo. A mí él, lo que me seguía dando eran náuseas.

Cuando por fin los perdí entre la multitud, caí en que mi hermana se había llevado a Pulgoso. Me recorrió un escalofrío porque ella parecía haber reaccionado por fin, pero su amiga era capaz de echárselo como aperitivo a su Bizcocho, que mandaba narices el nombrecito del animal.

Comencé a buscarla y no la encontré. Mis padres estaban por la labor de comprarle ya un móvil, puesto que yo les convencí de que había llegado la hora de que Marta tuviera el suyo propio, con eso de que empezaba a salir sola de casa y tal. Pero todavía no lo habían hecho.

Así las cosas, comencé a ponerme un poco nerviosa y fue entonces cuando vi a la niñata esa de María, que iba exhibiendo al Bizcocho.

—Oye, ¿está mi hermana contigo? —le pregunté.

—¿Connmigo? ¿Tú te crees que yo voy a dejar que mi Bizcocho se junte con el bicho inmundito ese? —me respondió con todo el desdén del mundo.

—Niña, ¿a ti qué educación te han dado tus padres?

—Mi madre, querrás decir. Yo no tengo padre, mi madre es una valiente que quiso que la inseminaran artificialmente—me soltó con esa arrogancia tan suya.

—Normal, porque como tenga la misma cara de alpargata que tú, no encontraría quien se la cepillara, niñata—me despaché a gusto y seguí buscando.

Estaba en ello cuando vi venir a Marta corriendo entre la multitud. Parecía muy soliviantada.

—Ingrid, vámonos a casa, que Pulgoso no se encuentra bien—me dijo mientras lo portaba en brazos.

—¿Qué le ha pasado? Hija de la gran fruta, ¿no lo habrás envenado al final? Mira que...

—¡Que no! De verdad, que se ha puesto malito y no para de vomitar. Te prometo que yo no le he hecho nada. El pobre está fatal.

Marta lo llevaba envuelto en una mantita de cuadros escoceses que mi madre le había tejido a juego con el traje y la correa. Todo un poema el conjunto, la mujer estaba que no cagaba con él. Menos mal que no quería perro. Como le pasara algo, cualquiera la aguantaba.

Capítulo 13



Llegamos a casa corriendo y, justo en ese momento, mi padre salía con el coche y con mi madre.

—La pobre está fatal, la voy a llevar a urgencias—me comentó.

—¿Y mi Pulgoso? ¿Cómo está mi niño? —me preguntó ella desde el asiento trasero del coche, donde trataba de acomodarse porque era más amplio.

—Está muy bien, mamá. Yo me ocupo de todo, tú vete tranquila y llámame cuando se sepa algo.

Le vi muy mala cara, demasiada para tratarse de una de sus lumbalgias. Algo no iba bien, lo presentí.

—Vale, cariño. Y ponle el aire calentito ahora cuando subáis, que hace un frío que pela.

Era para mearse y no echar ni gota. En mi casa, como en la mayoría de los hogares humildes de este país, se miraba mucho por la factura de la luz. Llevábamos toda la vida escuchando a mi madre decir eso de “niña, apaga esa luz, que yo no me acuesto con el de Iberdrola”. Y, a pesar de eso, desde que Pulgoso estaba con nosotros, ella no paraba de ponerle el aire calentito, como decía. Yo es que me partía, no podía con su arte.

Subimos a casa y le pedí el perrito a mi hermana, preocupada como estaba por ver qué le pasaba.

—Aquí lo tienes—me lo entregó con más miedo que vergüenza, lo cual me acojonó todavía más.

Le quité la manta volando y sí, claro que tenía motivos para acojonarme.

—¡Pero si este no es Pulgoso! —le chillé.

—Ah, ¿no? —me preguntó como quien no quiere la cosa.

—No, niña, este es el chihuahua ese que te gustó, y yo sé muy bien a quién se lo has robado, ¡ahora la ladrona eres tú!

—Técnicamente es una apropiación indebida, no un robo, ¿no es eso lo que te explicó el abogado ese roba perros? —esgrimió sus mismos argumentos.

—A ti sí que te voy a explicar yo ahora lo que vale un peine, ¿qué hacemos con esto? —miré al animalito, que estaba de lo más desconcertado.

—Quedárnoslo, qué vamos a hacer—me comentó ella con total tranquilidad.

—Yo no sé lo que te hago, Marta, no sé lo que te hago. Que no nos lo podemos quedar, ¿es que no lo entiendes? A mí me va a dar algo. Ya verás cuando mamá se entere de lo que has hecho. Y otra cosa, ¿dónde está Pulgoso? Dime por favor que no lo has dejado solo—la iba yo cogiendo por el cuello.

—Que no, tranquila, que se lo dejé en la mano al niño, con la correa y todo. Él lo miró un poco raro y ya.

—¿Al niño de Izan? ¿Le has dado el cambiazo al niño de mi jefe? Tú eres una ruina de hermana, tú lo que quieres es que yo acabe en la cárcel y lo vas a conseguir.

—Lo dices como si lo respetaras mucho. Si el tío te vaciló desde el primer momento, ¿vas a decir que no? Tú eres más chula que eso, Ingrid. Él nos robó al chihuahua y nosotros se lo robamos ahora a él. Mira, se llama Blanquito, lo pone en su chapa, ¿no es una monería?

—A mí me gusta más Pulgoso, qué quieres que te diga.

—Venga ya, Ingrid, le has cogido cariño al bicho, pero donde se ponga esta cosita—lo acariciaba ella.

—Yo a esa cosita la veo como unos pocos de años de cárcel, ¿a quién se le ocurre? No quiero ni mirarlo. Y el pobre Pulgoso, ¿te has parado a pensar cómo se sentirá?

—Estupendamente, no creo que sean tan incivilizado. Ahora tendrá un hogar de pijos y lo cuidarán muy bien. Fin de la historia.

—Fin de la historia dirá mamá cuando te coja bien cogida, ¿qué le piensas decir a ella? Lista, que eres tú muy lista.

—Que se te escapó y lo pilló un coche. Y claro, sin pelo y sin nada, no hubo amortiguación posible. Fue una muerte natural—sonrió.

—Como la que me dará ella a mí si le cuentas eso. Ni se te ocurra, tenemos que recuperar a Pulgoso—le advertí.

—Vale, vale, pero nos los quedamos los dos. Y no los juntamos, ¿eh? No se le pegue a esta bolita blanquita algo del...

—Ya, porque todo lo malo se pega, ¿no, Marta? Lo único es que Pulgoso no tiene nada de malo. Por el contrario, las pijas de tus amigas sí, y a ti bien que se te ha pegado—le solté sin dilación.

—Jo, Ingrid, no seas tan dura conmigo—la vi afectada por primera vez en esos días.

—Ni dura ni nada. Soy realista. La Marta del barrio, la de antes de ir a ese colegio, molaba mucho más. En ti estar el volver a ser la que eras o el convertirte en una pija de esas. Y oye, que no tendría nada de malo que fueran pijas si tuvieran principios, niña, pero es que tus amigas esos ni los conocen—le dije mientras trataba de pensar qué podíamos hacer.

Me la había liado bien con las tonterías. Si Izan se enteraba de que yo tenía su perro, tendría motivos más que de sobra para buscarme un lío y de los gordos.

Por primera vez en la vida, entendí que podía estar en un aprieto. Recapacité y deduje que tenía que resolverlo de un modo que no me trajese consecuencias.

Marta me miraba preocupada y no era para menos. La había liado parda. La cogí de la mano y tiré de ella, que tenía al perrito encima.

—Vamos a darle el cambiazo de nuevo y reza porque todo salga bien, ¿me estás escuchando? A mí no me vas a buscar la ruina porque te hayas empeñado en que tiene que ser este perrito y no el pobre de Pulgoso, que encima se merece más que ninguno la oportunidad de ser feliz, ¿es que no te da pena? —le pregunté mientras comenzaban a caerle dos lagrimones.

Capítulo 14



La cosa estaba más fea de lo que parecía cuando llegamos de nuevo al parque.

El niño seguía con la correa de Pulgoso en la mano y tanto su madre como Izan les estaba explicando a los agentes lo ocurrido.

—Yo vi a una chica que le daba el cambiao—les decía también un señor mayor, que el hombre parecía no coordinar ya demasiado bien, y que había acudido en compañía de su hija y su nieto.

—¿A una chica? ¿Y cómo era? —le preguntaban ellos.

—No sé, para mí que tenía el pelo de colores, como estas modernas que salen ahora por todos los lados. Azul me parece a mí que era.

Recé a todos los santos porque al hombre no le volviese la cordura, ya que acababa de dar un dato que nada tenía que ver con la realidad. O sí, porque

entonces miré a mi hermana y ella se echó a reír.

—Sí, qué pasa, me puse la capucha, ¿no es eso lo que hacen los delincuentes? —señaló al anorak que llevaba puesto.

—La madre que te parió. Y encima tendrás suerte y todo, será posible, lo ha confundido con tu pelo.

Afortunadamente, el día que nos vimos en la protectora, Izan no llegó a saber qué perro nos llevábamos nosotras, por lo que nada nos vinculaba con Pulgoso, a priori.

Nuestro perrito no tenía chip, por eso de que nunca le dieron buena vida, lo mismo que el chihuahua, a quien trataron bien, pero no llegaron a ponérselo. Por ahí nos íbamos a librar, si es que nos librábamos. Yo lo sabía porque le había palpado debajo del cuello y no encontré nada.

La idea era esperar a que llegara el momento en el que pudiéramos intercambiar los perros, si bien yo no veía la manera. Y menos cuando los agentes, que parecían conocer a Izan, no paraban de darle bola y de señalar a unas cámaras de seguridad que había colocadas a la entrada del parque, y que nosotras no habíamos visto.

—Seguro que no nos han pillado, ¿no dices tú que siempre tenemos suerte para todo? —me preguntó Marta.

—Hasta que dejemos de tenerla, niña. Hasta que dejemos de tenerla. Venga, piensa, ¿tú no eres la lista de la familia? Pues demuestra que la cabeza te sirve para algo más que para llevar ese flequillo tan raro que te has sacado, que te pareces al niño de “Marcelino, pan y vino” —le solté con ganas de soltarle otra cosa, pero contuve la mano.

—¿Y ese quién es? —me respondió ellas sin entender ni una palabra.

—Ese es el niño de una peli muy antigua que veía yo con la abuela. Luego lo buscas en Internet, igualita estás, te vas a cagar.

Por más que buscábamos la forma no lo logramos. En un momento dado, la policía se marchó por fin, y la gente de alrededor también se fue disipando.

Nosotras llevábamos a Blanquito metido en la mantita de Pulgoso. Muy original no fue quien le puso el nombre al animalito, porque blanquito era, sí. Y chillón también, porque el jodío comenzó a ladrar y no supimos dónde meternos.

—Como me encierren en la cárcel por tu culpa, es que no sé lo que te hago —le decía yo, mirándola desesperada.

—Dejarme tus esmaltes, qué vas a hacer. En la cárcel no los vas a necesitar y, además, que ninguno te va a combinar con el uniforme ese naranja, que parece el de un butanero—hilvanó.

—Niña, ¿tú te crees que esto es Guantánamo? Aquí los presos no llevan esas cosas, hija. No tienes tú pamplinas en la cabeza, así estamos. Oye, y otra cosa, si acabo allí, me traes buenos bocadillos de carne *mechá*, que son los que me gustan. Y calentitos. Recuerda que me lo debes.

—Ah, no, eso sí que no—negó.

—¿Que me vas a negar un bocadillo después del lío en el que me has metido? Lo que yo digo, que tú no eres una hermana ni eres nada, tú eres una ruina—casi la cojo por los pelos.

—Que no, Ingrid, que comida no se puede meter en la cárcel. Me lo dijo Rocío cuando metieron a su hermano Rober en la trena por trapichear, que no le podían llevar comida. Es por las epidemias y eso, para que no se desate ninguna, por si la comida está mala y tal.

—Vaya por Dios. Y las epidemias de pijas no las controla nadie. Oye, y hablando de pijas, la madre del niño está entretenida con él e Izan no está mirando, ¿y si lo dejamos en el suelo y que vaya hacia ellos? —le propuse.

—¿Y a Pulgoso cómo lo recuperamos entonces? —me preguntó ella preocupada.

—Pues ya veremos, aunque seguro que los pijos lo entregan de nuevo a una protectora, porque quedárselo esa gente, no se lo queda. Y podremos ir allí a por él.

—Por feo—rio ella.

—Vuelve a reírte y cobras con paga extra y todo. Corre, déjalo en el suelo.

Mi hermana corrió, sacándolo de la manta, solo que no contábamos con que también corriera un crío con una pelota en ese momento y en la misma dirección. La pelota era mucho más grande que el chihuahua y este, asustado, salió corriendo.

—¡Ingrid, que lo perdemos!

—¡Corre, corre! —chillé.

El animalito corría en dirección a una zona arbolada que había ya fuera del parque, una muy poco transitada y grande, en la que podría perderse con toda facilidad.

Yo pensé que las cosas no podrían empeorar, pero entonces vi venir a una pareja de ancianitos, ideales ellos, que paseaban del brazo.

Los dos iban charlando de sus cosas y no lo vieron venir, con tan mala suerte que a la señora se le enredó la cuerda del perrito en las piernas y fue a dar un bocazo de no te menees.

—Ay, Luis, la babucha, he perdido hasta la babucha—se lamentaba cuando por fin la pusimos de pie.

—Ay, Antonia, ¿estás bien? ¿Te has partido algo? —le preguntó él.

—Yo no, pero he sentido que le he dado un babuchazo a la rata, esa ya no le da más por saco a nadie. Hasta la he perdido, del babuchazo que le he dado. Con el asco que me dan a mí, me están entrando unas náuseas. Qué asco de rata—insistía ella, creyendo que lo era.

—Para que luego le digas feo a Pulgoso, te está castigando Dios—le recordé a mi hermana.

—Sí que me está castigando porque lo hemos perdido—me corroboró eso que tanto temía.

—¿Estáis buscando a la rata? La madre que os parió, ¿para qué queréis ese bicho? Yo creo que se ha caído al agua, porque he visto que volaba, yo creo que no ha sobrevivido al babuchazo.

La mujer señaló a un río que había cerca y yo me sentí morir, ¿había matado al chihuahua de un babuchazo como ella decía? Había que joderse, ¿algo más podía salir mal?

Pues sí, podía, porque resulta que nos acercamos al margen del río y vimos que iba ya río abajo, inconsciente.

—Yo creo que está muerto, Blanquito está muerto—comenzó a llorar mi hermana.

—Yo no sé si está muerto o no, niña, aunque Blanquito es ahora Azulito. Qué barbaridad, cómo se está poniendo.

Cierto que era así, que al animalito daba pena verlo. Cada vez la corriente se lo llevaba más lejos y yo no tuve más remedio que tomar una decisión rápida, partiendo una rama de un árbol y tratando de sacarlo con ella.

A resultas de aquella, me partí dos uñas, cagándome en todo lo que una pueda cagarse en el mundo.

—¡Quieta ya, que lo vas a rematar a palos, Ingrid! —chillaba mi hermana.

Cierto que yo no atinaba a sacarlo y, por cada intento que hacía, un palo que se llevaba el animalito.

—¿Y qué hago? Yo no me puedo tirar a por él, qué frío—le dije.

—A mí es que me da el asma enseguida—se encogió ella de hombros.

—La madre que te parió, el asma, a ti lo que te dan son ataques de guasa. Cuidado con el lío. Yo a ti no sé lo que te hago, niña—le dije mientras que me iba quitando el anorak y las zapatillas, que ya veía lo que me tocaba.

Finalmente, me tiré al agua, de lo más valiente, tras lo cual me salí.

—No puedo, no puedo—le decía mientras los dientes me castañeteaban, que parecía que habían adquirido vida propia.

—Sí, sí, puedes, fístra, pecadora de la pradera—me animó Marta, a quien se le daba genial imitar a Chiquito de la Calzada, que el Señor tuviera en su gloria, donde todos se reirían hasta desternillarse con él.

—Eso, tú hazme reír y ya es que me hundo—le decía yo.

—Si hay pie por todos los lados. Mira, se ha quedado enredado allí—me indicó al otro margen del río, donde el animalito fue a parar, quedando entre varias ramas y una bolsa de plástico que algún guarro había tirado.

Cuando por fin llegué a él, ya estaba lila como un teletubbie.

—Ven aquí, chiquitín, ¿qué te ha pasado a ti? —le pregunté aprovechando que el pobre no me podía contestar, porque me habría dicho de todo menos bonita.

—Ay, que ya lo tienes, que ya lo tienes—repetía Marta, sin poder parar.

—Ahora a ver qué le hacemos, porque para mí que este tiene una pata aquí y tres en el cementerio, niña—le indiqué.

El bichito estaba de pena: lila, frío como un témpano de hielo, y con más bollos que el orinal de un loco de los palos que le di para intentar sacarlo.

Yo también tiritaba lo más grande, chorreando de pies a cabeza.

—Hay que hacerle el boca a boca, Ingrid—me indicó ella.

—Pues ya sabes, guapita. A soplar, que así vas haciendo las prácticas para cuando seas mayor y te paren con el coche—reí maliciosamente.

—Qué va, qué va, yo no puedo. A mí me está dando el asma—repuso la muy Judas mientras echaba mano del Ventolín para darle mayor credibilidad a su farsa.

—Ya te cogeré ya—le decía yo mientras se hacía la asfixiada—. Chiquitín, ya voy. Ay, Dios mío, con lo que mira una con quién se morrea, tiene narices la cosa.

—Menos, seguro que lo miras menos cuando vas borracha como un piojo—se atrevió a decir ella.

—Corre, corre, que como te atrinque por los pelos no te quedarán ni los del flequillo—la amenacé en cuanto la vi echar a correr.

Ay, madrecita de mi alma, qué fatiguita más grande me daba a mí lo de morrearme con el bicho.

—Venga, ya, hijo de perra, abusón—le decía yo, y nunca mejor dicho, cuando ya llevaba un rato.

—Si es que tienes que esmerarte más, dale un beso con lengua—me decía mi hermana desde lejos, poniéndose a salvo.

—La lengua la voy a utilizar para decirte a ti lo que no está escrito cuando te coja, que sabes latín y mira... Mira en el lío en el que me has metido.

—Venga ya, si estás haciendo la buena obra del año. Seguro que el universo te lo recompensa con un buen novio—se reía ella.

—Calla, que todavía voy y te arreo.

Por Dios que yo estaba notando que el bicho respiraba ya, solo que no abría los ojos. Si mi hermana sabía latín, ese también lo sabía, y encima otras lenguas muertas. Aunque para muertos los que pude echar yo por la boca cuando vi que el bicho me estaba dando coba.

—¿Tú cómo lo ves? —me preguntaba ella de lejos, resguardada.

—Yo lo veo cachondo perdido, le voy a dar un pellizco y ya verás cómo reacciona— Fue intentarlo solo y ya estaba el perro corriendo también. Ese lo que quería era que yo lo siguiera morreando.

—¡Ya lo tengo! —me chilló ella, que esa vez lo atrincó a tiempo.

Me tiré al suelo de espaldas, temblando de frío y con unas náuseas de muerto. Y decía la viejecilla que las tenía ella, yo sí que iba a vomitar lo más grande.

Capítulo 15



Por la tarde yo la quería matar, vaya un plan. Encima, cuando aparte teníamos otro...

—Pues resulta que no era lumbalgia, sino un cólico nefrítico. La mujer, como le dolía en la misma zona, lo confundió, pero no—nos explicó mi padre cuando vino por las cosas de mi madre y las suyas propia, porque la dejaban ingresada.

—¿Y le duele mucho? —se lamentaba mi hermana mientras corría a cerrar la puerta de su dormitorio, donde había escondido a Blanquito para que él no le viera.

—Pues dice que le duele, pero que le duele más no ver al Pulgoso ese. Yo no sé lo que le ha hecho ese animal, la tiene loca. Al final, me tendré que encelar y todo—nos decía él riéndose.

—Nada, nada, tú dile que está estupendamente cuidado, papá. Y dale un beso enorme de nuestra parte.

—Sí, y otro de parte de Pulgoso. Dile que yo ya también lo quiero, papi—le hizo Marta la pelota.

Al rato, mi padre se fue, llegando mi amiga Raquel.

—Oye, pues el bicho no es tan feo como tú decías. Lo único es que está lleno de bollos, ¿no? —lo miró ella raro.

—No es Pulgoso. Mi hermana se encontró a Izan en el parque y le ha dado el cambiazo. Y yo ahora no sé qué hacer, de esta me llevan presa—le comenté.

—Mujer, no será para tanto. Seguro que Izan comprende...

—¿Izan comprende? Lo pongo como los trapos cada vez que pasa por mi lado. Le he repetido mil veces que es un ladrón y ahora mira, a nosotras solo nos falta el pasamontañas, yo me cago en todo.

—¿Y tu madre? ¿Qué dice ella?

—Mi madre está en el hospital—suspiré.

—Normal, con el disgusto que le habéis dado...

—Que no, so bruta, que es porque tiene un cólico nefrítico. De lo del perro no sabe nada.

—Madre mía, pues cuando lo sepa la vuelven a ingresar. Y lo mismo esa vez ya cadáver, salvo que os mate a vosotras. Según dices que está con el perro...

—Toda la culpa la ha tenido Ingrid—salió un momento Marta, que tenía puestas las antenas, tras lo cual se tuvo que encerrar en su dormitorio con pestillo.

—Sal, sal, que te voy a dar yo a ti culpa, cobarde—le decía a través de la puerta.

—Cobarde, pecadora de la pradera—volvía a imitar a Chiquito y es que encima me sacaba la risa.

Volví al salón y enmarqué mi cara con mis manos.

—Raquel, cariño, es que yo no sé lo que hacer. Mi madre nos corta el pelo a las dos sin tijeras cuando lo sepa. Tú no sabes cómo está con Pulgoso, si lo cuida más que al calvo de mi padre.

—Qué plan, pobre Lola. Y con lo que yo la quiero, que me hace todos los trajes de flamenca. Mira, yo te quiero ayudar—me ofreció.

—¿Y cómo? Es que no se me ocurre...

—¿Tú sabes dónde vive el tipo ese? Porque yo llevo el bicho y le digo que me lo he encontrado y ya. Y luego salgo corriendo, mira llevo las Nike nuevas, las de running.

—Deja, deja, loca. Que ese debe correr también tela y, como te atrinque, ya la has cagado. Te va a someter hasta al polígrafo. Y a ti no te interesa mucho desde que te cogieron con lo de los porrillos...

—Hijos de la gran china, me cogen con una piedrecita y por poco me empapelan como a Pablo Escobar. Tienes razón, mejor me estoy quietecita.

—Yo qué sé, Raquel. Lo mismo van pasando los días y se olvidan del tema. Y ya cuando la cosa esté más tranquila, se nos ocurre algo.

—¿Y si mientras vuelve tu madre a casa? Porque a esa habrá que ponerle una camisa de fuerza, te lo digo yo. Eso si no le da por decirte que le enseñes a Pulgoso por videoconferencia y entonces mejor que te quites del mapa.

—Me lo estás pintando bonito. Maldito Izan, es que no le puedo tener más coraje, te lo juro.

—Te lo deberías ligar, solo por darle luego por saco y dejarlo todo pillado, ¿por qué no lo haces?

—¿Yo con ese? Ni majara, vamos. Mira, quería venganza y al final la tengo, aunque ahora no la quiero. Yo prefiero que se quede al perro y se lo meta por donde le quepa, te lo digo de verdad.

—Tía, qué rollo de todo. Y yo sin poder fumarme un porrito, que tengo un mono... Mi madre es que me echa de casa como sepa que he vuelto a las andadas. No veas, me hace echarle el aliento diez o quince veces cada vez que llego de la calle. Al final termino hasta jadeando, me falta el aire—suspiró.

—Igual que a mí cuando me da el asma. Antes me dio en el río, por eso el boca a boca se lo tuvo que hacer Ingrid a Blanquito—le contó la simpática de mi hermana, que acababa de salir de su dormitorio. Y claro, tuvo que volver a correr.

—Que me meo, dime que no es verdad que te hayas morreado con el perro. No me lo puedo creer—se doblaba en dos de la risa.

—¿No te morreaste tú con Óscar? Ese sí que tiene cara de perro, y encima es más malo que pegarle a un padre con un calcetín sudado. A mí no me jodas.

—Pero el tío empotraba que no veas, de espaldas yo ni lo veía, tonta. Pero esa micurria, dime, ¿qué se siente? —me buscó.

—Se sienten ganas de matar a una amiga y a una hermana traidoras. Y ahora, dejadme sola, que tengo que pensar. Me estoy jugando mucho.

Capítulo 16



El lunes llegué al trabajo bastante abatida.

—Muchacha, ¿a ti te han dado un buen repaso este fin de semana? Lo digo porque tienes unas ojeras que vaya. Qué tú estás mona de todas las maneras, tampoco te me vayas a acomplejar, que lo uno no quita lo otro—me dio un beso mi compi, que era muy cariñosa.

—Ay, Pastora de mi alma, si yo te contara el problemazo que tengo con esa cosita tan chiquitita...

—No me digas más, ya sé lo que te pasa—me soltó de pronto.

—¿Qué dices? ¿Y lo sabe alguien más? —Miré para todos los lados, como en una peli de suspense.

—Lo sabe toda la que ha ido a tontas y a locas y se ha quedado embarazada. Pero tú tranquila, que a su casa viene. Mira, yo me casé con Curro de

penalti, solo que encima luego perdí a la criatura. Y al final, con el tiempo, llegaron los niños, menuda revolución. Mira, si hasta la Marie Kondo esa se tira de los pelos ahora que tiene más críos, que ya dice que ni ella sigue su método. O sea, que tiene la casa manga por hombro.

—Que no, mujer, que yo no estoy embarazada—interrumpí su verborrea.

—¿Y entonces por qué me dejas contarte todo esto? Que yo me embalo y voy como una ametralladora. Curro me lo dice, que no puedo charlar más.

—Ya, yo es que tengo el perro de Izan en mi casa, mi hermana se lo robó. Es una historia muy larga.

—Ya, yo sé por qué le tienes tanta inquina, tú me lo contaste, ¿y ahora le habéis robado al perro?

—Bueno, no exactamente, se lo hemos intercambiado por Pulgoso.

—¿Por el cojito?

—Por ese mismo. Todo es un lío. Mira es que él iba por...

No terminé de contárselo cuando le sonó el teléfono.

—¿Y dices que tiene mucha fiebre, Rosi? Ay, Dios mío, ahora voy a por él
—colgó la llamada.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—Cariño, vas a tener que cubrirme. Curro está fuera esta semana y no tengo a nadie que me recoja a Kike. Su profesora dice que está ardiendo de fiebre. Adela es un mal bicho, si se entera de que me voy, capaz es de echarme a la calle. Y nosotros pagando las letras del coche, a mí me da...

—No, mujer, tú tranquila, que yo me quedo hasta la hora que sea. Te prometo que nadie te echará en falta, venga, vete.

A mí los problemas se me multiplicaban, después de que en esos días tenía que ocuparme de la casa y de la comida también. Por no decir del chihuahua, que solo faltaba que le pasara algo malo después de que todavía tenía yo el estómago levantado después de hacerle el boca a boca.

Resoplaba cuando vi llegar a Izan. En cierto modo, sentí hasta pena porque también traía cara de no haber pegado un ojo, aunque me daba un poco más de asquito también el saber que estaba casado y que le valían todas.

No obstante, ese día no le insulté, que sería mejor que nos tranquilizáramos todos.

—Buenos días, Izan—le dije mientras seguía fregando, y hasta se paró.

—¿Me has dicho buenos días? —me preguntó.

—Sí, pero todavía estoy a tiempo de sustituirlo por una lindeza de las mías si piensas reírte de mí—le advertí.

—No, no tengo ganas de nada de eso, ¿sabes? Ojalá te hubieras llevado tú el perrito de la protectora y no yo. No veas si me está doliendo la cabeza por su culpa—me contó.

—¿Y eso por qué? ¿Le ha pasado algo? Animalito, si es que son muy frágiles, todavía no los has mirado y ya se les ha partido una pata—disimulé—. Los chihuahuas no sirven para nada—le sonreí.

—Mujer, pobrecitos. Blanquito es un amor, solo espero que alguien se lo haya encontrado y lo esté tratando bien. A Max le va a dar algo como no aparezca—suspiró y supuse yo de sobra que se estaría refiriendo a su hijo.

—¿Se te ha perdido? No jodas...

—Bueno, alguien le dio el cambiazo al niño. Estábamos en el parque, por lo de San Antón, ya sabes...

—Ah, pues ni idea, porque como yo al final no tengo perro ni nada. Por culpa de quién será—me hice la tonta.

—Pues mejor. Si lo llego a saber... En fin, me alegra ver que al menos tú ya no estás enfadada, ¿o esto es una treta para que me dé la vuelta y abrirme la cabeza con el palo de la fregona? —bromeó.

Tenía sentido del humor y lo demostraba incluso en momentos duros como esos. Según dicen los expertos, esa era señal de inteligencia, y él inteligente debía ser mogollón, a juzgar por el puñado de expedientes que tenía encima de su mesa, cada uno de ellos más largo que el libro de “Don Quijote”.

Me sentí fatal, sobre todo por el niño. Él no tenía la culpa de que su padre fuese un capullo. Me lo imaginaba así, tan vulnerable... Y me imaginaba a mí también, igual de vulnerable, cuando mi madre volviese del hospital y me quisiera abrir la cabeza para ver qué tenía dentro...

Lola no iba a dejar las cosas así. Mi madre no podía enterarse de lo que estaba sucediendo o en mi casa se liaría la de Troya.

Esa mañana vi a Izan bastante nervioso, haciendo cantidad de llamadas. Para mí que ese hombre era capaz de contratar hasta un detective, y un poquillo nerviosa sí que me estaba poniendo.

Yo me imaginaba ya con las esposas puestas, y no me refiero precisamente a unas de esas de pelitos rosa que se utilizan para según qué jueguecillos.

Tenía que estrujarme los sesos antes de que las cosas fueran a más. Entregarme no me podía entregarme, pero tenía que encontrar la manera. Sin más, no paraba de repetirme a mí misma eso de “que no me sal-pique”, al más puro estilo Shakira.

Capítulo 17



Aparecí por mi casa a media tarde, porque tuve que hacer todas mis horas y también las de Pastora.

Mi hermana estaba viendo la televisión local, donde había un programa de unas chicas de su edad que le molaba cantidad, cuando de pronto acabó y comenzaron las noticias.

—Ya voy a cambiar yo este rollo—me comentó.

—Y yo me voy a calentar la comida, ¿te zampaste los garbanzos que te dejé? —le pregunté.

—Los garbanzos te los he dejado para ti. Yo me he comido un bocata de jamón ibérico del que trajo papá el otro día—me sonrió.

—Anda que no está claro ni nada que eres la lista de la familia. Oye, a Blanquito no le habrás dado jamón, ¿no?

—Solo un poco. Ya que está secuestrado, al menos que se sienta como en casa, aunque ahora ya su casa es esta, ¿no?

—¿Tú te crees que esto es como la serie esa nueva de Netflix, la de “La chica de nieve”? A ti te falta un hervor, esto no es un secuestro ni nada. Esto es una chapuza y hay que enmendarla.

—Vale, vale. Pero mientras le doy un poquito de jamón, que a él le gusta— se fue ella para el sobre.

—Tú deja el jamón ahí, que a mí también me gusta. Y a este paso no lo cato por culpa del chihuahua. No me tiene harta ni nada—resoplé.

—Tú es que parece que le tienes coraje.

—¿Parece? Mira, no quiero discutir, que vengo hasta donde te dije de limpiar. Vamos a ver algo en la tele.

Justo estábamos por cambiar cuando vimos a un niño que nos resultó muy familiar, y a un perro que nos resultó todavía más, todo en la cadena local.

—“Yo solo quiero que me devuelvan a Blanquito, por favor. Este perrito también es bonito, pero no es el mío” —miraba a Pulgoso, quien trataba de hacer gracias ante la cámara.

El plato de los garbanzos se me cayó entonces de las manos, y estos llegaron hasta la puerta de entrada, si bien Blanquito dio buena cuenta de ellos. Con lo chico que era, como le diera un buen ataque de gases, se lo llevaba Dios de la explosión que daría su minúsculo cuerpo.

—Ay, mi madre—murmuré.

—Eso digo yo, tu madre. Como lo esté viendo mamá es que nos mata...

Yo me quedé loca pensando en todas las posibilidades y entonces habló la madre del niño.

—“Por favor, mi familia y yo estamos pasando por un momento muy delicado. Apelamos a la sensibilidad de quien haya hecho esto para que nos devuelvan al perrito, que es, hoy por hoy, la principal fuente de ilusión de mi hijo. Y os aseguro que la necesita”.

La mujer se echó a llorar e Izan la abrazó y le dio varios cariñosos besos en la mejilla, tratando de serenarla. Parecía hasta bueno, el muy capullo de él. Si ella supiera, pensaba yo.

—Lo apago ya, que me está entrando mucha pena—me dijo Marta con el mando ya en la mano.

—Eso para que aprendas que los actos traen consecuencias, niña. Mira la que has liado. A ver cómo salgo yo de esta.

—Espera, espera...

Todavía no estaba apagado y entonces habló Izan, comentando el dato de que tan solo tenían la pista de que hubiera sido una muchacha con el pelo pintado de azul y que las cámaras de seguridad no habían podido captar su marcha del parque, entre tanta gente.

—Nadie sabe quién ha sido. Tiene que haber una manera. Mira, ahora dicen que ofrecen una recompensa, ¿y si la cobramos? —me preguntó.

—Encima, ¿tú no eras la juiciosa de la familia? Joder, Marta, que vas de una en otra, yo ya no sé qué más me puede pasar.

Justo en ese momento me sonó el teléfono. Era mi madre y para que saliera de dudas.

—No voy ahora mismo y te lío la zapatista más gorda de tu vida porque tengo puesto el gotero, Ingrid, pero de esta yo a ti te aliso los rizos a mano, ¿qué es eso de que mi Pulgoso está con unos desconocidos a quien le han robado un chihuahua? Eso no puede haber salido más que de ti, hija. Resuelve esto ahora mismo, ¡antes de que me dé un patatús! Y ya hablaremos tú y yo... Ya hablaremos, palabra.

La noticia había corrido como la pólvora por la ciudad. Raquel tampoco tardó nada en aparecer por la puerta.

—Tía, hay que pensar, que ahora dan una recompensa. Tú déjame media horita, que yo se lo digo a mi primo Johny y ese busca la manera de que nos quedemos con la recompensa y nos la repartamos, te lo digo en serio.

—Que no, Raquel, que yo me voy a entregar y que sea lo que Dios quiera. Mi madre me mata si no la llamo en nada y le digo que tengo a Pulgoso ¿para qué querré parte de una recompensa entonces? —esgrimí mis argumentos.

—Apaga el teléfono y déjame pensar, que con la presión de tu madre no puedo.

—Si mi madre no está aquí, zopenca—le recordé.

—Ya, pero no paras de hablarme de ella y así no podemos ir a ninguna parte —me comentó.

—Esto no va a salir bien, esto no va a salir bien. Yo me siento acorralada, ya me veo presa, yo no puedo más.

—Que no tonta, ¿cuántas veces hemos dicho tú y yo que la primera vez que salgamos de España será juntas y al Caribe? Pues de esta nos vamos, te lo prometo.

—Y yo me voy con vosotras, que también he participado en esto—nos recordó Marta.

—Tú chitón si no quieres desatarme, que me estoy desatando. Y callaos ya las dos. Que no, hombre, que no os pienso hacer caso. Por una vez en mi vida voy a hacer las cosas bien y a apechugar con las consecuencias de mis actos: abriré esta puerta y me iré directa para la...

No me dio tiempo a decir comisaría cuando ya tenía a los dos agentes, preguntando por mí.

—¿Tú eres Ingrid y tu hermana menor es Marta? —me preguntó uno de ellos, con cara de estar para pocas bromas.

—Pues mira, sí, ¿por qué? —le pregunté sin querer saber en realidad, tipo trámite.

—Porque tienes que acompañarnos a comisaría. Pero antes haz el favor de no negar la mayor y entréganos al perrito, por favor.

—¿Qué perrito? Si mi madre nunca ha querido uno, buena es para los olores —trató Marta de disimular cuando Blanquito se coló entre sus piernas y como que salió a saludar.

—Claro que sí, ¿tú qué edad tienes, niña? —le preguntaron.

—Yo, doce, a mí no me podéis llevar—les respondió ella, metiéndose como las balas en su dormitorio.

—Y yo a estas dos no las conozco de nada. Ah, y que ya no fumo porros—les comentó Raquel mientras me lanzaba una sonrisita de despedida.

Pues nada, que allí estaba Paquita, nuestra vecina de abajo, feliz viendo el plan.

—Ya sabía yo que un día te metías en un lío, niñata. Lo supe desde que eras chica y me tocabas en la puerta para esconderte después, que te echaba yo unas maldiciones que no veas... Y mira, ahora todo te ha caído en lo alto—relataba.

En ese momento, el que saltó de los brazos de uno de los agentes fue Blanquito, quien entró en su casa. El animalito como que no sabía lo que hacía.

—¡Una rata, se me ha colado una rata! —chilló ella mientras iba por la escoba. Con decir que se la tuvieron que quitar de las manos o lo mata a escobazos. Se había metido en un laberinto, no sabía cómo salir de allí.

—Señora, ya está bien...

—Pues si no me dejáis que la mate yo, les decís a los del ayuntamiento que hay una plaga de ratas aquí, que ya pueden ir espabilando porque si no acaban con ellas, acabo yo—les amenazó.

Cuando por fin me vi en el coche patrulla, me sentí hasta aliviada, que esa mujer era un tormento.

—¿Y tú en qué estabas pensando? ¿Todo esto por un chihuahua? ¿Tanto te gusta? —me preguntaban ellos, a lo que yo respondí arqueando la ceja.

Cuando llegué a comisaría ya estaba Izan allí. Yo no bajé la mirada. Por muy avergonzada que estuviese, mi orgullo me pudo.

—Yo no quería hacer daño. Fue una diablura de mi hermana que no supe cómo parar—le dije al pasar.

—¿Tu hermana tiene los pelos azules? —me preguntó él extrañado.

—No, solo que el viejecito veía menos que “Pepe Leches”, lo que llevaba azul era el gorro.

—No entiendo nada, ¿por qué no me lo dijiste? —me preguntó de lo más disgustado.

—Porque se lio una muy gorda. Un rato después volvimos por el parque, tratando de devolverlo, pero el pobre acabó en el río. Si yo te contara, hasta el boca a boca le tuve que hacer, pero te prometo que lo reviví. Cuando a mí se me mete algo en la cabeza...

—¿Le hiciste el boca a boca al perro? Me parto, no puedo ser—se rio—. Oye, ¿y está bien?

—Sí, mira, por ahí lo traen. Con unos pocos de bollos, aunque ya ni se acuerda. A este le das un poco de jamón ibérico y se le olvida todo.

—No, si tonto no es. Y encima parece que le gustas—me dijo al ver que trataba de venirse conmigo.

—Es que yo le gusto a todo el mundo—le solté, más chula que un ocho.

—Eso es verdad—murmuró él y me quedé mirándolo.

En estas, que apareció Rebeca.

—Así que era ella. Te lo dije, que mi niña reconoció al perro en cuanto lo vio por la tele. Mi María es un lince, será abogada como yo—le dijo ella y entonces entendí todo.

—¿María es tu hija? ¿Tú eras la que iba con los taconazos y el abrigazo ese de pelo? No te vi porque había mucha gente, aunque debí comprender que otra igual no podía haber, que debías ser tú.

—Rebeca me ha llamado en cuanto hemos salido por la tele. Su hija reconoció a Pulgoso, me ha dicho que es amiga del cole de tu hermana Marta—me comentó él.

—Sí, sus nuevas amigas, qué lástima, hombre...

Bien se había liado la cosa porque al venir a por mí, no quedaba acreditado en absoluto que yo tuviera intención de entregar al perro, por lo que mi buena fe brillaría por su ausencia.

—Izan, tú déjame el caso a mí, que te aseguro que a esta la empapelamos bien empapelada—se le acercó ella, que siempre acortaba las distancias entre ambos.

—No, Rebeca, no quiero que hagas nada—le pidió él.

—¿Y eso? ¿Vas a encargarte tú personalmente? No deberías, es mejor que me lo dejes a mí.

—No me estás entendiendo, no voy a seguir adelante con la denuncia. Quiero que las cosas queden aquí, ¿vale?

—¿Y eso por qué? —le preguntamos las dos al unísono.

—Porque soy yo quien tengo la potestad para decidirlo y así será, ¿ok? Y ahora, entra, Ingrid. Cuanto antes lo hagas, antes podrás irte a casa.

—Sí, que te veo muy lentorro, venga. Cómo se nota que no eres tú el detenido, los he visto más rápidos—le apremié.

Yo era así. A mí no se me podía dar la mano porque me tomaba hasta el hombro, como él comprobó enseguida.

—¿Perdona? —se echó a reír.

—Te perdonaré si te meneas, que como todo lo hagas con la misma parsimonia debes tener a tu mujer con la sangre podrida. Normal que solo tengas un niño. Venga, que es para hoy.

No hace falta decir cómo se desenvolvía él en una comisaría y lo pronto que estuvimos en la calle. Yo entender, no entendía nada, porque lo normal era que estuviera como una furia conmigo y no parecía estarlo.

Lo miraba y él me devolvía la mirada. Diría que parecía incluso complacido, como si nada malo hubiese ocurrido entre ambos.

Capítulo 18



Llegamos a la puerta de la calle y no sabía ni qué decirle, las cosas como son.

Izan me había salvado, cuando menos, de una buena. Por no decir de un disgusto bien serio, así que lo menos fue darle las gracias.

—Oye, que igual no te lo he dicho porque yo soy así, un poquillo... un poquillo burra, la verdad, pero que muchas gracias. Bueno, supongo que tendrás que irte ya, que le tienes que llevar el perrito a tu niño y eso—Hice por comenzar a caminar.

—Espera, que te llevo a tu casa—se ofreció.

—No hace falta, en serio. Oye, que todo esto es un poco raro. Hace un rato estabas en la tele con tu familia buscando a una ladrona de perros, y ahora resulta que la tienes delante y estás tan campante.

—Venga, sube—Abrió la puerta del copiloto y me dio al perrillo—. Sujétalo tú, por favor, ¿me puedo fiar de ti? —me pidió.

—Tú verás, te estás fiando más de lo que yo pensaba, a mí no me vengas luego con responsabilidades.

—Vale, yo las asumo, ¿me dejas que te invite a cenar? —me preguntó, eso sí que no lo esperaba.

—¿Tú quieres cenar conmigo? Pero ¿por qué? —me dejó de lo más sorprendida.

—Pues no me repitas la pregunta porque no puedo ni responderte—rio.

—Oye, conmigo no te confundas. Yo no voy a abrirme de piernas esta noche para ti porque me hayas librado de una buena. Esto no funciona así, que igual te estás confundiendo. Yo trabajo limpiando, no con otra cosa—le aclaré.

—Yo solo te he dicho a cenar—insistió.

—¿Y qué pensará tú mujer? Aunque supongo que ella estará curada de espanto—reí—. No le ha caído nada.

—Pero nada de nada, porque yo no tengo mujer—me soltó.

—¿Y la madre de tu hijo? Ah, vale, que no te has casado con ella, ¿y qué? Yo vi cómo la llevabas cogida y cómo habéis hecho piña con esto del perrillo. Los papeles no lo son todo, ¿no? ¿Qué más da estar casado o no?

—Tampoco lo sé porque no lo he estado nunca. En cualquier caso, la mujer a la que te refieres es mi hermana Amanda y en cuanto al crío, es su hijo Max, mi sobrino.

—¿El niño es tu sobrino? Ay, mi madre. Pues yo te lo había adjudicado, te lo prometo.

—Si es que tú conmigo siempre sacas conclusiones muy precipitadas, ¿por qué no cenamos y te lo cuento todo?

—Sí, sí, ahora sí que te acepto la invitación, porque la cosa se está poniendo cada vez más interesante. Pero espera que...

En ese momento tuve que abrir la ventana porque sí, yo sabía lo que me decía, el pequeño cuerpecito de Blanquito comenzó a acusar el puñado de garbanzos que se zampó del suelo y casi le vomito encima, hasta me mareé.

—Y quería la niña que nos lo quedáramos. De eso nada, será chico y hasta igual más bonito que Pulgoso, pero está podrido por dentro. El jodío está podrido—me quejé.

—Cielo santo, ¿qué le habéis dado de comer? Es horroroso, sabía que terminarías vengándote de mí, aunque no de una forma tan cruel—se quejó

él, entre risas.

Me quedé en el coche mientras que se bajó a devolvérselo al crío. Yo preferí no hacer acto de presencia por si su madre me quería soltar un guantazo por la que habíamos liado, que el crío lo estaba pasando fatal.

Vi la enorme alegría en su cara y luego se despidió de Pulgoso, que no podía ser más cariñoso. Izan lo trajo hasta el coche y me lo entregó.

—Ea, aquí lo tienes. Entre tú y yo, ¿no parece un repollo con el traje? —me preguntó.

—Te callas y esa te la guardo: a mi madre que vas, te vas a cagar cuando mi Lola se entere de lo que le has dicho. Arranca ya, que lo dejaremos en mi casa.

Por todo el camino fue el animalito dándome lametazos, que me iba a gastar. No podía estar más contento de verme, y eso que ellos también lo habían tratado a cuerpo de rey.

Lo subí a mi casa y se lo entregué a mi hermana.

—Anda, si yo creí que tú ya estarías camino de la cárcel, ¿y ahora qué hago yo con esto? —me preguntó mientras lo cogía.

—Encariñarte con él, eso es lo que harás ya de una vez. Y dejarte de tontunas, que me tienes muy harta. Y si me he salvado no habrá sido por tu ayuda ni por la de Raquel, vaya dos—me quejé.

Por toda respuesta, se puso a silbar mirando para otro lado. No podía tener más morro la niña, a quién se parecería.

—¿Y tú dónde vas? ¿Me quedaré sola con él? —me preguntó.

—Me voy a cenar. Te quedas con él o te bajo con Paquita, tú decides.

—No, no, deja, tráelo. Por cierto, papá me ha dicho que a mamá ya le dan el alta mañana, que de la que le ha entrado con todo esto, se ha puesto a hacer fuerza y ha expulsado la piedra, ¿no es guay?

—Sí, sí, muy guay. Ya verás cuando le cuente yo con pelos y señales. Si te queda eso, un solo pelo, de todo habrá. Y otra cosa, cuando vuelva quiero que Pulgoso se haya encariñado contigo. A este solo le falta a hablar, se le nota todo, así que tú verás.

—Qué presión, que el cariño tampoco se puede pedir, eso sale o no sale.

—Pues más te vale que te salga, yo solo te digo eso—le advertí con cara de sádica.

—Vale, vale, ¿tardarás mucho?

—No estaremos muy lejos y no tardaré demasiado. Si te parece, lías otra—
le recalqué porque ya estaba bien la cosa.

A cenar, me iba a cenar con Izan, ¿se había vuelto el mundo loco?

Capítulo 19



—Oye, ¿esto lo vas a pagar tú? —le pregunté cuando llegamos al restaurante—. Lo digo, más que nada, porque yo si no pienso hacer “un simpa”, ¿tú nunca has hecho no?

—No lo he hecho y sí voy a pagar—me contestó por partes.

—¿No lo has hecho nunca? ¿Tú en qué mundo vives? Yo lo he hecho mil veces con Raquel, y nunca nos han cogido—le conté.

—Hasta que un día te cogen y va la poli a tu casa, ¿no? —me recordó.

—Eso no me lo recuerdes. Fue mi hermana, te prometo que no me enteré de que era Blanquito el que estaba metido en la manta hasta que no llegamos a casa. Y luego... tú no te imaginas la que formamos luego con él, casi mata a una viejecilla y todo. Y más tarde, voló al río junto con una babucha y...

Mientras se lo contaba, se moría de la risa. Tanto que hasta algunas personas de las otras mesas nos miraban, cosa que no parecía importarle lo más mínimo.

—Tú no te rías tanto que no sabes el mal rato que pasé. Y encima me tocó hacerle el boca a boca, mortal vaya. Me he ganado el cielo, ¿no? —le pregunté batiendo mis pestañas.

—Digamos que, al menos te has ganado una invitación a cenar, ¿te vale así?

—Ok, ok. Es que mi hermana estaba muy emperrada en Blanquito, y nunca mejor dicho. Lo siento, lo siento de veras. A mí me dio mucho coraje tu actitud, supongo que porque encima me dejaste fatal delante de ella y me echó toda la culpa. Marta me dijo de adoptarlo desde el principio y yo le pedí que mirase otros. Mientras, llegaste tú y ya sabes el fin de la historia. Hasta hoy, que me veía ya entre rejas—reí.

—Supongo que yo también te parecí un intolerante. Verás, Max quería un chihuahua y su madre está totalmente en contra de comprar animales, así que yo he estado yendo durante semanas a la protectora por si entraba alguno. Y ese día, ¡allí estaba!

—Ya, ya sé que allí estaba. No me ha dado nada mi hermana. Pero claro, si tú se lo habías prometido a tu sobrino...

—Sí, se lo prometí. No lo ha pasado bien últimamente, ¿sabes? —los ojos se le pusieron vidriosos—. De ahí mi empeño en llevarle el perrito.

—¿Y eso por qué? ¿Sus padres se han separado o algo?

—No. Sus padres se separaron al poco de nacer él. Su padre vive en Londres, pero no es por eso. Ellos lo llevan bien, es porque a Max le están haciendo una serie de pruebas médicas muy dolorosas, ya sabes, calambres y demás. Por suerte, ya están acabando. No sabemos si algo va mal en su pequeño cuerpecito. Puede ser desde apenas nada a algo muy grave a nivel neurológico, Amanda se vuelve loca solo de pensarlo—me contó con la voz quebrada.

—¡Caramba! ¿Y por qué no me lo contaste antes? Yo lo hubiera entendido. Hasta mi hermana lo hubiera entendido también, por difícil que te parezca.

—Porque no suelo ir aireando mi vida y menos con desconocidos, la verdad. No son cosas de las que me guste hablar. Luego, te vi en el despacho y comprendí que el karma venía a por mí, que me darías fuerte y flojo.

—Y te di, y te di, aunque reconoce que debes ser un poco masoquista porque a ti parece irte la marcha. Con toda la que estaba cayendo en tu vida, ¿cómo es que no me echaste a patadas de allí el primer día? —resoplé entendiendo mi metedura de pata.

—Porque me gusta tu sonrisa. Por eso. Verás, en estos meses no sonrío demasiado. Y lo echo de menos. Cuando te veía sonreír a ti, a cada

momento, incluso con malicia en cuanto yo aparecía por cualquier lado, no sé cómo decirte, me daba vidilla, me hacía mucha gracia.

—Lo que yo te diga, completamente masoca. Si hasta te eché lejía encima, es que lo mío tiene delito—reí.

—Sí que lo tiene. Y, sin embargo, se te perdona todo con tal de verte esa sonrisa y esa frescura que tienes. Mira, cuando yo te miro, es como si me olvidara de todos los problemas, me siento así. De veras...

—¿Qué me estás contando? Que yo también tengo mis problemas, ya verás cuando llegue mañana mi madre del hospital. Se ha enterado de toda la movida por la tele y como está como loca con Pulgoso, igual me pone las maletas en la calle. Ahora, que como eso pase, me cuelo en tu casa—reí.

—Por mí encantado—rio él.

—Tú no sabes lo que dices, ¿eh? Ni dos días me aguantarías—le advertí.

—¿Por qué no me pones a prueba? Te admito como huésped, solo como eso, no me mires así que no pretendo abusar de ti ni nada.

—No, qué va. Deseando estarías, solo que los pijos no os mojáis tanto. A mí me la vas a dar tú, no te lo has creído ni en broma.

—¿Qué es eso de que los pijos no nos mojamos? Yo sí que me mojo.

—La que se mojó fui yo cuando me tiré al río por Blanquito. Tenías que haberlo visto, tan chico, tan quieto y tan azul. No hemos liado nada, yo no me quiero acordar de nada de esto.

—¿No? Pues yo, al contrario, yo es que no me quiero olvidar de nada—se sinceró.

—Oye, que yo digo una cosa que, si todo esto ha servido para que ese niño sea feliz, que yo le hago hasta otra vez el boca a boca al bicho si hace falta, palabrita.

—Tú eres muy buena, ¿no? —me sonrió abiertamente.

—Yo soy un buen bicho, ¿todavía no te has enterado? —le pregunté.

—Un bicho muy sonriente y muy bonito, esa es la verdad—me contestó él, risueño.

—Oye, que todo va a ir bien. Yo estas cosas las presiento, y te digo que tengo un buen palpito. El niño saldrá genial de esta, ya lo verás—le apreté la mano.

Capítulo 20



Pensé que los periodistas eran muy cucos, porque cuando llegué a mi casa, allí estaban. Mi identidad se había filtrado a la prensa y los tenía allí en masa.

Por un momento, y dado que yo también era monísima de la muerte, me sentí como Alba Carrillo hace unos meses, cuando se hizo público su vídeo con el macizo.

—Oye, no tienes que decirles nada. Los conozco muy bien por mi trabajo y son carroñeros, se alimentan de la polémica. Pasa de ellos, haz oídos sordos —me aconsejó.

—¿Qué dices tú, chalado? Para una vez que se ve una en estas, ¿y si les gusta y me veo yo al final sentada en el “Sálvame”? Ea, sin dar un palo más al agua en mi vida, con lo que una lleva trabajado.

—¿Has trabajado mucho tú? —me miró un tanto incrédulo.

—Ni te lo imaginas. Venga, vete, que no quiero que me robes el protagonismo.

Obviamente, los chicos que estaban allí eran los de la prensa local, no los que suelen apostarse delante de la casa de Shakira para ver cómo pone ella derechita a la bruja cada vez que el temporal se la tira. Dada la trascendencia que había tenido el hecho, como que estaban ávidos de noticias.

—¿Tú eres Ingrid? ¿Nos puedes hablar de lo sucedido? ¿Qué te empujó a llevarte el perrito de ese niño, que además puede estar enfermo?

No sabían nada esos, ya se habían enterado hasta del color de mis bragas, me pareció a mí. Y también de todo lo que se cocía en la familia de Izan. Tenían más peligro que una piraña en un bidé, aunque para peligro el mío.

—Nada, nada, todo se ha tratado de un lamentable malentendido. Oye tú, cógeme por este lado que es el bueno—comencé a posar y ellos se quedaron asombrados por mis tablas.

—Ingrid, ¿cómo un malentendido? ¿Podrías ser un poco más concisa, por favor? —me preguntaron.

—Pues segurito que sí, porque una vale para todo, solo que tendría que saber qué es eso de “concisa” —les dije con toda la naturalidad del mundo,

porque ni idea tenía. Si hubiera estado allí Marta, me lo define mejor que Alexa, que la niña era una eminencia.

—Mujer, que si puedes ir un poco al grano y resumirnos lo que ha pasado— me pidió uno de ellos.

—Pues ya os lo he dicho, que ha habido un malentendido de esos que vosotros siempre decís que son lamentables. Pues nada, que lo siento, que mi hermanita pequeña, que es un angelito (me tiré el moco), se confundió al coger el perrito y como que no nos dimos cuenta hasta que vimos a esa pobre gente en la tele. Pero oye, que eso que dicen de que la policía no es tonta, es verdad, igual que en el caso de las rubias, que una es rubia y la mar de espabilada—recalqué—, Total, que los hijos de la gran china no me dieron tiempo ni a echarme otro plato de garbanzos, porque aparecieron y me llevaron con el estómago vacío y todo, con la *pechaíta* que limpiar que me había dado yo. Ahora, que en el pecado llevaron la penitencia, porque se los comió el chihuahua, y se ha quedado podrido por dentro. No os lo podéis imaginar. Y ya no os puedo dar más declaraciones porque mi representante no me lo permite. Fin de la historia.

—¿Tienes representante? ¿Entonces no es verdad eso de que trabajes limpiando? Hemos podido conocer que lo haces y en el despacho de Izan Peñalver, uno de los damnificados por lo sucedido.

—¿Y qué? ¿No puede tener una representante porque sea limpiadora? Que yo valgo para todo, ¿vosotros no tenéis una vacante por ahí? Porque como

no me contratéis, me voy directa al “Sálvame”, así que cuidadito porque me van a llover las ofertas de trabajo.

Todos carcajaban, aunque lo que comenzó a llover no fueron las ofertas, sino unos goterones que el primero me dio en el coco y hasta miedo me entró, porque casi me hace un agujero. Lo que me faltaba, para que se me hubieran ido mis brillantes ideas, con el futuro tan prometedor que tenía una por delante.

Me despedí de los chicos enviándoles besos y todo.

—¡Guapa! —me vitoreaban ellos.

—Ya lo sé, ya lo sé. Venga, cada uno a su casa que me está esperando mi hermana, aunque esa estará ya planchando la oreja. ¿Qué hora es? Anda, si ya son las tantas, esto de cenar con Izan como que me ha trastornado—solté sin filtros.

—¿Has cenado con Izan Peñalver después de lo ocurrido? ¿Es eso cierto?

—Pues claro, si yo no soy rencorosa—les solté mientras me metía en el portal, que me estaba poniendo como una sopa y me estremecí acordándome de cuando me puse chorreando.

—Mujer, pero si él debería ser el ofendido—apuntaron.

—Sí, hombre, porque vosotros lo digáis. Me voy ya, que ahora le tengo fobia al agua, es una historia muy larga, que estaba yo chorreando y el bicho ese de los Peñalver, no digo Izan, sino el otro, el chihuahua, estaba a las puertas de la muerte. O lo simulaba para que yo le hiciera ahí el boca a boca, todavía me dan náuseas, qué asquito, me voy que os poto encima.

—¿Le hiciste el boca a boca al perro? —se partieron todos de la risa.

—Pues claro, insensibles, había que salvarle la vida, después de que voló agarrado a la babucha de una vieja. Perdonad, de una señora vieja, que estamos en la televisión. Debió creerse que la babucha era una tabla de windsurf y al agua que se fue el mamoncete. Bueno, y ahora quiero mi pasta —les pedí a resguardo ya, dentro del portal.

—¿Qué pasta? —me preguntaron ellos entre risas.

—Macarrones no van a ser, que Izan se ha dejado un dinerillo en invitarme a cenar, ya os lo he dicho. Venga, la pasta, no os hagáis los tontos, ¿no os acabo de conceder una entrevista? —los miré con la más luminosa de mis sonrisas, esa que me sacaba el ganar dinerito sin doblar los riñones.

—Mujer, han sido unas declaraciones espontáneas por tu parte. Tú te has prestado, nadie ha hablado de dinero —me dijo una de las reporteras, que era muy menudita y poquita cosa.

—Mírala ella, con la cara de tonta esa que me lleva. Para otra os espero. Quiero al menos la voluntad. Venga, a rascarse el bolsillo todo el mundo.

Sí, sí, muchas risas, pero cada cual fue aportando algo. Al final me subí con cien euritos, que le había echado yo el ojo a un par de monos en las rebajas que esos iban a caer. Y digo monos de ropa, que conste, porque yo de bichos tenía ya el cupo cubierto con la cosita tan bonita que era mi Pulgoso.

Hablando de eso, la misma mosquita muerta que me había contestado antes, comenzó a murmurar con otra de sus compis al irse.

—Pues no dice que confundieron a los perros, como no es feo el suyo...

Me entró una velocidad en la sangre, que no pude.

—Oye tú, que te he escuchado. ¿vas a tener el valor de hablar de mi Pulgoso? Hija, si tienes toda la cara de un cardo borriquero. A ver si te ascienden y te coge un buen cirujano. Y otra cosa, le dices que te lije un poquito la lengua, que la tienes muy afilada. Ah, y otra más, cuidadito con volver a mentar a mi Pulgoso porque entonces tendrás que pedir por tu cumpleaños un bono para el dentista, que vas a perder los piños.

Capítulo 21



Pastora estaba emocionada por la mañana. Me había visto en la tele, normal que lo estuviese. Aparte de que el simple hecho de que yo fuera su compi de trabajo ya debería ser para ella motivo de orgullo y satisfacción.

—Ay, hasta le tuve que dar un codazo a mi Curro porque se quedó enamorado de ti. Y los niños no veas, Kike se puso hasta bueno de pronto. Digo bueno de salud, que vaya pieza que está hecho ese, igual que su hermano.

—Si es que una tiene arte para todo. Ya me pasaré por la redacción. Me está rondando en la cabeza una idea que puede revolucionar este país—le comenté.

—Si es tuya, seguro que lo revolucionas—añadió Izan, que me había escuchado.

—Mira el buen oído que tienen los jefes para lo que quieren. Eso sí, pídeles un aumento de sueldo y ya están sordos todos, ¿tú qué miras, ladrón? —le pregunté entre risas.

—Bueno, ya en ese tonito me suena hasta bien. Oye, qué idea es esa, si es que puede saberse, ¿te tomas un café conmigo y me la cuentas? —me preguntó.

—Claro, y luego friegas tú. No, no, que yo no me voy a quedar aquí hasta las tantas como ayer, hoy almuerzo a mi hora. Bueno, almorzar no sé si almorzaré porque llega mi madre del hospital y lo mismo me envía ahora allí a mí dándome con el rodillo de amasar en cuanto entre, aunque entonces comeré lo que me pongan también.

Los dos se partían escuchándome.

—Vale, vale, ¿y la idea cuál es entonces? —me preguntó muy interesado.

—¿Hoy no tienes tú prisa por ir a celebrar un juicio de esos? Oye, ¿por qué se dice lo de “celebrar”? Vaya mierda de celebración. Os venís una noche con Raquel y conmigo y os enteráis de lo que es una de verdad—les ofrecí entre risas.

—Yo me apunto—le faltó el tiempo a Izan para decir.

—Este se apunta a un bombardeo, ¿qué te parece a ti, Pastora? El masoca, que dice que no me ha echado porque le gusta mi sonrisa.

—Ingrid, un poquito de por favor—me pidió él, por eso de que estábamos en su despacho.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso es mentira? Pastora, es que ayer me cogió sensible con eso de que me sacó de la comisaría con el pico de picapleitos que tiene. Y claro... Pero que yo lo veo muy claro, lo que quiere con eso de la sonrisa es para darse un revolcón conmigo—Seguí limpiando tan tranquila.

—Ingrid, mujer—murmuró él.

—¿Acaso es mentira? Ahora vas a decir que tú le harías ascos a este cuerpo serrano. Anda ya, vete por ahí a cagar—le señalé y él es que se moría de la risa.

—Me voy si antes me dices cuál es la fabulosa idea que has tenido—insistió.

—Ah, esa. Pues es la caña, les voy a proponer hacer un *reality* en mi casa, con el Pulgoso y todo, No me digáis que no molaría. Oye, igual no de 24//7 que eso es muy cansado, pero sí de vez en cuando. A la hora de comer y eso, a ratos, cuando se monta allí la marimorena con cualquier cosa. Para mí que habrá tortazos por verlo, ¿no?

—Seguramente, yo no me lo perdería—salió él andando.

Pastora no podía ni seguir trabajando. Agarrada al mocho, se tenía que aguantar el vientre y todo de la risa.

—¿Y tú de qué te ríes tanto? Mira, si en un momento dado baja la audiencia, que pongan cámaras por la noche en la habitación de mi Lola y el calvo, ya fuera del horario infantil, y hará furor. Te lo digo yo.

A lo largo de la mañana, Izan se pasó varias veces por allí, todas ellas tratando de sacarme esa sonrisa, cosa que no era difícil, porque a mí me salía sola.

Ese a mí no me la daba tan fácilmente, era un mago de esos de la seducción que dice la gente fina. Lo que viene siendo un pasteloso de toda la vida de Dios.

Capítulo 22



Al mediodía, llegué a mi casa y no me pude poner más contenta.

—Ay mi Lolita, ¿dónde está lo más bonito del mundo? Ay, joé, y lo que tiene más fuerza—le dije porque era de prever, me cogió por los pelos.

—Sin uno debería dejarte, ¿se puede saber lo que ha pasado aquí en mi ausencia? —me preguntó sin dejar de tirar.

—Mamá, que fue la niña, ¿a ella no la has cogido por los pelos? —le pregunté tratando de echarle mano yo.

—A ella no porque está estudiando, pero a ti, que la cabeza no te sirve más que para echarte espuma en los rizos, a ti te la voy a dar mortal.

—¡Mamá, que está asustando a Pulgoso! —me dio por decirle y fue mano de santo.

—¿A mi Pulgoso bonito? ¿Dónde está la cosita más bonita de su madre? Ven, cariño, ven conmigo, que te he echado yo a ti más de menos.

—¿Y a nosotras no, mamá? —se encoló Marta.

—Niña, no la provoques, cómo se nota que no te ha dado a ti el tirón de pelos, que me duelen hasta las ideas.

—Si no me encelo yo, que lo tiene mucho más mimado que a mí, solo le falta meterlo en la cama ya—se quejó mi padre.

—Eso no por lo de mi olfato, Manuel, que si no... Aun así mi niño chiquitito huele muy bien porque su mami le da unas friegas de no te menees, ¿a que sí?

—Mamá, que te ha dicho el veterinario que tanto lavarlo no es bueno para el crecimiento del pelo, que así no le va a salir—le recordé con las manos puestas en la cabeza, qué dolor más grande.

—Qué sabrá el veterinario...

—Algo debe haber, porque a papá no le salió nunca más y buenas friegas que le das también, mamá.

—Hombre, claro, este no se mete en la cama conmigo si no se ha enjabonado hasta las pestañas, eso ya te lo digo yo—me confirmó.

—Y así siempre. Y encima me tiene enamorado perdido—le dio él un beso.

—Qué bonito es el amor cuando es puro y verdadero, mamá—pensé en darle yo otro, cosa que no hice por si me atrincaba de nuevo de los pelos. Mejor guardar una distancia prudente.

—Sí, sí, hacedme todos la pelota, cuando esta familia ha estado a punto de irse al garete estos días por los trágicos sucesos acaecidos respecto a nuestro Pulgoso—dijo ella muy fina.

—Mamá, te entra una cosa con Pulgoso que te hace hablar súper bien—le comenté entusiasmada.

—¿Y normalmente cómo hablo? ¿Como si tuviera un polvorón en la boca?
—se quejó ella.

—No, no es eso, mamá, que tú siempre vocalizas bien. Lo que quiero decir es que te ha quedado muy bonito.

—Muy pelotera estás tú. Yo, cuando lo vi con esa familia en la tele, pensé en matar. Bueno, en matarte a ti, Ingrid, para ir depurando responsabilidades.

—Y dale, que fue la niña, ¿cuántas veces lo tengo que decir?

—La niña es inimputable, que para eso tiene solo doce años—sonrió Marta con esa malicia tan suya—. Me he estado informando. Al final igual me hago abogada.

—¿Inimputable? ¿Y eso qué es? No lo sé, pero seguro que de los pelos se te puede coger—me fui hacia ella y se metió en su dormitorio.

—Quiere decir que no se me puede imputar un delito, es decir, que puedo hacer lo que me dé la real gana sin consecuencias—me contó desde el otro lado.

—Hasta que te coja yo, Marta—le recordó mi madre—. Ya puedes salir de ahí y decírmelo a la cara.

—Mamá, si era un decir—salió ella más suave que un guante, metiéndose detrás de mi padre para que no la atrincase yo.

—Oye, y una cosa, Ingrid. Después te vimos en la tele también, ya por la noche, ¿qué es eso de que cenaste con el abogado ese? Porque a mí no me ha quedado claro si él ha tenido que ver en el robo, en el secuestro o en lo que haya sido la maldad que le han hecho a mi Pulgoso.

—Mamá, que fue la niña, no me jodas...

—Lola, que Ingrid te está diciendo la verdad, ¿tú te crees que ese hombre iba a cambiar su perro por este? —intervino mi padre.

—Hazle caso al calvo, mamá, que tiene toda la razón—arrimé el ascua a mi sardina.

—¿Y eso por qué? Cualquiera estaría loquito por tener a Pulgoso en su casa, cualquiera. Si hasta Marta está ya loquita con él, ¿no es así, Marta? —le preguntó ella.

—Más o menos, más o menos—dijo sin demasiada emoción.

—Mamá, la niña esta no muestra sus emociones, hay que llevarla al psicólogo—le aconsejé.

—Sí, yo creo que, de todos los que estamos aquí, la que más necesita un psicólogo soy yo—provocó nuestras risas.

—Mamá, si es que somos una familia muy salada. Yo he pensado una cosa, ¿y si hacemos un *reality* aquí en casa? Yo me encargaría de todo, de negociar la pasta y de lo que hiciese falta.

—Hija, pero ¿eso quién va a querer verlo? ¿Tú te crees que a la gente le interesan los peos que se tira tu padre? —me preguntó ella un tanto extrañada.

—Mamá, ya eso se encargan ellos de editarlo. Y tú, papá, ya podrías cortarte un poco, ¿no?

—Hija, pero si yo ahora no he hecho nada—se quejó él.

—Ya, pero mamá tiene razón en que cuando enciendes la metralleta esto parece un atentado. Y otra cosa te voy a decir, así vas a perder el sexapil, tú verás. Así y con las camisetas interiores de tirantes, esas blancas de rejillas que te pones. Esas no pueden estar aquí cuando vengán a rodar. Ya me encargo yo de deciros lo que tenéis que ponerlos todos. Y necesito un representante.

—¿Puedo ser yo? —apareció Raquel en ese momento por la puerta, que acababa de abrir mi padre.

—¿Tú? A ti debería darte un mojón pinchado en un palo, pero vale.

Capítulo 23



El viernes Izan llegó al despacho dando saltos. Su padre, Vicente, salió a recibirlo, y ambos se fundieron en un abrazo de esos de película.

Pastora y yo los mirábamos de lejos.

—Tú dirás lo que quieras, pero si yo tuviera tu edad atacaba como si fuera un Rottweiler—me comentó.

—Sí, claro, en eso estaba yo pensando, ¿tú no ves del palo que va? No sentará cabeza por lo menos hasta los cincuenta, el ladrón ese—lo miraba yo divertida y él, pese a que siguió hablando con su padre de lo más animado, también me dedicaba una buena serie de miradas, que parecía estar haciéndome una radiografía.

—¿Hasta los cincuenta? Madre mía, entonces tendrá los niños como Papuchi, el padre de Julio Iglesias con la muchacha esa última.

—Más o menos—reí.

—Y tú querrás formar tu propia familia antes, normal—dedujo ella.

—Tampoco corras tú tanto que yo he encontrado mi verdadera vocación entre los medios y voy a hacerme una estrella—le adelanté.

—¿No me digas que te sigue rondando la cabeza la idea esa del *reality*? —se sorprendió.

—Naturalmente que sí, ¿qué te has creído? Ya estoy negociando. Rica no me haré tampoco con eso, que los de la cadena local son un poco ratas, pero todo me irá dando un caché.

—En eso tienes razón, que no se puede comenzar la casa por la ventana, bonita. Mira, ese viene para hablar contigo, os dejo.

Pastora se fue y él se acercó, contentísimo.

—No hagas planes para almorzar hoy, que te invito—me sonrió.

—Eso será si tengo hueco, ¿no? Voy a consultar mi agenda.

Abrí la del móvil, en la que todavía no tenía ni un evento. Todo era cuestión de tiempo, ya estaría llenita.

—¿Y bien? —me preguntó echándole paciencia al tema.

—Has tenido suerte, te puedo hacer un huequito. Pero ¿hoy? ¿Tiene que ser hoy? Mira que yo voy a ser una estrella de talla internacional y he de comenzar a cuidar mi imagen, ya me conocen los reporteros, ¿no te acuerdas? No he traído ropa arreglada para la hora de salir.

—Vaya, tendremos que sortearlos—se burló.

—Algún día, acuérdate de lo que te digo, algún día le haré la competencia a la mismísima Belén Esteban en el mundo del corazón. Solo que ahora voy *“pasito a pasito, suave, suavcito...”*—comencé a cantarle y él aprovechó para cogerme en ese instante por la cintura como para bailar. Yo tenía tablas, pero Izan no tenía menos.

—Hoy, tiene que ser hoy—me comentó cuando vio que venían algunos de sus compañeros, entre ellos que Rebeca, que debía estar podrida, y en su caso sin haber comido garbanzos y sin nada.

A esa el tiro le había salido por la culata. No corrió nada a contarle a Izan lo del perro cuando se lo dijo su hija, la mocosa. Pues le habían dado por donde amargaban los pepinos, que para eso Izan no quiso meterme mano. Vaya, quiero decir que no quiso empapelarme, que mano seguro que sí quería meterme, faltaría más.

—Pues nada, caprichito para el jefe. Total, para lo que me queda en el convento...me cago dentro—le solté una de las mías.

—¿Piensas dejar el trabajo, Ingrid?

—Y antes de lo que tú te crees. Esta ciudad se va a enterar de quién es Ingrid del Río, hombre ya.

Sí, yo me apellidaba así, del Río Sánchez, que no sabía yo qué río sería ese.

—Vale, vale, luego me lo cuentas todo.

Al mediodía nos encontramos en la puerta. Yo ya me había quitado el uniforme y acicalado un poco, aunque claro, como aquel almuerzo fue totalmente improvisado tampoco es que me vistiese como para tirar cohetes.

—Oye, no me vayas a llevar a un sitio ahí súper pijo, que ya ves que yo vengo muy de calle. Además, que desentono contigo—le dije.

—Ya será menos si me quito la corbata, y la chaqueta, y me coloco esta otra, mucho más informal—me comentó al subirse al coche, donde tenía algo de repuesto.

—Así un poco mejor. De todos modos, no me lleves a ningún sitio pijo que ahora tengo una imagen que mantener.

—Al fin del mundo te llevo yo si me lo pides, ¿dónde quieres ir? —me preguntó.

—Vámonos a la sierra, busca un lugar por ahí escondido.

—Genial, tengo en la mente uno que será perfecto—me indicó mientras comenzaba a conducir.

No quiso soltar prenda por el camino, durante el cual aguantó que yo le fuera contando mil y una cosas de mi familia. En realidad, es que me las pedía él, que se tronchaba con todo lo que le iba diciendo.

—Me gustaría conocerlos, por lo que veo son únicos—me decía él.

—No sé yo, ¿eh? Mi madre todavía anda mosca con lo del perro...

—Pero mujer, si yo no hice nada, todo lo contrario.

—Ya, pero cuando os vio con Pulgoso en la tele, le entraron unos celos de muerte. Ya se le pasarán. Y luego está lo de la niña, que esa tiene cacaruca y no se le olvida lo que le hiciste.

—En ella lo puedo entender algo más. Oye, ¿tú quieres que yo le consiga otro chihuahua? —se ofreció.

—De eso nada, nuestro amor perruno ya está completo con Pulgoso. Además, que esa todo lo que tiene son pamplinas. De eso nada, que hocique con el cojito, es lo que hay.

—Mujer, que a mí me da pena. Si ella quiere, yo puedo...

—Tú no puedes nada, que me dejes a mí, que yo la entiendo.

Llegamos a ese restaurante en la sierra, que era una cucada total, con una terraza acristalada que nos ofrecía unas vistas preciosas. Un lugar encantador en el que pasar un buen rato.

—Elige tú, que yo no he venido nunca y no sé que está más bueno—le pedí.

—El venado—contestó él de inmediato.

—Un poquito venado sí que eres tú. Y aparte, ¿qué almorzamos?

Pidió venado en salsa, como allí lo hacían, que por lo visto era una maravillosa receta serrana, aparte de unos exquisitos entrantes.

—¿Qué estamos celebrando? —le pregunté una vez que hubo pedido.

—Celebramos que Max está bien, tan solo le han detectado una patología leve que con medicación llevará perfectamente. El niño está genial y el tío... El tío no puede estar más feliz—me confesó mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¡Ole y ole! Te lo dije, te dije que yo tenía buen pálpito, ¿te lo dije o no?
—casi me levanto y me pongo a bailar allí mismo de la felicidad.

—Sí, sí que me lo dijiste—me cogió él las manos.

—Madre mía, qué alivio para tu hermana, habrá pasado las de Caín la muchacha.

—Te puedes imaginar, hasta el padre de su hijo se viene este fin de semana de Londres para celebrarlo con ellos.

—Mira qué bien, cuánto me alegro.

—Sí, y eso que él tiene allí ya otra familia y tal. En cualquier caso, se llevan genial, así que se vendrá también con su mujer y con su otro hijo.

—Qué bonito, qué modernos todos. Ya se lo contaré a mi madre, que ella estas cosas las ve a su manera y te tienes que partir.

—Menudo personaje debe ser esa Lola.

—Sí, sí, ella se tiene que hacer famosa como la madre de Paco León, de eso me encargo yo.

—¿De veras sigues con esa idea? —se asombró.

—Otro como Pastora. Claro que sí, ¿acaso es que no confiáis en mí? No me conocéis, te lo digo en serio.

—No, no. Si yo creo que tú puedes hacer todo lo que te propongas, yo sí que confío en ti.

—Pues poquito se nota. Cuidadito, que ya te digo que yo sirvo para todo, menos para estudiar—le saqué la lengua.

—Será porque no quieras...

—Por eso, por eso mismo, porque no quiero. Ya los libros os los coméis los empollones como tú. La verdad es que yo lo tengo cada día más claro: quiero vivir del cuento.

—¿Vivir del cuento? Eso no es tan fácil, también te lo digo, aunque si a ti se te ha metido en la cabeza...

—Eso mismo. Ya estoy negociando con la cadena local. Pulgoso debe tener un papel protagonista en el *reality* y mi madre otro junto conmigo, que somos las más graciosas. Y luego la niña y mi padre más de relleno, la cosa va así.

—O sea, que lo tienes todo pensado.

—Por supuesto, ¿tú con quién te has creído que estás hablando? La idea original es mía, así que las condiciones las pongo yo. Si quieren, bien, y si no, también.

—Genial, así me gustan a mí las mujeres, con las ideas claras—apuntó él.

—Y sin las ideas claras también. Si a ti te gustan todas, ¿tú te crees que yo me chupo el dedo? No pasa una a la que no le des un repaso mental.

—Mira, no me hagas hablar, ¿es que acaso tú no miras? Que también te veo yo echar unas miraditas al personal masculino que telita.

—Por supuesto, solo que yo lo admito, no te fastidia. Bueno, pues eso. Yo ya tengo representante, que es Raquel. No tenía que haberle mirado más a la cara, te lo digo, pero una ha salido a su madre y tiene un corazón de oro, así que le he dado trabajo. Ahora necesito también un abogado, ¿tú conoces alguno? —le pregunté con más guasa imposible.

—Hombre, digo yo que sí.

—No, pero yo digo uno bueno—reí.

—Te vas con otro abogado y entonces sí que no te miro más a la cara...

—Oye, yo estoy hablando de trabajo, no sé qué estará pasando por tu pervertida mente.

—¿Otra vez con lo de pervertido? No me quiero ni acordar, me pusiste verde en un momentito.

—Y te puedo volver a poner ahora mismo. Yo abogada no seré, pero darle al pico le sé dar también estupendamente. Oye, ¿tú que estás mirando? —le pregunté porque no le quitaba ojo a mi boca.

—Eso, el pico ese tan bonito que tienes, eso es lo que estoy mirando.

—Ya lo sé yo, tunante, que tengo una boca que ni la Sara Carbonero, le vuelvo yo los ojos para atrás al que me dé la gana si le hago una ma...—me paré a tiempo, que no quería resultar ordinaria—. En fin, que hay tortas por besar estos labios, que lo sepas.

—Yo mismo daría unas cuantas, te lo garantizo—se apresuró a contestar, muerto de la risa.

—Ya te me estás poniendo muy tonto. El otro día la sonrisa, ahora los labios. Dentro de nada irás bajando y me mirarás las... ¿No te digo yo? Ya me estás mirando las tetas, so guarro, y con una cara ahí lasciva, que seguro que se te ha puesto eso más duro que un leño—le hice un gesto y se atragantó y todo con el contenido de su copa.

—La culpa es tuya que me provocas, haces alusión a tus... Ya sabes, y es normal que se me vayan los ojos.

—Ya sé que tengo un tetamen que da gloria verlo, no hace falta que tú me lo digas. Negociaré enseñarlo en el *reality*, por una buena cantidad más de pasta, claro.

—Venga ya, que eso no puede ser...

—Con celos a mí no. Que no me vuelves a ver el pelo, aunque total, de aquí a nada me voy a despedir del trabajo y tampoco me lo verás mucho—le chinché.

—¿Me vas a privar del placer de ver esos rizos? Eres mala, rematadamente mala conmigo. Me va a caer mal el almuerzo.

—Tonterías las precisas. Y hablando de lo importante, yo no sabía que el venado estaba tan bueno. Y eso que Raquel salió una vez con uno y bueno sí que estaba, ahora que lo recuerdo. Mira, hablando de ella, me está llamando.

Mi amiga quería quedar esa noche y me pareció bien. Teníamos mil cosas que hablar además de que yo pretendía pimplar a gusto y bailar hasta el amanecer, de manera que no me lo pensé.

Mientras hablaba con ella, Izan no apartaba los ojos de mí, buscando según él esa sonrisa que tanto le gustaba.

Capítulo 24



Yo iba ideal, no hace falta que lo diga. Me había comprado ese mono negro que me hacía un tipazo de infarto, con un escote que más de uno dejó un reguero de baba a mi paso, como los caracoles.

Entré en la disco en la que había quedado con Raquel y me quedé loca.

—Cacho perra, tú te la estás ganando, ¿me has copiado el mono? —le pregunté cuando la vi porque parecíamos mellizas ahí las dos vestidas igual.

—Yo, ni de coña, qué va. Eso ha sido coincidencia—me soltó mirando para otro lado, como quien no quiere la cosa.

—Y una mierda: me lo viste en el armario y has ido corriendo a por él, que te conozco. No puedes ser más envidiosa—le dije con cara de asco.

—Que no, Ingrid, qué bonito traes el pelo, ¿no? ¿Tienes planchas nuevas? —me preguntó.

—Una mierda tengo planchas nuevas. Lo único que debería renovar es el repertorio de amigas, que tienes menos vergüenza—me quejé porque me ponía negra con sus cosas.

—Venga ya, olvida lo del mono, que nos lo vamos a pasar de vicio esta noche. Además, que yo el mío me lo compré hace por lo menos un mes, va en serio—me comentó.

—¿Sí? Ya te voy a decir yo si es así o no es así. Date la vuelta...

—¿Para qué? Oye, yo a ti no te doy la espalda, que eres capaz de tirarme de boca.

—Estarás tú muy acostumbrada a que te haga yo maldades, solo quiero ver una cosa.

Se volvió y yo le retiré el pelo. Lo único que quería ver era si tenía un pequeño desperfecto en la parte posterior del cuello, el mismo que me encontré.

—Hace falta ser guarri, es el que yo dejé allí, solo había dos de nuestra talla y esto ha sido hace unos días. Me lo has copiado, como siempre.

—Puñetas contigo, ¿te has tragado a Sherlock Holmes? Y todo por un mono, no quiero imaginarme lo que puedas hacerle a la que te quiera quitar a un tío—me dijo.

—Mejor no quieras saberlo, porque esa muere...

—O sea, que a tu abogadito que no se acerque ninguna o le sacas los ojos, ¿me equivoco? —me preguntó socarrona.

—Cuidadito con lo que das a entender, que todavía pierdes el número suficiente de piños como para tener que comer solo sopita una temporada— le advertí—. Yo con el abogado ese no quiero nada—le aclaré.

—¿El abogado ese soy yo? —me preguntaron desde atrás, mientras ella se partía de risa.

La muy zorri lo había visto venir y me puso en el compromiso.

—Yo a ti te mato, so cabrona. Y en cuanto a ti, pues sí, ¿qué pasa? —le pregunté—. Yo no quiero nada con ningún picapleitos de tres al cuarto que se crea muy chulito por serlo—le solté sin demora.

—¿Yo soy el picapleitos de tres al cuarto? Oye, ¿te he dicho ya que también tengo corazón? —me preguntó mientras me dio dos calurosos besos.

—No, y tampoco me lo hubiese creído. Lo que sí tienes es poca vergüenza, esa la tienes a punta pala—le dije mientras lo iba apartando de mí, que se pegaba más que el chicle.

—Oye, ¿huelo mal o algo? —se volvió a pegar a mí.

—No, so pedazo de lapa. Hueles de maravilla, cómo se nota que lo ganas bien y te lo gastas en perfume. Pero que te echas para allá, que ya te he dicho que conmigo no tienes nada que hacer—le advertí—, ¿qué estás haciendo aquí? Y no me digas que es una casualidad porque hasta entonces no te vas a enterar de cómo me las gasto.

—Vale, te escuché decirle a tu amiga que vendrías aquí, ¿y qué? No me digas que no te ha gustado la sorpresa porque te veo en la cara que sí.

—Sí, sí, perdona si no doy saltos hasta el techo, es que los taconazos no me dejan—repuse.

—Te sientan de muerte esos tacones y vaya mono, no veas si te realza...—
No dijo más porque le advertí con el dedo y se calló.

—Así calladito estás más mono—le sonreí.

—No me dejas hablar, no puedo acercarme, ¿qué me dejarás hacer entonces? —me preguntó haciéndose el inocente.

—Pues mira, te voy a dejar que vayas a por unas copas. Yo quiero un ron del bueno, que para eso estás forrado, y aquí a mi amiga le traes un rayo que la parta, que me tiene muy harta esta noche.

—Pero antes de lo del rayo, si puede ser, ginebra con pepino—le pidió ella.

—¿Va en serio? —le preguntó él, flipado.

—Sí, sí, con pepino, y luego no quiere que le diga que es una guarri. Pero no va con segundas, esta no se atreve a insinuarte nada a ti porque muere—le aclaré.

—¿Y eso por qué? —quiso saber él.

—Por lo que a ti no te importa. Ya te puedes ir a por las copas, que entre los dos me secáis el gaznate de tanto hablar.

Él se fue y me volví hacia Raquel, que estaba cubriéndose de gloria.

—Ya te voy a echar de representante, por guarri y por traidora—le advertí.

—No seas boba, si estabas deseando que viniese, ¿vas a decir que no?

—Claro que no. Yo no quiero nada con él ni con el culo ese que tiene el tío —le dije mientras se lo miraba, que era digno de ver y de lo que no era ver. Estaba para meterle un bocado.

De pronto se volvió y me pilló mirándolo, algo que no pudo darme más coraje, sobre todo tras ver la sonrisita que le salió.

Enseguida llegó hacia nosotras con las copas. Para ese momento ya se nos habían acercado dos chicos, que acababan de presentarse y a los que les dimos palique.

En mi caso, no sabría decir a qué estaba jugando. Izan comenzaba a atraerme mucho, y no digamos ya en las distancias cortas. Pese a ello, no quería nada con él porque no me ofrecía ni la más mínima confianza.

No podía decir que fuera mala persona, pero sí me parecía que le daba a todos los palos y yo no pensaba convertirme en uno más de sus trofeos de una noche.

Ni idea de cómo se las arregló para que Rafa, el chico que estaba charlando conmigo (bastante mono y animado, por cierto), se quitara de en medio como si yo tuviese la peste en cuanto llegó hasta nosotras.

—Aquí tienes tu ron. Oye, así a palo seco, ¿no es un poco fuerte? —me preguntó.

—¿Fuerte? Si lo estuviera bebiendo un tío seguro que no le decías nada, ¿encima eres un machista? —le pregunté mientras daba un primer sorbo de la copa, un sorbo femenino que le llevó a él a dar otro de la suya. Puedo jurar que sintió calor, un calor abrasador que me traspasó.

—¿Machista yo? ¿Qué te hace pensar eso? Yo soy un gran admirador de las mujeres—me comentó.

—Eso sí me lo creo. Mira tú por dónde, por fin te creo algo—reí.

—Eres como una pequeña diablo con una embaucadora sonrisa que me gusta más de lo que quisiera reconocer—me confesó.

—Eso no son más que palabras. Palabras que les dirás a todas. No te vayas a creer que por ser joven y de barrio soy una pringada, que ni mijita.

—Ya sé que no, preciosa. Si fueras una pringada no me gustarías como me gustas.

—Anda ya—le solté.

Tenía una mezcla que no podía hacerme desconfiar más. Muy buena gente, por un lado, pero golfo y malote por otra, así me lo parecía.

—Vente, anda. Ya que veo que no te quieres casar conmigo, al menos vamos a bailar—me dijo e hizo que me tronchase de la risa.

—Sí, sí, en eso estás tú pensando, en casarte conmigo. Pero vamos, que no hace falta, porque contigo no me casaba yo ni borracha, también te lo digo.

—¿Ni borracha? Qué lástima. Y yo que pensaba llevarte a Las Vegas para que hicieras una locura.

—Claro que sí. Mira, a mí para hacer una locura no me hace falta ir a Las Vegas. Pero para casarme contigo me harían falta mil vidas más por lo menos. No me pienso ni acostar, me voy a casar—comencé a bailar y su cara se transformó: fue lujuria pura lo que vi en él.

—Ven aquí—se acercó mucho, mucho.

La disco estaba a tope, la gente bailaba frenética, aunque cierto que yo notaba que no tenía ojos más que para mí. Esa noche sí que parecía estar solo conmigo, como si el resto no le importara.

Comenzaba a sonar Bizarrap con Quevedo y la gente chillaba a tope. Había ganas de pasarlo bien. De buenas a primeras, vi a Raquel comiéndose la boca con el otro chico, el que comenzó a hablar con ella, mientras me levantaba el pulgar.

—Esos no pierden el tiempo—rio él.

—Pues si te has creído que vas a tener la misma suerte, ya te puedes ir buscando a otra. Mira, las hay que te comen con la vista—le indiqué a varias.

—Me importan un bledo, yo solo quiero bailar contigo.

—Ah, pues yo contigo no—lo dejé con toda la cara partida.

No pude evitarlo, me mostré caprichosa y me fui hacia el tal Rafa, antes de lo cual me acerqué al grupo de chicas y les dije que atacaran.

Él negaba con la cabeza mientras todas le hicieron un círculo.

“Quédate

Que las noches sin ti duelen

Tengo en la mente las poses

Y todos los gemidos

Que ya no quiero nada

Que no sea contigo

Quédate

Que las noches sin ti due-e-e-e-len”

Rafa trataba de atraer mi atención, de acercarse, de besarme, cosa que no lograba porque, por mucho que bailásemos con otros, Izan y yo nos seguíamos mirando.

Fue justo al acabar la canción cuando, sin pensarlo ni un segundo más, los dos corrimos a besar al otro. Nuestros labios se encontraron y dieron buena cuenta de un festival húmedo y lascivo que nos llevó directos a su coche, donde nos dimos mil besos más, y de allí a su casa.

No hace falta decir que vivía en un casoplón en cuya enorme cama terminamos desnudos, locos de deseo el uno por el otro.

—Estoy loco por ti—murmuró en ese momento, coincidiendo justo con esa locura que yo tenía en mente.

No quise escucharle. No era eso lo que pretendía. Aunque ya daba lo mismo. Lo único importante era que nuestros cuerpos desprendían sensualidad por los cuatro costados y que llevó la mano a mi desnudo sexo.

Mientras me tumbaba, fue entrando en mí con lentitud, a la par que sonaba la increíblemente sensual voz de The Weeknd, con su “*Earned it*” con esos graves susurros que competían con la gravedad de los gemidos de Izan, cuya garganta expresaba de ese modo la excitación contenida, según sus palabras, “desde el primer día”.

—Justo desde entonces te deseo, y cada vez te deseo más—me decía mientras, tras entrar en mí, recorría la parte superior de mi cuerpo con su candente lengua, como si un manto de lava cayese por ella.

Su atlético torso, todo para mí, envolviéndome con absoluto afán mientras sus manos, grandes y fuertes, pellizcaban mi cuerpo duro, deteniéndose en mi trasero, que amasaba con ahínco al mismo tiempo que su lengua hacía maravillas en mis senos, endureciéndolos, como duro estaba él.

Entraba y salía de mí, enmarañando mi pelo, jugando con sus dedos, haciéndome sentir hasta el punto de que chillase un orgasmo sordo en su oído a los pocos segundos de ensartarme, de regalarme esas embestidas que parecían traspasarme, como también parecían traspasarme sus ojos,

haciendo una radiografía de ese cuerpo que totalmente desnudo, le regalaba centímetro a centímetro.

—Pues nada, deseo concedido, aquí me tienes, ¿no querías acostarte conmigo? ¿No dices que en tus sueños de pijo era lo que salía? Pues nos damos un homenaje y punto. Esto es lo que es—le dije muy chulilla.

—No sabes lo que dices. Yo quiero más—murmuró lujurioso.

—Y más vas a tener, no te preocupes que esta noche va a ser larga—le prometí.

—Tú me estás entendiendo, cielo, tú me estás entendiendo...

—Y tú también a mí, y tú también a mí.

Yo huía del compromiso en un momento de la vida que me estaba empoderando, que lo quería para mí, para disfrutar de todo lo bueno que el destino me ofreciera... O igual era eso lo que quería creer para no llevarme un buen palo, porque lo reconociera o no, la tenacidad del abogado le estaba ganando el pulso a mi resistencia.

Traté de zafarme de sus brazos, colocándome yo encima para cabalgar sobre él, tomando las riendas de una batalla sexual que él quería ganar a toda costa, a juzgar por la resistencia que opuso.

El deseo de Izan rezumaba por cada poro de su piel... Ese deseo que hablaba de las muchas ganas que sentía de demostrarme cuán hombre era, dotado de un poderío que le llevaba a llegar a lo más hondo de mí, a penetrar en mis entrañas y a hacerme gemir de un modo que antes no había gemido.

Era pura efervescencia la que estábamos experimentando entre sus sábanas, con mis manos recorriendo también todo su cuerpo, cogiéndome a él, como si entre eso y mi desesperada mirada fuera a lograr que no se separase ni un milímetro de mí, que la fricción de su piel y mi piel no hiciera más que crecer y crecer.

—Eres tan absolutamente deseable que jamás me cansaría de hacerte mía— murmuró nuevamente con voz bronca, esa voz que tanto y tanto me ponía.

Juntos estábamos enloqueciendo, yo deseaba apurar cada nanosegundo de una noche que quise vivir a tope, aunque ello me hiciera arder en las llamas de la pasión.

—Sí, sí que te cansarías. Oye, que me has dado calambre por ahí abajo, ¿es que acaso tienes un cable pelado? —le pregunté y hasta así, en pleno asalto, casi le saco las lágrimas de risa.

—Eres la mejor, te prometo que eres la mejor. Ven aquí, que te voy a dar yo a ti cable pelado—subió de nivel.

—Pero un cable de esos bien gordos, que no te he querido yo hacer de menos. Qué tontería, ya ves tú que no, si no haces más que venirte arriba. Madre mía, qué tío.

—No vale, me da la risa—decía él sin poder parar de reír.

—Pues menos mal que no vale. Me estás dando hasta en las pestañas. Cielo santo, menos mal que no vale...

—Ven aquí—Paró en un momento dado, con su miembro dentro, ocupando todo mi mojado sexo, el cual no quería pensar en que saliese de mí.

—¿Se puede saber qué es lo que quieres? —reí yo.

—Te quiero a ti. Y lo malo es que tú no te lo crees, ¿qué puedo hacer para que me creas?

—Dejarte de pamplinas, porque creerte no te pienso creer de ningún modo. Tú disfruta, venga. Y hazme disfrutar a mí—le dije mientras comenzaba a notar ese acelerado calor que te cuenta que te viene de nuevo, mientras todo el cuerpo te tiembla.

Logró hacerme temblar en muchos momentos, en demasiados momentos en la noche. Una vez que terminamos, insistió en que me quedase a dormir, algo a lo que no accedí de ningún modo.

—Se trataba de echar un pinchito y ya lo hemos echado, y más de uno también. Puedes darte por dichoso. Como te pongas pesado, te bloqueo, que tú a mí no me conoces todavía—le advertí.

—Algo te voy conociendo. Está bien, te llevo a casa, porque sé que no te vas a quedar, ¿o sí?

—Ni mijita. Venga, mueve el culo y ya me estás llevando, que esto no es más de lo que es.

—¿No? Pues entonces tendré que hacer lo que sea para convertirte en eso que tanto deseo—me abrazó fuerte.

—¿En una cornuda? No, no, déjate, que ya sabes cómo acaba el cuento. Después llegan los despechos y demás. Yo solo te digo que tú me la lías y Shakira a mi lado se queda como una colegiala, así que mejor no te arriesgues.

—Es que yo no te haría ninguna faena, Ingrid, de veras que no—me cogió el mentón y me lo levantó.

—Como que quien la hace lo va diciendo de antemano, qué mono tú. Sí, te cogen y te dicen “cariño, qué cuernos te voy a poner. Te van a hacer la más feliz del mundo” —reí.

—Que a mí me gustas de verdad, dime una cosa que pueda hacer para demostrártelo. Dímelas de verdad.

Algo me estaba removiendo, porque reconozco que pensé que después de que nos diéramos el lote, escurriría el bulto.

Por el contrario, no hacía más que darme a entender que quería un mundo conmigo, algo que me sensibilizaba.

—No agobiarme, eso es lo único que puedes hacer. A mí me agobias un poco y te mando a freír espárragos o lo que sea que te guste freír a ti. O a hacer puñetas, que me gusta darle libertad a la gente, puedes escoger tú mismo.

—Gracias, preciosa. Gracias por tus bonitas palabras y también por confiar en mí.

—De nada, hermoso. Es todo un placer. Y ahora llévame a mi casa que no quiero escucharle la boquita mañana a Lola, que le gusta mucho buscarme las cosquillas—le pedí.

Capítulo 25



Unas cuantas semanas habían pasado desde ese día. Unas cuantas semanas durante las cuales nos estuvimos viendo.

Me estaba ganando, yo no quería y, aun así, me resultaba muy complicado nadar contra corriente. Cada vez que salíamos, que era siempre que él me convencía, terminábamos en la cama y allí había fuegos artificiales.

Yo estaba viviendo un momento a mi estilo, totalmente alocado, ya que mis respuestas a todas sus preguntas seguían siendo disparatadas, viviendo situaciones tronchantes que hacían que nuestra vida se asemejara a un chiste.

Por cierto, que en esas semanas mi vida cambió hasta el punto de que ese mismo día comenzábamos con el *reality*.

Obviamente, en el nuestro podíamos entrar y salir de casa o allí habríamos terminado a tiros. Para mí que hasta Pulgoso habría cogido una escopeta.

No, nosotros rodaríamos unas cuantas horitas cada día.

Se llamaba “Los del Río”, por nuestro apellido, de forma que en los créditos sonaba “La Macarena”, y tuvimos que hacer nuestra propia coreografía.

A mi padre le costó una cosita mala aprendérsela, tuvimos que practicar durante horas y, aun así, al final resultó que Pulgoso tenía más ritmo que él. El animalito, con su cojera y todo, saltaba como un loco cuando la escuchaba y es que allí la habíamos puesto tantas veces para ensayar que Paquita, la vecina de abajo, estaba inaguantable. A cada momento se liaba a escobazos con nuestro techo y nosotros tan campantes.

—Señora, que esto es para hacer un *reality*. De aquí a nada va a estar enganchada todo el día, como yo antes al Satisfyer y ahora a...— comenzaba a decirle cada vez que llegaba el caso.

—Y ahora al abogado, que lo sabemos todos. Ya no te acuerdas de lo que nos hizo—se quejaba mi hermana.

—Tú tranquilita, que gracias a Izan encontramos al verdadero amor de nuestras vidas, ¿verdad que sí, mamá?

—Sí, hija, Pulgoso es lo mejor que nos ha pasado nunca. ¿Tú sabes si se le puede meter en la herencia? Pregúntale a ese muchacho cuando lo veas— me dijo ella antes de empezar a rodar.

—O sea, esta noche, cuando vayas a revolcarte con él—añadió Marta, que se ponía muy malaje cada vez que se mencionaba a Izan.

Por fin comenzábamos a rodar y en la primera toma salía ya Pulgoso, en brazos de mi madre.

—Mira, Manuel, ¿no es lo más bonito que has visto nunca? —le decía ella.

—Lola, ya sabía yo que tanto coser te dejaría la vista para el arrastre. A ver si nos toca una lotería y te puedo llevar al Caribe, que te descansen los ojos —le decía él.

—Papá, al Caribe me puedes llevar también a mí, que yo siempre dije de ir con Raquel pero a esa, al paso que va, no la llevo yo ni de aquí a la esquina.

—Bueno, bueno, ahora que vamos a ser famosos nos podemos ir al Caribe todos. Eso sí, mi Pulgoso el primero, que ya le voy a hacer yo un bañador que ni los del Tommy ese—intervino mi madre.

—Mamá, que no puedes hacer publicidad—le recordé yo porque todavía no nos conocían ni en nuestra casa y necesitábamos patrocinadores.

—Ya, hija, por eso he dicho Tommy sin el Hilfiger ese, puñetas.

—Ea, mamá, ya lo acabas de arreglar—negó Marta con la cabeza.

—Niña, ¿tú qué quieres? ¿Amargarme a mí la existencia? Menos mal que yo tengo a mi Pulgoso que es el que me da todas las satisfacciones—le dijo mientras lo besaba.

—Lola, alguna te daré yo también, ¿no? —se quejó mi padre.

—Tú te me estás viniendo un poco abajo, Manuel. Llevas unas noches que no te creas que me tienes nada de contenta.

—Lolita, pero si te vienes a las tantas a la cama. Yo ya estoy en los siete sueños a esas horas. No puedo ni con mi alma después de todo el día en la obra...

—Es que le tengo que contar su cuento a mi Pulgoso, que me ha dicho el psicólogo que es fundamental que no se estrese para lo del crecimiento del pelo—le explicó ella.

—Ya, pues conmigo no tuviste tanta paciencia, a la vista está—se señaló él su calva cabeza.

—Oye, que esa no es mi culpa, ¿eh? Esa fue culpa de tu madre que te hizo defectuoso. Y de ella no me hagas relatar porque hasta entonces no nos censurarán el programa, ¿no se dice así, Marta? Censurar—pronunció ella poco a poco, tranquilita, como si se hubiera fumado un porro.

—Sí, mamá, aunque yo de ti iría relatando de la abuela. Seguro que nos hacemos virales con eso y, total, el *reality* nos lo van a censurar de todas las

maneras, ya lo verás.

—Ay, qué lista es mi niña, pues tienes razón...

—No, Lola, tengamos la fiesta en paz, que mi madre ya no se puede defender. Vamos a hablar mejor de cosas bonitas—le rogó mi padre.

—Pues lo dicho, que lo más bonito que tengo yo en mi vida es mi Pulgoso, a la vista está. Y te joda a ti o no te joda, Manuel, a él le está saliendo el pelo, y come lo mismo que tú, de manera que lo tuyo será un castigo divino.

Mi madre, que todavía era muy joven, debía estar en uno de esos días del mes y le dio contra mi padre, estrenando el programa por la puerta grande.

—¿Que el perro come lo mismo que yo? ¿No me digas que también le das el jamón ibérico? Con lo que me cuesta a mí comprarlo, que echo horas extras todas las semanas.

—Hombre, claro, y no salta mi niño ni nada cuando lo ve, ¿verdad que sí, cosita chica?

—Normal, y yo también salto y tú me lo racionas, ¿es que ahora el perro tiene más derecho que yo en esta casa? —se preguntaba él.

—Oye, celos a mí no, te lo advierto. Que pido el divorcio y te quedas sin jamón, sin mujer, y también sin perro. Si acaso te dejo a las niñas, que son

dos ruinas.

—Yo ya no, mamá, a la vista está, me voy a convertir en la nueva reina de corazones. Tele 5 se me va a quedar pequeño, ya lo verás—sonreí feliz.

Capítulo 26



El *reality* iba viento en popa y yo estaba muy contenta.

Tampoco es que hubiese tenido demasiada duda al respecto, porque confiaba en mí y en el arte que tenía toda mi familia. Por no decir Pulgoso, que se había hecho el rey de la pantalla y la gente nos paraba por la calle.

Yo estaba segura de que ese solo sería el comienzo, y también de que pronto daría el salto a otros medios más conocidos, aunque mi madre siempre me decía eso de “hija, tú despacito y buena letra”.

Según ella, las cosas bien hechas llevaban su tiempo, y lo de hacerme famosa como que también era un proceso. Famosos nos estábamos haciendo todos, esa era la realidad, porque hasta a mi padre lo asaltaban las fans en la obra, cosa que hacía que a mi madre se le desataran los celos.

Menos mal, ella que decía que de celos nada, y fue la primera que los mostró. Y eso que también le salieron un buen número de admiradores y

hasta el carnicero, que nos conocía de toda la vida de Dios, le entregó un sobre cerrado con una declaración de amor después de regalarle una buena pata de cordero con tal de que lo mencionara en pantalla. Un amor un poquillo interesado el suyo, pero es que hay gente para todo.

La niña era la que estaba insoportable otra vez, que decía que los chicos la acosaban, la muy lacia, y hasta nos amenazó con dejar el *reality* y nos pidió que la enviáramos un año a estudiar a Irlanda a cambio de no denunciarnos por explotación infantil. Un buen sopapo por parte de mi madre le valió para volver a ponerse delante de la cámara sin rechistar, con la cara hasta los pies, eso sí.

Y ya por último, a mí también me salían seguidores hasta debajo de las piedras de entre la gente de mi edad, por lo que mis redes echaban humo. Contenta cual marrano en un charco, continuaba pasándomelo bien con Izan, cuando un día me hizo una propuesta que me dejó loca.

—Ey, bonita, tengo que contarte que mis padres celebran una fiesta en casa por sus cuarenta años de casados—me comentó.

—Muy bien, ¿y qué? ¿Quieren que los mencione en el *reality*? Pues ya sabes, previo pago de su importe yo menciono al diablo y hasta a su rabo, en el caso de que me pague. Y nada de transferencias ni Bizum, lo quiero en negro. Echo cuentas y te digo algo—le decía yo muy seria cuando vi que comenzaba a carcajear.

—Que no es eso, bonita.

—Ah, no, ¿y entonces qué es? ¿Esperan que los enchufe por la cara? Pues van listos, de eso nada. Aquí paga todo hijo de vecino o mis labios están sellados. Me da exactamente igual que sean tus padres, ni que yo hubiera comido en ningún plato con ellos, no te jode—me miré las uñas, esas que llevaba perfectas porque para eso me estaba convirtiendo en una estrella, por mucho que fuese a nivel local

—Pues de eso va la cosa, de comer en el mismo plato, Ingrid.

—¡Qué asco! ¿Con el dinero que tienen y no hay un plato para cada uno? Y luego tienen valor de hablar de los pobres. Menudita ha sido siempre mi padre, no le ha faltado un perejil.

—Venga ya, ¿cómo no vamos a tener platos? Que quiero que seas mi acompañante, la cena es el viernes por la noche—me invitó.

—¿Y me pagan por ir? Esos lo que quieren es publicidad gratis, se les está viendo el plumero.

—Que no, que ni siquiera lo saben todavía. Se lo pensaba decir cuando aceptases, ¿aceptas? —me cogió de las manos, momento que yo aproveché para abalanzarme y comerle todo lo que vienen siendo los morros.

—¿Eso es un sí? —me preguntó feliz cual perdiz.

—Eso es un, ¿a mí qué se me ha perdido en casa de tus padres? Y más cuando me estás diciendo que ni me pagarán ni nada. Izan, tú y yo nos revolcamos y nos lo pasamos de miedo, ¿y qué? De sobra sabes que lo nuestro no tiene futuro.

—Y dale, ¿por qué dices eso? Yo quiero un mundo contigo, ya te lo he dicho muchas veces—insistió.

—Y yo no te creo, también te lo he dicho un buen puñado de veces y tú ahí, erre que erre—le hacía muecas y él se reía.

—¿Quieres más muestra que el llevarte a cenar con mis padres? Ellos son muy serios para estas cosas, no te invitaría si no fueras importante para mí.

—Lo que me faltaba: rancios, pijos y serios, planazo. Hasta la muerte a escobazos sería más divertida—le dije, sacando sus lágrimas de risa.

—Venga ya, si estás deseando aceptar...

—Y un mojón. Estaría deseando aceptar un viaje al Caribe y que le den a Raquel, que dijimos de ir juntas, pero contenta me tiene. Además, que se ha echado de novio a uno de los cámaras del *reality*. Esa era la que no quería novio.

—¿Y tú no quieres novio? Porque yo estoy deseando que me des ya un sí.

—Y yo prefiero que me dé un dolor de muelas, porque esa te la terminan sacando y sufres menos que con un tío como tú. Me he estado informando, chaval, ¿quieres que te saque la lista de tus conquistas? En un rollo de papel del wáter las he tenido que apuntar, había ahí más gente que en la cola del paro.

—Eso era antes, mujer—rio a placer—. Ahora solo me interesas tú. Ven conmigo y te presentaré en sociedad. Eso no lo he hecho nunca con ninguna, ¿te parece poca prueba de que me importas?

—Igual estás tratando de tocarme el corazón y lo que me estás tocando son los ovarios, informado quedas. Tú lo has querido, iré y ya sabrás tú lo que te juegas, porque para tonterías no estoy. Mucho cuidadito con sacar los pies del plato que soy peligrosa—le amenacé.

—Eso ya lo sé, preciosa.

—Y no te creas que voy a darle mucha importancia al tema, ¿eh? Me pondré cualquier trapito mono y listo, que yo tengo mis propios intereses y esto es solo un capricho tuyo. Para mí no significa nada.

Capítulo 27



No, para mí no significaba nada, claro que no. Por eso llegué a casa dispuesta a hacerle una petición a mi madre.

—Mamá, deja toda la costura que tengas que me tienes que hacer un vestido. Y tiene que ser fuera de las horas del *reality*, porque ha de ser exclusivo y no se puede enseñar en cámara—le conté.

—Hija mía, qué misterio, ¿y eso? ¿Te han invitado los reyes a una recepción? —rio.

—No te me cachondees porque si no me lo haces tú llamo a Jean Paul Gaultier, que yo no soy menos que Georgina—le advertí.

—Hija, ¿qué ventolera te ha dado? Si estoy hasta arriba de costura, ¿no ves que el rodaje del *reality* me quita mucho tiempo? Es que no doy abasto. Y estate quieta ya con los saltitos, que te mueves más que un garbanzo en la boca de un viejo. Me estás poniendo nerviosa.

—Si es que ya tendrías que haber dejado la costura como yo la limpieza. A partir de ahora te nombro mi diseñadora en exclusividad “en el nombre del Padre y del Hijo...”.

Estaba yo haciéndole tranquilamente la señal de la cruz cuando llegó Marta, que parecía estreñida.

—Sí, hombre, en exclusividad, como si yo no estuviera aquí. Mamá, me coserá siempre también, ¿a que sí, mamá? —le preguntó.

—Qué pelusa me tienes, niña—la miré con asco.

—La boca es lo que os debería coser a las dos. Me tenéis contenta...

—Ya estamos—cruzó ella los brazos y se fue para su dormitorio.

—Déjala, mamá, que está muy tonta. Te voy a enseñar unos modelitos que he sacado de Internet para que te inspires, ¿vale? Con las manos que tú tienes, en un periquete estaré yo para la alfombra roja.

—¿En un periquete? —se echó ella esas mismas manos a la cabeza—. Que sepas que de aquí al viernes no duermo para hacer uno de esos.

—Mamá, pero seguro que Dios te lo paga devolviéndole la virilidad al calvo para que te mate a polvos, yo me encargo de encender una vela.

—No, hija, si a ese ya le he puesto las pilas y va otra vez como un reloj, ¿tú qué te crees?

—Eso es, mami, las mujeres al poder—la abracé yo.

—¿Y para qué quieres ese vestido? Ay, no me lo digas que ya me lo estoy imaginando: te han invitado a una gala de Tele 5. Si ya se lo he dicho yo a tu padre, que creíamos que no valías para nada y mírate ahora, que eres la que nos va a sacar de pobres—me abrazó ella también.

—Mamá, que te estoy escuchando y que, por muchas películas que te montes en la cabeza, mi hermana sigue siendo más inútil que la “g” de gnomo, que lo sepas—ya le salió a la niña otra vez la pelusilla.

—Calla, Marta, que estamos hablando los mayores, que somos los que sabemos lo que decimos—le aclaró.

—¿De verdad, mamá, de verdad?

A partir de ese momento yo no hacía más que pensar en esa cita con los padres de Izan. A su padre, a Vicente Peñalver, ya le conocía de vista por el trabajo, no así a su madre.

Estaba nerviosa, tremendamente nerviosa, por mucho que no lo quisiera reconocer. En el fondo, tenía ganitas de que Izan me demostrara que era verdad todo eso que me decía, algo que yo negaba por completo.

—¿Estás contenta por la cena de mañana? —me preguntó él la noche anterior, después de darle al tema.

—Contenta estoy por el polvazo que me acabas de echar y por el que me vas a echar ahora, que no te creas que te vas a librar tan fácilmente. Lo demás a mí qué me importa, la que tiene que estar contenta es tu madre. Y digo yo que lo estará si ha aguantado cuarenta años a tu padre. Eso es una condena y lo demás son tonterías.

—No, no es ninguna condena. Ellos se quieren como nos vamos a querer nosotros—me besó— De hecho, espero que no te lo tomes a mal— conociéndome se apartó un poco por si cobraba y no una minuta precisamente—, es que yo siento que ya empiezo a quererte—me confesó.

—Habías servido tú para actor—salí yo por peteneras antes de que se diera cuenta de que me había provocado un buen pellizquito en el estómago.

—No, te lo he dicho con el corazón—lo negó.

—De eso nada, me lo has dicho con la boca, ¿te crees que no te he visto? —le dije y él vuelta a reír.

—Te confesé que me quedé con tu sonrisa desde el primer día...

—Pero ¿qué sonrisa? Si yo a ti solo te echaba maldiciones. Mira que son ganas—reía yo más.

—Tú sabes que yo te miraba cuando me veías y cuando no me veías. Y entonces te salía esa sonrisa, y yo sabía que ya estaba perdido para siempre —me besaba.

—No, no, tú ya te habías perdido mucho antes. Yo no tengo nada que ver con eso, a mí no se te ocurra echarme la culpa—reía yo, feliz pensando en esa cena.

Llegué a casa y mi madre estaba dando las últimas puntadas al vestido, que era realmente fascinante, aparte de sexy a rabiar. Yo entraría pisando fuerte en esa casa. A mí no me harían de menos por mis orígenes humildes, no se lo habían creído ni ellos.

Capítulo 28



Yo estaba increíble esa noche. Mi madre me miraba como si fuera una princesa Disney, según sus palabras.

Para mí que se le estaba yendo la cabeza. No sé dónde habría visto esa mujer una princesa Disney con una raja así en la falda, que me llegaba hasta la cintura. Ni con ese apretamiento que llevaba yo por arriba, que entre ella y la niña tuvieron que tirar con todas sus fuerzas para encorsetarme, tipo la Señorita Escarlata de “Lo que el viento se llevó”.

—Hija mía, qué dolor más grande me ha quedado en las manos, pero ha merecido la pena. Lo vas a dejar alucinado.

Habíamos quedado en que él pasaba a recogerme, faltaría más. Solía ser muy puntual por lo que unos minutos antes de la hora acordada bajé, para fardar ante los vecinos.

—Ya sabía yo que esta al final se metía a pilingui—cuchicheó Paquita a su vecina de enfrente, que la miró perpleja.

—¿Qué estás diciendo, Paquita? Pues anda que no va mona ni nada. Mira, si yo fuera ahora joven enseñaba mucho más, hasta la campanilla enseñaría. Menudas piernas que tiene la chiquilla, como para no enseñarlas.

—Muchas gracias, Fernanda, a ti te voy a nombrar gratis en el *reality*. Y te va a salir hasta novio, ya lo verás. Se va a morir de la envidia la bruja esta.

—Como si yo necesitara un hombre para algo—farfulló la otra y dio un portazo.

Salí a la calle y los vecinos se me acercaban. Todos me decían cosas y hasta algunos me pedían autógrafos.

—Mamá, yo quiero ser como Ingrid de mayor—le decía una chiquitina a su madre, que vivía en el bloque de al lado.

—Gracias, bonita. Pero para esto hay que prepararse, tienes que estudiar mucho—su madre me miró asombrada y luego le entró la risa, por mi contestación.

—Ingrid, que yo estuve contigo en el colegio y tú mucho no estudiabas, di la verdad...

—Mujer, pero algo hay que decirles a los niños, que tendrán que trabajar para pagarnos a nosotros las pensiones, ¿no? Que yo de mayor no quiero trabajar—le comenté.

—Ni ahora tampoco, hija de la gran fruta. Oye, estás despampanante, vas a dejar al que sea que se querrá casar contigo y hacerte unos cuantos niños, te lo digo yo que tengo ojo.

—A mí niños no me hacen ninguno, que este tipo tengo yo que mantenerlo muchos años para vivir del cuento.

—¿Y eso qué? Si ahora las famosas dan a luz y al otro día tienen la barriga más lisa que una tabla de planchar, ¿tú no viste a Pilar Rubio? Esa es la buena vida. Casi igual que una, que cuando yo llegué de parir me preguntaste que cuánto me faltaba para salir de cuentas, ¿no te acuerdas? —se carcajeó—. Para mí que salí del hospital con más barriga que entré, como la niña parecía una aceituna, no podía ser más chica, la jodía.

Yo charlaba con ella, aunque no paraba de mirar al móvil cuando este me sonó.

—¿Se puede saber dónde estás? Que sepas que ha pasado más de uno que ha delinquido con la mirada, con eso te lo digo todo. Tú verás, como no vengas ya, llamo a Raquel y me salen diez mil planes por minuto esta noche, ¿cuánto tardas?

—Ingrid, verás—solo por su tono de voz ya supe que algo estaba pasando —. Tengo un problema: Amanda me ha llamado porque Max está ardiendo de fiebre. Me temo que la cena se cancela, lo siento muchísimo. Menos mal que me dijiste que no te la tomabas muy a pecho y que te pondrías cualquier cosita cómoda, te prometo que te compensaré.

Me quedé como la que se tragó el cazo. Ya era mala suerte. Justo la noche en la que le iba a deslumbrar y en la que me presentaría en sociedad. La madre que parió a los niños, que era mejor tener perro.

Subí y mi madre me miró de lado.

—Mamá, un imprevisto gordo, su sobrino se ha puesto malo y ya no hay cena. Vaya, no hay cena en su casa, tú saca la tortilla de patatas, que me pienso poner guarra. Yo el disgusto me lo quito como sea.

—Cariño, lo siento mucho. Ay, mi niña, que parece una estrella esta noche —me besó.

—Mamá, Pulgoso te está mirando, para mí que ese se encela también...

—Normal, es que yo no os voy a besar más a ninguno, que no puedo estresarlo, me lo ha dicho el psicólogo.

—¿El psicólogo te ha dicho que no beses ni a tu marido por culpa del perro? —le preguntó mi padre, que salía de la ducha en ese momento.

—Sí, ¿qué pasa? ¿No estás viendo que por fin le están saliendo los pelos? Pues no se le puede estresar, eso es lo que hay. Parece mentira, qué poca consideración, como te pongas farruco te pido el divorcio y me busco un novio rico como el de tu hija—le advirtió.

—Para lo que le sirve—se burló Marta.

—Tú te callas, niña, que no tengo yo la noche. Qué mala suerte, tendríamos que aprovechar para grabar otro ratito, que hasta he ido a la peluquería y todo. Voy a llamar a los cámaras, a ver si pueden venir—Cogí el teléfono.

—Ese ha sido el karma, Ingrid, por lo de mi chihuahua—volvió Marta al temita.

—¿A quién quieres engañar, niña? Si tú ya estás loca con Pulgoso, que te veo yo darle el jamón ibérico a escondidas.

—¿Otra que le da jamón al perro? La madre que me parió a mí—mi padre trató de tirarse de los pelos, obvio que con resultados nulos.

—A esa ni la nombres si no quieres que tengamos la noche, Manuel, que luego me entran ardentías—le advirtió mi madre.

Era mi familia, un tanto peculiar, aunque absolutamente ideal. Y Pulgoso ya formaba parte de ella. Y tanto que lo formaba, como que a mi padre se le llevaban ya los mismitos demonios con el tema.

Capítulo 29



Me levanté por la mañana y, antes de que llegaran las cámaras, decidí pasarme por la oficina de Izan.

Quería darle una sorpresita porque sabía la pasión que sentía por su sobrino y estaba segura de que se habría disgustado un montón. Después del susto que se llevaron, tenían al niño entre algodones.

Por esa razón, pillé un taxi y allí que me planté. Iba monísima con un chaquetón militar y unas botas altas. Todos me miraron al entrar y yo más tiesa que un ajo.

Pastora me vio y corrió a saludarme.

—Cariño, qué guapísima estás. Madre del amor hermoso, tengo que pedirte un montón de autógrafos para la gente del trabajo, que me lo tienen dicho para cuando te vea. Hasta Adela, la jefa, quiere uno.

—A esa le voy a firmar un mojón, se lo dices de mi parte. Oye, ¿tú has visto llegar a Izan? Es que me tiene un poco preocupada...

—Y eso que no querías nada con él. Sí, mujer, está en su despacho, oye, ¿le pasa algo? Ha llegado con cara de no haber pegado un ojo.

—Sí, bueno, luego te cuento.

Vi que se acercaban Lucía y la arpía de Rebeca. Ellas a mí no me vieron, porque iban a lo suyo, además de que no esperarían que fuera vestida así.

El caso es que algo de lo que iban diciendo me hizo poner la oreja, y me enteré, me enteré bien enterada.

—Sí, sí, ya sabía yo que un Peñalver no defraudaría. Toda la noche dale que te pego, no veas. No puedo ni menearme, niña. He venido porque me daba apuro, pero estoy para acostarme todo el día. Y sin esperarlo y sin nada, que se coló anoche en mi casa por las buenas y me ha dado para el pelo. Te lo dije, que las cosas no se quedaban así, que me lo tiraba sí o sí. A tomar viento, y a la que no le guste, que se joda—le contaba Rebeca a la otra, que se llevaba las manos a la boca.

Toma ya, en buen momento puse yo los pies allí. De buena cosa me acababa de enterar. Así que su sobrino ardiendo de fiebre, cuando el que estaba ardiendo era él.

No había derecho. Si ya lo sabía yo, ese no era de fiar. La culpa era mía y solo mía, pero eso no se iba a quedar así.

Pensé en formar un escándalo tal en su despacho que ese día sí que me encarcelarían, pero luego comprendí que aquello merecía un golpe de efecto mayor. Se iba a enterar Izan de quién era yo.

Con la rabia inyectada en los ojos, que llevaba rojos como dos tomates, volví a mi casa. Era sábado, un sábado en el que les tocó trabajar en el despacho porque estaban preparando un caso muy importante para la semana siguiente. Un caso que Izan decía que le traía de cabeza. Yo sí que le iba a enseñar lo que era un problema.

Marta jugaba con Pulgoso cuando me vio aparecer.

—Niña, te necesito y te pagaré por tus servicios. Te quiero a mi lado—le pedí.

Mis padres habían salido a hacer la compra antes de que comenzáramos a rodar, que allí lo debíamos tener todo previsto. Una vez que se rodaba no podía faltar ni el apuntador.

Pulgoso nos miraba como si intuyese que algo importante estuviese sucediendo.

—¿Qué pasa? Tú vienes muy cabreada, Ingrid, ¿has discutido con Izan? —me preguntó Marta, que estaba deseando que rompiéramos.

—Discutir no, ya te contaré lo que ha pasado. O mejor todavía, ya lo verás en las noticias. Marta, ¿tú no me dijiste una vez que estabas mirando cómo fabricar bombas caseras? Justo cuando nos robó el perro en nuestras narices —le recordé.

—Vaya, así que ahora vuelves a reconocer que fue un robo, ¿no? Qué lista eres, aunque no valgas para nada, hermanita.

La idea de ponerle a Izan una bomba le gustó tanto que hasta se reconcilió conmigo. Obvio que yo no iba a matarlo, pues no pensaba pasarme la vida en la trena por su culpa, pero ese del susto se iba a cagar.

—¿Que no valgo para nada? Si de aquí a nada me lloverán las ofertas de todos los canales. Tú no tendrás ni que volver a estudiar, niña. De pobres os saco, yo me encargo.

—Si es que a mí me gusta estudiar...

—¿Te gusta estudiar? Eso no puede ser, déjate de decir tonterías y ayúdame. Venga, ¿qué necesitamos?

—Pues unas pocas de cosas, ¿tú sabes si la ferretería está abierta? —me preguntó.

—Pues claro que está abierta, si estamos en horario comercial.

—Ya, pero el ferretero dice que a veces no le trae cuenta abrir los sábados a cuenta del chino, porque gasta más en luz de lo que gana. Y se la tiene jurada al chino.

—No, no, pues yo la he visto abierta, hazme una lista que ahora subo.

—Solo si me llevas a mí cuando vayas a ponerla o no hay trato.

—Niña, ¿tú a quién sales tan liante y tan chantajista? —le pregunté.

—¿Hace falta que te conteste? —se tiró de risa.

Un rato después subimos con toda la compra. Al ferretero lo dejamos más mosqueado que un pavo en víspera de Nochebuena, aunque yo le firmé un autógrafo y al final se le cayó la baba. Lo normal.

Marta se daba unas trazas impresionantes y un ratito después ya teníamos nuestra bomba casera a punto de caramelo.

—Lo que no puedes es detonarla, ¿eh? Que volamos todos y caen pedazos hasta en el patio de las monjas, Ingrid, que no se te vaya la pinza. Pero que yo voy contigo, me lo prometiste.

—Mira que eres pesadita, estas son cosas de mayores, tú no deberías meterte en nada de esto—le comenté—. Que eres muy cría, Marta.

Ella negó con la cabeza, igual algo de razón tenía.

—Y me lo dices ahora, ¿no? Venga, vamos, que yo no me pierdo esta fiesta.

Capítulo 30



Llegamos al despacho y ya quedaba poca gente. En concreto, solo estaban Izan, Rebeca y ella—por lo que me dijo Lucía, sentada tranquilamente.

—Oye, pero que tú no puedes pasar, ya no trabajas aquí—trató de impedirme el paso, levantándose.

—Mira, ¿tú ves esta servilleta de cuadros? —le pregunté.

—Sí, no me digas que le traes un bollo casero a Izan porque me parto. Hija mía, qué antigüedad—movió la cabeza tontamente de un lado para otro mientras se reía. Normal, cómo la iba a mover, si era carajota.

—No, no es un bollo. Es una bomba y hoy os vais a cagar todos—le advertí.

—¿Una bomba? Pero ¿por qué? Mujer, si necesitas volver a limpiar yo hablo con Izan, seguro que no hay problema.

—Con Izan ya hablo yo que para eso me lo estoy tirando. Y tú no te metas en lo que no te llaman—le advertí.

—¿En lo que no me llaman? Si nos vas a dejar a todos que tendrán que reconocernos por las muelas. Déjame irme, te lo pido por lo que más quieras, que estoy embarazada, me acabo de enterar—me pidió.

—Eso es mentira cochina que sé que tienes ligadas las trompas para tirarte a todo lo que se menea sin sobresaltos, pero si te quieres ir, vete, que contigo no va la cosa. Va con esos dos.

No me dio tiempo a terminar de decirlo cuando ya se había ido. A esa, que a mí no me engañaba y se estaba pintando las uñas cuando llegamos, debieron secársele de golpe de la carrera que dio.

Lo siguiente fue irme para el despacho de Rebeca, solo que no la encontré. De manera que me fui directamente para el de Izan.

—Te vas a cagar, hasta hoy hemos llegado—le dije nada más entrar, con Marta detrás, luciendo la mayor de las sonrisas.

—¿Ahora qué? Donde las dan, las toman—le dijo la niña—, caraculo, que eres un caraculo. Te entre un dolor que cuanto...—comenzó de nuevo a relatarle, lo mismo que el día de la protectora.

—No, si ya me está entrando, ¿qué está pasando aquí? Bonita, ¿qué traes ahí? —me preguntó.

—Una bomba, traigo una bomba, así que el niño se había puesto malito. Malito te vas a poner tú cuando la detone, porque me están entrando unas ganas...

—Que no puedes detonarla, recuérdalo—me decía Marta por lo bajini.

—¿Has dicho una bomba? —Se puso el otro en alerta, flipando en colores.

—Una bomba, sí, una bomba que voy a ponerte y que te va a dejar todavía más calentito de lo que estás. Porque calentito estás, y si no que se lo pregunten a Rebeca—le dije y se le cambió la cara.

—¿Me estáis llamando? —Apareció la otra por la puerta, que debía venir del baño.

—¿Y tú de qué vienes? ¿De echarte agua fresquita en el chumino? Porque imagino que lo tendrás como una plancha. Pues nada—le quité la servilleta y ella me miró sin entender.

—¿Eso qué es? —ni miedo ni nada, solo intriga.

—Esto es una bomba, carajota, ¿es que nunca has visto una? —le pregunté como si las vendieran en Mercadona.

—¿Una bomba? Hasta luego...

Yo no sabía que una mujer podía correr así con unos tacones, claro que esa era una demonia e igual eso ayudó.

—Cógela, Marta, que no escape, que quiero que se cague de miedo también —le indiqué.

—Pues como no me compres unos patines, a esa ya no la cogemos, te lo digo yo...

—Tú, tú has tenido la culpa de todo esto—miré a Izan.

—Por favor, Ingrid, yo no sé lo que estás pensando, tienes que entrar en razón, tienes que...

A mí me comían los nervios y las manos no paraban quietas.

—Ingrid, tienes que dejar el detonador quietecito, eso es lo que tienes que hacer—me indicó Marta, que yo estaba muy nerviosa.

Tarde, cuando quise darme cuenta ya solo pudimos correr, nosotras dos primero e Izan detrás.

La explosión fue tremenda y terminamos sordos perdidos en el suelo, tras lo cual la cogí de la mano.

—¿Me oyes Marta? —le pregunté.

—Muy de lejos...

—Pues corre, que esto no lo hemos hecho nosotras...

No, no hubo manera, Izan salió corriendo detrás y no hubo manera de detenerlo.

—¡Paquita, que viene un tío a subirnos el recibo de la luz! —le chillé a mi vecina cuando llegamos al bloque porque estaba obsesionada con que apagáramos la luz de la escalera, y supuse que diciéndole eso lo baldaría con un palo.

No le dio tiempo a salir ni a mí a cerrar el portón de mi casa. Izan se coló, con la gracia de que ya estaban rodando las cámaras.

—Hija, ¿de dónde venís? —nos preguntó mi madre al vernos a los tres con la cara como el carbón de negra.

—De hacer una chapucilla que nos ha salido, mamá—le contesté yo.

—Ah, no, tú quieres trabajar en la tele. Las chapucillas me las dejas a mí, que eso es intrusismo laboral—se quejó mi padre.

Los cámaras nos miraban a todos. Más le valía a Izan no contar lo que yo había hecho porque me empapelaban fijo.

—Cariño, ¿por qué te has puesto así? —me preguntó. Madre mía, ese sí que era falso y no la niña.

—Yo no he hecho nada, chalado. Ni estoy enfadada ni nada, solo que me ha dado un poco de coraje—disimulé.

—¿De qué? Si es que no lo entiendo... Mira, esto lo deberíamos hablar en privado, ¿no te parece?

—Ah, no, lo que me tengas que decir, me lo dices en público. Y ya te quiero reconociendo que anoche no fuiste a urgencias con tu sobrino, que eso te lo has sacado de la manga. Venga, que lo escuche toda la ciudad, que sepan lo ruin que eres. Te vas a cagar, ni un caso más te va a entrar.

—Mira, no sé a lo que te refieres, pero a Max le han dado el alta a las ocho de la mañana, aquí está el informe de urgencias—lo sacó de su cartera—. No tenía nada, pero, dados sus antecedentes, lo han dejado en observación toda la noche.

Miré a Marta y Marta me miró a mí. Los cámaras nos decían que la audiencia iba en aumento, que la gente se agolpaba delante de la pantalla.

—Bueno, igual ha habido una confusión. Oye, mamá, ¿por qué no le cuentas a la gente que papá te vuelve a empotrar bien por las noches? Que

no veas si se escucha—me guiñó la niña el ojo para que pudiera charlar con él, ya fuera de cámara.

—Niña, ¿cómo le va a contar eso tu madre a la gente? —se quejó mi padre.

—Pues contándoselo, ¿qué pasa? Y sin Viagra y sin nada, que estás hecho un campeón, calvo—le dio ella un golpecito en el hombre.

—Que sí, Manuel, que a la gente le va a gustar. Ven aquí, Pulgoso, que tú me vas ayudar a contarlo—cogió mi madre al perrito—. Pues nada, hija, que resulta que tu padre se estaba haciendo el remolón y no, a mí no me daba la gana. Así que la otra noche lo cogí y...

Quien cogió a Izan por el brazo fui yo. No sabía lo que pensar, así que le sonsaqué.

—Vamos a ver, yo le he escuchado decir a Rebeca esta mañana que se acostó contigo, que le diste mandanga de la buena toda la noche. Así que comprenderás que no he tenido más remedio que ir a ponerlos una bomba—le expliqué.

—Claro, claro, ¿y tú le escuchaste decir mi nombre en algún momento? Porque no lo creo...

—Hombre, es que dijo que un Peñalver no defraudaría, y tu padre no va a ser, obvio.

—¿Obvio? No tan obvio, tu padre funciona muy bien, por lo que estoy escuchando. Y parece ser que el mío también porque anoche, cuando se canceló la cena, se fue a casa de Rebeca. Ella quería dar la nota y él le tenía echado el ojo. Mi madre estaba mosqueada y al final le ha hecho confesar. Y de paso lo ha echado de casa. No sabía qué más podía pasar cuando llegaste con la bomba. Y me enteré, ya me enteré.

—¿Tu padre? Toma ya, eso significa que tú también tienes muchos años por delante para darle al molinillo. Mira, eso me gusta—me hice la inocente.

—¿Eso te gusta? Y a mí me gustas tú, pero me vas a matar a sustos. Así no se hacen las cosas, nena.

—Bueno, solo ha volado tu despacho. Y tú dijiste que querías hacerle una reformita. Pues mira, ahora tienes la ocasión ideal, si es que todo son ventajas conmigo, ¿o no? —le pregunté mientras le besaba y sí, no penséis mal, él me devolvió el beso.

Epílogo



Dos años después...

La tarde había estado de lo más calentita en el plató, en el cual yo era la presentadora de uno de los mayores programas de cotilleo a nivel nacional.

Sí, di el salto. Y lo di a lo grande... Tras el enorme éxito del *reality*, que aquel día terminó con las cámaras captando nuestra romántica reconciliación, primero me ofrecieron trabajos como colaboradora, en cadenas fuertes. Hasta que llegó la bomba, una bomba en otro sentido: mi gran oportunidad.

Me había convertido en una María Patiño de la vida, en una con mucha chispa que conducía mi programa a la perfección. Para ello, tuve que trasladarme a Madrid, donde mis obligaciones me reclamaban.

Mi relación con Izan seguía cada vez mejor, aunque no podíamos vivir juntos porque su padre, tras el escándalo, se fue al Caribe con Rebeca y su

niña, y no les vimos más el pelo. Al final fue él quien se marchó al Caribe, anda que era tonto mi suegro.

Izan se quedó al frente del despacho, de modo que solo podíamos vernos los fines de semana, en los que el uno o el otro se movía. Y las vacaciones, claro... Teníamos el proyecto de que lo trasladara a Madrid, cosa que ya estaba a punto de ocurrir y que me ilusionaba muchísimo.

—Siéntate un momentito, Ingrid, que todavía no nos vamos—me dijo Daniela, una de mis colaboradoras, que por cierto también había salido de un conocido *reality*.

—Si ya tenemos que dar paso a los informativos, Danielita, que luego nos ponen la cara colorada—le dije yo mirando a cámara, divina de la muerte.

—Nos dejan unos minutitos más. Ya sabes que aquí solemos dar muchas sorpresas y hoy te ha tocado a ti.

—¿A mí? —le pregunté sorprendida y entonces fue cuando vi salir a Izan, con esa preciosa sonrisa que llenaba toda la cámara.

El público, que lo conocía de las portadas de las revistas, se puso a aplaudir como loco mientras él daba las gracias.

—Así que has venido a vengarte, ¿no? Esto es por lo de la bomba, si lo sabré yo, ladrón—le solté.

—Sí, yo también quiero pillarte de sorpresa delante de las cámaras y que confieses algo—me comentó feliz.

—Vale, tu coche nuevo me lo he cargado yo. Me piqué con una pija en la M-40 e igual la embestí un poco, ¿eso es delito? —le pregunté con carita de inocente.

—Igual un poco, preciosa, aunque el verdadero delito sería que no aceptaras casarte conmigo ahora que me vengo a vivir a la capital, dime que sí—me rogó anillo en mano.

—¡Ladrón! ¡Qué ladrón eres! ¡Ahora me quieres robar el corazón! Oye, ¿y si nos casamos qué me das? Ya sabes que yo quiero algo a cambio—le pedí.

—Te daré miles de besos y algunos hijos, mi vida.

—¿Algunos hijos? El día que los puedas tener tú, a lo mejor. Yo mientras me quedo con los cachorritos de Pulgoso. Venga, vale, ¡Cásate contra mí!
—le chillé mientras nos aplaudían a rabiar y nos besábamos apasionadamente.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny_Del](#)

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel

